

EL CONFESOR, LA CONFESIÓN Y LA CONFESADA

Establecimiento tipográfico de Feliu y Susanna

Ronda de San Pedro, 36.—BARCELONA

BIBLIOTECA ROJA

El Confesor, la Confesión y la Confesada

ESTUDIO CRÍTICO
SOBRE EL SACRAMENTO DE LA CONFESIÓN AURICULAR

POR

El P. Chínysky

Sacerdote que fué de la Iglesia Católica

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA

por

AURELIO MEDINA



BUENOS AIRES

Maucci Hermanos é Hijos

Rivadavia, 1435

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS

1.^a del Relox, n.º 1

1909

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

La Confesión al oído del Sacerdote

I

Hay dos mujeres que deben ser constantemente objetos de compasión de todo hombre honrado y en particular de los discípulos de Cristo: la mujer adoradora de Brahma y la mujer católica-romana; la primera porque, alucinada por sus sacerdotes, se arroja á las llamas que han de reducir á cenizas el cadáver de su marido, acción bárbara que ella realiza para aplacar la cólera de sus dioses de paz; la segunda, ó sea la católica-romana, porque, inducida también por sus sacerdotes, sufre un tormento mucho más cruel é ignominioso en el confesonario para aplacar los vicios de su iglesia.

No exageramos al afirmar que para muchas mujeres de corazón noble, bien educadas y de sentimientos puros, el hecho de ser obligadas á descubrir su corazón á los oídos de un hombre, á patentizarle los más íntimos secretos de su alma y todos los más sagrados de su vida de solteras ó casadas; permitiendo que se les dirijan preguntas que la mujer más depravada no aceptaría de su más vil seduc-

tor, es muchas veces un suplicio más horrible é intolerable que el ser amarradas y arrojadas á una hoguera.

En repetidas ocasiones las hemos visto caer desmayadas al pie del confesonario, asegurándonos después que la necesidad de hablar á un soltero sobre ciertos asuntos, cuya discusión deberían siempre prohibir las leyes de la decencia, casi les había causado la muerte. No centenares, sino millares de veces hemos oído decir á doncellas en el lecho de su agonía: ¡Estoy perdida para siempre! todas mis confesiones y comunicaciones pasadas han sido otros tantos sacrilegios! Nunca tuve valor para responder fielmente á las preguntas de mis confesores! ¡La vergüenza selló mis labios y condenó mi alma! ¡Cuántas veces quedé inmóvil y como petrificado ante muchos moribundos, después de oír esas palabras momentos antes que expirasen y sin darme tiempo para poder concederles el perdón por la falsa absolución sacerdotal! ¡Yo creía lo mismo que ellas, que no podían ser perdonadas sin mi absolución!

En efecto: Hay millares de doncellas y mujeres en la Iglesia Romana, cuyo delicado sentimiento de modestia y dignidad propias de su sexo las hacen superiores á todos los sofismos y maquinaciones diabólicas de sus sacerdotes. Nunca las pueden inducir á responder que *sí* á ciertas preguntas de los confesores. Preferirían ser lanzadas á las llamas y reducidas á cenizas como las viudas de la India an-

tes que consentir que la vida de un hombre llegue á descubrir el sagrado santuario de sus almas. A pesar de ser á veces culpables delante de Dios y convencidas de que no pueden alcanzar el perdón de los pecados no confesados, la ley de la decencia es más poderosa en ellas que los preceptos de la Iglesia cruel y pérfida. Ninguna consideración, ni aún el mismo temor de la condenación eterna puede resolverlas ó declarar á un hombre pecador los pecados que sólo Dios tiene derecho de conocer, porque solo Él puede borrarlos con la sangre de su Hijo, derramada en la cruz.

¡Tristísima debe de ser la vida de esas almas excepcionalmente nobles que Roma guarda en las lúgubres armonías de la superstición. Ellas leen en todos sus libros y oyen en todos sus púlpitos, que si ocultan un solo pecado al confesor, están eternamente perdidas! Pero siéndoles absolutamente imposible hallar bajo sus piés las leyes del respeto propio y de la decencia que Dios imprimió en sus almas, viven constantemente víctimas del miedo de su condenación eterna. No son capaces las palabras humanas de describir su desaliento y su aflicción, cuando, postradas á los piés de su confesor, se ven en la horrible alternativa de hablar sobre asuntos, que antes de narrarlos, sería preferible la muerte más cruel, ó de ser condenadas sin remedio, si no descubren su conciencia tratando de materias que una mujer decente no es capaz de revelar á su misma madre, cuanto menos á un hombre.

Yo he conocido muchas de esas mujeres respetables que estando á solas en la presencia de Dios, le pedían con grande agonía de espíritu y abundantes lágrimas, que les concediese el favor para ellas más grande, que consistía en perder de su modestia lo suficiente para poder hablar de las cosas indecibles, tales como sus confesores las exigen; y esperando del Señor *esta gracia*, andaban un día y otro alrededor de los confesonarios medio resueltas á descubrir su vergüenza á los ojos de esos hombres inexorables. Pero llegando el momento de la propia inmolación, faltábales valor y un sudor frío bañaba sus ruborizadas frentes. La voz del pudor y del respeto mujeril hablaba más alto que la de su falsa religión. Vefanse obligadas á huir del confesonario sin su deseada absolución, y, lo que es peor, con el peso de un nuevo sacrilegio dentro de su conciencia.

¡Ah! ¡Cuán pesado es el yugo de Roma! ¡Cuán amarga la vida humana y cuán desconsolador es el misterio de la cruz para esas almas engañadas y dispuestas á sucumbir! ¡Con que alegría se lanzarían en la hoguera como las brahamitas, si pudiesen poner término á sus incalificables tormentos mediante la tortura momentánea que les abriera la puerta á una vida mejor!

Yo emplazo aquí públicamente á todo el clero romanista, para que se atreva á negar que la mayor parte de sus confesadas yacen durante cierta época más ó menos prolongada en la mayor aflicción de espíritu.

Sí; la gran mayoría de las mujeres juzgan al principio imposible destruir las sagradas barreras del propio respeto con que Dios circundó sus corazones, sus mentes y sus almas, como la mejor protección contra los ardides de este corrompido mundo. Esas leyes del pudor, que les prohíbe pronunciar una palabra impura á los oídos de un hombre y que cierran todas las avenidas del corazón á preguntas no castas cuando se les habla en nombre de Dios, están tan claramente grabadas en sus conciencias y comprenden tan bien que constituyen un don divino, que, como ya digimos, muchas prefieren el peligro de su eterna perdición conservando el más riguroso silencio.

Son necesarios muchos años de esfuerzos ingeniosos, por no decir diabólicos, de parte de los confesores para resolver á la mayoría de las penitentes á que hablen sobre asuntos que los paganos tendrían vergüenza de discutir entre sí. Algunas persisten en su silencio durante la mayor parte de su vida, y muchas prefieren lanzarse en los brazos de un Dios misericordioso y morir sin someterse á esa prueba corruptora, aun después de envenenadas por el enemigo, antes que recibir el perdón de un hombre que, si participase de los sentimientos de ellas, se escandalizaría con la narración de sus humanas fragilidades.

No hay sacerdote romanista que no conozca esta disposición natural de sus confesadas. Ni uno de sus teólogos deja de llamar la atención en sus obras á

los confesores sobre esa resolución severa y casi general de las doncellas y de las casadas en fuerza de la cual jamás descubren en el confesonario faltas referentes á su sexto mandamiento. (1).

Ligorio, Debrague, Bailly, Gury, etc., en una palabra, todos los teólogos romanistas admiten que ésta es una de las mayores dificultades con que se lucha en el confesonario.

No hay un solo sacerdote romano que se atreva á negar lo que decimos sobre este punto, por lo mismo que saben que nos sería fácil responderles con tanta multitud de mujeres testigos que la grande impostura quedaría para siempre descubierta.

Intención tenemos, si Dios nos lo permite, de revelar más adelante algunas de las innumerables declaraciones de los teólogos y moralistas romanos sobre esta cuestión. Será uno de los libros más curiosos que jamás se hayan escrito, y dará incontables pruebas del hecho de que, instintivamente, sin consultarse unas á otras y con maravillosa unanimidad, las mujeres de la Iglesia Romana, guiadas por los sentimientos de honradez de que Dios las dotó, rompen los lazos que se les armen en el confesonario, y se fortalecen con sobrehumano valor contra esos hombres audaces, comisionados por el Papa, para completar la ruina y hacer naufragar las almas

En todas partes la mujer piensa que hay cosas

(1) Decimos *su sexto*, porque según el orden de la Biblia es el séptimo.

que nunca deben referirse, así como hay cosas que jamás se deben practicar en la presencia del Dios de santidad. Ella percibe que la narración de ciertos pecados, aún de pensamiento, no es menos vergonzosa y culpable que la práctica de ellos; ella oye la voz de Dios que le dice al oído:

«¿No basta ya que tú cometieras una vez el pecado en mi misma presencia, que todavía quieres acrecentar tu iniquidad, permitiendo que ese hombre sepa lo que jamás se le había de revelar? No ves que á él le haces cómplice tuyo desde el momento en que deposites en su alma las iniquidades que la tuya encierra? El es tan flaco como tú; él no es menos pecador que tú; lo que á ti derribó, á él también derribará; eso mismo que te manchó á tí, también manchará á él; y lo que á tí te arrojó por tierra, á él también arrojará. ¿No basta que mis ojos vieran que presenciar tus iniquidades? ¿Mis oídos se verán obligados hoy á escuchar tu impura conversación con ese hombre? Si tu confesar fuese tan santo como mi profeta David, ¿no podría caer en la presencia de la impúdica manifestación de la nueva Bethsabé? Si él fuese tan fuerte como Sansón no podría hallar en ti á su tentadora Dalila? Si él fuera tan generoso como Pedro, ¿no podría trocarse en traidor á la voz de la criada?»

Tal vez el mundo jamás presenciará una lucha tan terrible, tan desesperada y tan solemne como la que acontece en el alma de una pobre doncella que, temblando á los pies de un hombre, debe deci-

dirse á tener cerrados ó abrir sus labios para descubrir ó no cosas que la voz infalible de Dios de acuerdo con la voz no menos infalible de su honra y respeto, le dicen que nunca revele á ningún hombre.

La historia de esa lucha secreta, feroz, desesperada y mortal yo no sé que haya sido todavía escrita. Lo que yo sé es que esa historia arrancaría del mundo entero lágrimas de espanto y de compasión, si pudiera ser escrita con todas sus realidades sencillas, sublimes y terribles.

Yo por mi parte no puedo menos de declarar que muchas veces me echaba á llorar como una criatura, cuando una doncella de corazón noble é inteligente ó alguna respetable matrona se rendía á los sofismas con que yo mismo ó algún otro confesor las persuadía á renunciar su respeto propio y su dignidad de mujer para hablarme de materias que una mujer decente jamás debiera tratar con ningún hombre.

Exponíanme su repugnancia invencible y su horror á tales preguntas y respuestas, suplicándome que tuviese compasión de ellas. Sí: muchas veces he llorado amargamente mi degradación como sacerdote romano. Comprendía toda la fuerza, toda la grandeza, toda la santidad de los motivos que las obligaban á aguardar silencio sobre materias tan corruptoras, y no podía menos de admirar á tan desgraciadas mujeres. Me parecía á veces que ellas hablaban la lengua de los ángeles de luz, y que yo debía postrarme á sus pies, pidiéndoles perdón por haberlas hablado de asuntos que un hombre honra-

do nunca debiera introducir en la conversación con una mujer á quien respeta.

Pero ¡ay de mí! pasado un poco de tiempo, (tengo que acusarme á mí mismo) y después de cortos intervalos de flaqueza en la fe de mi Iglesia, me veía obligado á imponer silencio á mi propia conciencia que me decía: ¿No es una vergüenza que tú, siendo soltero, te atrevas á hablar de estas cosas con una mujer? ¿No tienes pudor al dirigir tales preguntas á una doncella? ¿Dónde está tu propio respeto? ¿Dónde tu temor de Dios? ¿No estás causando la ruína de esa joven obligándola á conversar contigo sobre semejantes materias?

Y sin embargo yo, como todos los confesores, no hacía más que cumplir con el deber que me imponen todos los papas, todos los teólogos moralistas y todos los concilios: yo me veía precisado á creer que los avisos de mi Dios misericordioso eran la voz de Satanás, y, lo que es peor, á despecho de mi propia conciencia y de mi entendimiento yo estaba obligado á juzgar que era bueno—y hasta necesario—hacer tales preguntas inmundas y llenas de perdición. Mi Iglesia infalible imponíame sin piedad el deber de obligar á esas infelices doncellas y mujeres que estaban á mis pies temblando y llorando, á lanzarse conmigo en el piélago cenagoso de esas aguas de Sodoma y Gomorra, alegándoles por motivo, que era necesario sometiesen su voluntad y fomentar en ellas el temor del pecado y el ejercicio de la humil-

dad y que así serían purificadas por nuestras obso-
luciones.

En el comienzo de mi carrera eclesiástica causó-
me no poca sorpresa y embarazo ver llegar á mi
confesonario donde yo estaba á una joven hermosa
y muy instruída á quien yo solía ver todas las sema-
nas en casa de su padre. Era confesada de ordinario
por un joven sacerdote muy conocido mío y estaba
considerada como una de las señoritas más religio-
sas de la ciudad.

A pesar de presentárseme en el confesonario lo
más disfrazada posible para que yo no la conociese,
sospeché luego que era la amable María X. Con to-
do, no teniendo certeza absoluta de la veracidad de
de mi impresión, dejé á la jóven en su creencia de
que yo no la conocía. Al principio casi no podía pro-
nunciar una sola palabra, y su voz era sofocada por
los sollozos, y al través de la rejilla que separaba
nuestras cabezas, observé dos ríos de gruesas lá-
grimas que se deslizaban por sus mejillas.

Después de un grande esfuerzo díjome:—Querido
padre, espero que no me conoce y que jamás pro-
curará conocerme. Soy una grandísima pecadora.
¡Oh! Yo creo que estoy perdida ¡pero si hay alguna
esperanza de salvarme, por amor de Dios, no me
reprenda! Antes de principiar mi confesión, permítame
que le suplique no me dirija ciertas preguntas
que otros confesores suelen usar con sus confesadas,
pues yo estoy perdida precisamente por semejantes
preguntas. Aún no había yo cumplido los diez y sie-

te años, y Dios sabe muy bien que sus ángeles no eran más puros de lo que yo era; sin embargo, el capellán del convento donde mis padres me mandaron educar, á pesar de que él era de edad avanzada hizome en el confesonario preguntas que ya al principio no comprendía, pero que desgraciadamente también el mismo confesor las había dirigido á una condiscípula mía á la cual le hicieron mucha gracia, y que me las explicó con demasiada claridad. Esta primera conversación impura de mi vida sumergió mis pensamientos en un mar de iniquidades desconocidas para mi hasta entonces; las tentaciones más viles y humillantes me combatieron durante una semana entera de día y de noche; y pecados que yo apagaría hoy con mi propia sangre, si posible fuera, inundaban mi ser como un diluvio. Pero el goce del pecado dura poco. Aterrorizada por las amenazas de los juicios de Dios, después de algunas semanas de la vida más deplorable, resolví abandonar mis pecados y reconciliarme con Dios. Avergonzada y toda temblando, fuí á ponerme á los piés de mi antiguo confesor, á quien respetaba como un santo y amaba como un padre. Me parece que me presenté con sinceras lágrimas de arrepentimiento, que le confesé la mayor parte de mis pecados, ocultando sin embargo uno de ellos por vergüenza y por el respeto que me infundía mi director espiritual. Pero no le oculté el hecho de que las extrañas preguntas que me dirigiera en mi última confesión con la natural

inclinación de la sensualidad, habían sido la causa principal de mi ruína.

Hablóme con mucha bondad, animándome á luchar contra mis inclinaciones, y al principio me dió buenos consejos; pero cuando pensé que había ya concluído de hablarme y yo me preparaba para dejar al confesonario, me dirigió dos nuevas preguntas de género tan peligroso y contaminador, que juzgo no sea capaz ni la sangre de Cristo ni todo el fuego del infierno para borrarlos nunca de mi memoria. Esas preguntas consumaron mi ruína y mi perdición; grabáronse en mi mente como dos saetas emponzoñadas; noche y día ocupaban mi imaginación, y corrompieron mi sangre cual veneno mortífero.

Verdad es que al principio me causaron horror y repugnancia, pero en breve me acostumbré tanto á ellas, que parecían incorporadas en mí y como formando en mi ser una segunda naturaleza. Llegaron á constituir un manantial de ideas, deseos y acciones de carácter abominable.

Había transcurrido un mes, y era preciso que volviéramos á confesarnos según las reglas del convento, pero yo estaba tan completamente perdida que no me daba cuidado alguno el confesar á un hombre mis más vergonzosos pecados, al contrario, yo experimentaba un verdadero placer diabólico con la idea de una prolongada conversación con el confesor sobre mis abominaciones, y en la esperanza y grandeseo de que me hiciera más preguntas extrañas.

Efectivamente, cuando le hube contado todo, principió á preguntarme y sabe Dios las inundaciones que pasaron de sus labios á mi pobre y pecador corazón. Cada pregunta me excitaba los nervios y me producía las más vergonzosas sensaciones. Después de una hora pasada con él en confidencias criminosas (porque no eran otra cosa), llegué á comprender que él era tan depravado como yo. Con ciertas palabras encubiertas hizome una propuesta criminal que yo acepté también con palabras también obscuras, y durante un año entero vivimos en la más vergonzosa intimidad. A pesar de ser él mucho más viejo que yo, llegué á amarle locamente. Terminado el curso de mis estudios en el convento, mis padres me hicieron volver á casa. Yo, á la verdad, me alegré de salir de allí, porque comenzaba á hastiarme de mi pésima vida, y alimentaba la esperanza de que, bajo la dirección de un confesor más honesto, podría conciliarme con mi Dios y principiar una vida cristiana.

Desgraciadamente para mí, el segundo confesor, hombre joven, dirigióme el interrogatorio acostumbrado. En breve me amó y yo también le amé deshonestamente. Hicimos cosas que espero no me mandaréis revelar, porque son demasiado hediondas para describirlas ni aun en el confesonario por una mujer en presencia de un hombre.

No digo esto para librarme de la responsabilidad de mis iniquidades con este joven confesor, porque

me juzgo más pecadora que él. Tengo la más firme convicción de que este pobre sacerdote antes de conocerme era un santo, pero las preguntas que él debió hacerme y yo tuve que contestar, se muy bien derritieron su corazón así como el plomo líquido derrite el suelo cuando sobre éste cae.

No dudo que esta confesión no es tan detallada como exige nuestra santa Iglesia, pero juzgué necesario trazar á grandes rasgos esta corta historia de la vida de una pecadora, quizá la mayor y más miserable. He aquí mi género de vida durante estos últimos años. Sin embargo, el domingo pasado, Dios en su infinita misericordia se compadeció de mí. El os inspiró que presentárais al Hijo Pródigo como modelo de una verdadera conversión y como la mas maravillosa prueba de la compasión infinita del Salvador para con los pecadores. Desde ese día feliz no he cesado de llorar de día y de noche desde que me arrojé en los brazos de mi padre de amor y misericordia. Ahora mismo apenas puedo hablar, porque mi pesar por las pasadas iniquidades y el gozo que siento por serme permitido bañar los pies del Salvador con mis lágrimas, llegan al punto de sofocar mi voz.

Comprendéis, pues, que ya he prescindido para siempre de mi último confesor. Vengo á pedir os el favor de que me aceptéis en el número de vuestras confesadas. ¡No me rechazéis ni me reprendáis, por el amor de mi Salvador Jesús! No os cause miedo de

tener á vuestros pies semejante monstruo de iniquidad.

Pero antes de proseguir tengo que pedir dos favores: El primero es, que no intentéis descubrir mi nombre; el segundo que nunca me hagáis esas preguntas que á tantas almas ha perdido y arruinado à tan gran número de confesores. Dos veces he sido yo por ellas pervertida. Nos acercamos al confesionario y caemos de rodillas ante los sacerdotes para que nos purifiquen lavando nuestras almas con el agua pura del Cielo, pero en lugar de esto, con sus preguntas indecorosas echan aceite en el fuego que arde dentro de estos corazones pecadores. ¡Ah, padre! ¡Dejadme ser vuestra confesada, ayudándome á ir á llorar como la Magdalena á los pies del Salvador; respetándome como Él respetó á ese verdadero modelo de pecadoras arrepentidas! ¿El Salvador le hizo acaso á ella pregunta alguna? ¿Arrancóle la historia de las cosas que no podía contar sin faltar al decoro? ¡No! Habéis dicho hace poco que lo único que hizo el Salvador fué atender á sus lágrimas y á su amor. Pues bien, padre: Haced vos lo mismo conmigo y me salvaréis!

Era yo entonces un sacerdote muy joven y no había oído en el confesionario palabras tan sublimes. Aquellas lágrimas y aquellos sollozos mezclados con la declaración franca de las acciones más humillantes, hicieron en mí tan profunda impresión, que permanecí algún tiempo sin poder pronunciar una palabra. Vínome también la idea de que podía enga-

ñarme sobre la identidad de aquella joven y que tal vez no fuera ella la que yo me había imaginado. Nada, pues, me costaba en concederle lo primero que pidió, ó sea el no tener yo empeño en conocerla.

La segunda súplica que me había hecho, causábase más embarazo por el deber riguroso que los teólogos romanistas imponen á los confesores de interrogar á los penitentes y en especial á las mujeres.

La alenté de la mejor manera que pude á que persistiera en sus buenas resoluciones invocando á la Bienaventurada Virgen María y á Santa Filomena. Era ésta en aquella época la *santa de moda*, como lo es hoy María Alacoque entre los proselitos de la Iglesia Romana. Dijele que acudiría yo á la oración y reflexionaría sobre el asunto de su segunda súplica, invitándola á que volviera á los ocho días.

En aquel mismo día me dirigí yo á mi propio confesor, que lo era el Rdo. Baillargeon, párroco de Quebec y después arzobispo del Canadá. Le referí la singular y extraordinaria gracia que me había pedido la joven de no hacerle las preguntas que mandan los teólogos para asegurar la integridad de la confesión. No le oculté la voluntad que yo tenía de acceder á los buenos deseos de la joven, y aun le repetí lo que ya le tenía dicho varias veces, esto es, que estaba yo profundamente disgustado de las preguntas impropias y escandalosas que los teólogos nos obligaban á dirigir á las penitentes. Le dije

francamente que varios sacerdotes jóvenes y ancianos se habían confesado conmigo, y que, á excepción de dos, todos me habían asegurado que no les era posible hacer tales preguntas y escuchar las respuestas correspondientes sin caer en los más abominables pecados.

Pareció mi confesor muy perplejo sobre la respuesta que me había de dar. Me pidió que volviera al día siguiente y entretanto consultaría á algunos de sus libros teológicos. Oída su respuesta, que conservé por escrito, la presento aquí tal como la guardo entre mis antiguos manuscritos:

«Estos casos de la virtud destruída en la mujer constituyen un mal inevitable. No tienen remedio, supuesto que tales preguntas son absolutamente necesarias en la mayoría de los casos que hemos de tratar. Los hombres, por lo general, confiesan sus pecados con tanta sinceridad, que raras veces se hace necesario preguntarles, á no ser muy ignorantes. San Ligorio, sin embargo, y nuestra misma experiencia personal, nos dicen, que la mayor parte de las doncellas y mujeres, por una vergüenza falsa y culpable, raras veces confiesan los pecados contra el pudor. Es necesaria la mayor caridad de parte de los confesores para evitar que esas infelices esclavas de sus pasiones secretas, hagan confesiones y comuniones sacrílegas. Usando de la mayor prudencia y celo el confesor debe preguntar sobre estos asuntos á sus confesadas, comenzando por los delitos más leves, y pasando poco á poco de un modo

imperceptible á las acciones más criminales. Ahora bien; como que la joven penitente de que tratamos parece que se resiste á expresar en la confesión todas sus iniquidades con la amplitud y minuciosidad que se requiere, usted, amigo mío, no puede darle la absolución sin estar bien cierto de que, mediante preguntas prudentes y acertadas, ella lo confiese todo.

»No debe desanimarse cuando, por el confesionario ó por cualquier otro medio, sepa la caída de sacerdotes en fragilidades comunes á la naturaleza humana, aunque sea con sus confesadas. Nuestro Salvador sabía muy bien que las ocasiones y las tentaciones que encontramos al confesar á las mujeres, son tan numerosas y á veces tan irresistibles, que muchos deberían caer en ellas. Sin embargo, entregáos á la Virgen María que siempre puede alcanzaros perdón por vuestras caídas. Entretanto, administradlas el sacramento de la Penitencia, en el cual pueden recibir el perdón cuantas veces quieran pedirlo. Grande honra y privilegio es nuestro voto de perfecta castidad, pero no podemos negar que él carga sobre nosotros un peso que no siempre podemos soportar. San Ligorio dice que no podemos reprobar al sacerdote que sólo cae una vez cada mes, y otros teólogos son todavía más tolerantes.»

Esta respuesta estaba muy lejos de satisfacerme. Parecíame compuesta de *principios elásticos*. Me volví á casa pesaroso y lleno de cuidado, y Dios

sabe con cuánto fervor le pedí que aquella señorita no volviera más á referirme su triste historia. Tenía yo entonces veintiséis años; y en esta edad es muy difícil conservarse casto en un confesonario conversando sobre ciertas materias con una mujer joven y hermosa. Me parece que si mil avispas hiriesen á un tiempo mis oídos con sus agujijones, no me harían tanto daño como me causaron las palabras de aquella señorita amable, delicada é inteligente, aunque perdida.

No digo que las revelaciones que ella me hizo, disminuyeron en mí en manera alguna la alta estimación y el respeto que yo le tributaba. Al contrario; las lágrimas que entre sollozos derramó á mis pies, sus expresiones de angustia, de vergüenza y pesar, y sus nobles palabras de protesta contra las preguntas nocivas y corruptoras de sus confesores, habíanla elevado á grande altura en mi opinión. Yo confiaba sinceramente que ella alcanzaría en el reino de Cristo una posición semejante á la de la mujer Samaritana, á la de María Magdalena y de otras tantas pecadoras que lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero.

En el día convenido estaba yo en el confesonario oyendo la confesión de una joven, cuando vi entrar á la señorita María en la iglesia y luego arrodillarse á mis pies. A pesar de venir más disfrazada que la vez primera y cubierto su rostro con un velo espeso, yo no podía engañarme; era la misma, la misma señorita amable en cuya casa yo pasaba

tantas horas agradables. Muchas veces había escuchado silencioso su melodiosa voz, cuando nos cantaba, acompañándose ella misma con el piano, algunos de los más hermosos cánticos religiosos. ¿Quién era capaz de verla y oirla sin rendirla cierta especie de adoración? La dignidad en su andar y en todo su porte, la denunciaban á pesar de sus disfraces.

En aquella ocasión hubiera yo dado toda mi sangre, si con ésta hubiese podido alcanzar á tan amable doncella la libertad de permitirle llorar sus culpas á los pies de Jesús sin obligación de declararlas á un hombre. Ojalá hubiese yo podido tomarla de la mano y guiarla en silencio ante el Salvador que murió por nosotros, para que ella le bañara sus pies con lágrimas y derramara en su cabeza el bálsamo del amor, sin verme yo obligado á decirle más que estas palabras: «Vete en paz, tus pecados te han sido perdonados».

Pero ¡ay de mí! En el confesonario yo no era el siervo de Cristo, siguiendo sus palabras de divina salvación y el dictamen de mi recta conciencia. ¡Yo era allí el esclavo del Papa! ¡Veíame obligado á sofocar los gritos de mi conciencia y á despreciar las inspiraciones de mi Dios! ¡Allí mi conciencia no tenía derecho de hacerse oír; mi inteligencia era cosa muerta! ¡Sólo los teólogos del Papa tenían derecho á ser oídos y obedecidos! Yo no estaba allí para salvar, sino para destruir, porque, so pretexto de purificar, la verdadera misión del confesor es mu-

chas veces, sino siempre, á despecho de si mismo, la de escandalizar y perder las almas.

Luego, pues, que me hallé dispuesto, me volví hacia élla y le dije por la rejilla: ¿Está V. preparada para principiar su confesión?—No me respondió una palabra. Todo lo que yo podía oír era: «¡Jesús, ten misericordia de mí. Vengo á lavar mi alma en tu sangre! ¿Tú me rechazarás?».

Durante algunos minutos permanecí con mis manos erguidas, mis ojos elevados, llorando y pidiendo. De cierto no sospechaba de lo que estaba observando, antes bien creía que la portezuela de la ventanilla permanecía cerrada. Yo, sin embargo observaba que mis lágrimas corrían á la par con las suyas, y que mis oraciones subían juntas con las de élla al trono de Jesús. No quería de ningún modo interrumpirla en aquella sublime comunicación con su misericordioso Salvador.

Pasado bastante tiempo hice un pequeño ruido con la mano, y dirigiendo mi voz á la ventanilla, dije á la joven:—Hermana ¿está pronta á principiar la confesión?

Volviendo ella su cara hacia mí, respondiome:—Si padre, estoy pronta.

Sin embargo empezó de nuevo á llorar y á hacer oración, á pesar de que yo no podía distinguir lo que ella decía.

Después de un intervalo de oración silenciosa dígele yo:—«Mi querida hermana, si está dispuesta, haga el favor de comenzar su confesión».

—Mi querido padre, respondió ella, ¿se acuerda de lo que le pedí hace algunos días? ¿Me puede permitir que le confiese mis pecados sin faltar al respeto debido á mí misma, á V. y al mismo Dios que nos está escuchando? ¿Puede prometer que no me hará ninguna de esas preguntas que tanto daño me causaron en otras ocasiones? Declaro francamente que hay en mí pecados que á nadie de este mundo puedo revelar excepto á mi Salvador, porque El es mi Dios y ya los tiene conocidos. Déjeme V. llorar á los pies de tan buen Señor y Padre. ¿Es que usted no me puede perdonar sin acrecentar mis iniquidades, haciéndome repetir cosas que los labios de una mujer cristiana no pueden contar á un hombre?

—Querida hermana, respóndele yo, si yo pudiera seguir el impulso de mis sentimientos, de buen grado accedería á sus deseos; pero estoy aquí como ministro de nuestra santa madre Iglesia, y estoy obligado á obedecer sus santas leyes. Por sus santísimos Papas y teólogos, ella me dice que no puedo perdonar pecados sin confesarlos todos del mismo modo y con las mismas circunstancias con que fueron cometidos. La Iglesia es la que me enseña que V. como todo pecador, debe expresar todos los pormenores que pueden agravar ó modificar la malicia de sus pecados. Siento también decirle que nuestros más santos teólogos imponen al confesor el deber de interrogar á sus penitentes sobre los pecados que, según bien fundadas sospechas, parece que son callados voluntaria ó involuntariamente.

Apenas acabé yo de pronunciar estas palabras, cuando la infeliz joven, lanzando un grito agudo, exclamó:

—En ese caso, Dios mío, estoy perdida..., estoy perdida para siempre!

Este grito me hirió á mí como un rayo, y mi susto fué mayor, cuando ví al través de la regilla que ella se desmayaba y cayendo en el suelo daba golpes con su cabeza en el confesonario.

Con la rapidez de un relámpago corrí en su socorro, la levanté, llamé dos hombres que se hallaban cerca y ellos me ayudaron á tenderla en un banco. Lavé su rostro con agua y vinagre. Estaba pálida como un cadáver, pero movía sus labios balbuceando palabras que nadie sino yo podía entender.

—¡Estoy perdida; perdida para siempre!

La llevamos al seno de su familia atribulada, donde por espacio de un mes quedó suspensa entre la vida y la muerte. Sus dos primeros confesores fueron á visitarla; pero ella, después de rogar á las demás personas que salieran de su aposento, díjoles á ellos con delicadeza pero con palabras enérgicas, que se saliesen y no volvieran nunca más á presentarse allí. Invitóme á mí á visitarla todos los días, «porque—decía—me quedan pocos días de vida y quiero que me ayude á prepararme para la hora solemne en que se me van á abrir las puertas de la eternidad». Fuí, pues, todos los días para orar y llorar con ella.

Muchas veces, estando solos, la rogué con lágrimas que acabara su confesión; pero ella, con una firmeza que me parecía misteriosa é inexplicable, me rechazó siempre.

Un día me arrodillé junto á su lecho con el fin de orar. Sin embargo, érame imposible pronunciar una sola palabra por la angustia inexplicable que sentía por ella. Viéndome así me preguntó:

—Querido padre, ¿por qué llora?

—¿Cómo puede usted hacerme esa pregunta á mí, le respondí, á mí que soy su asesino? ¡Lloro porque yo la he muerto, mi querida señorita!

Esta respuesta parecía afligirla mucho. Hallábase aquel día muy abatida. Lloró, hizo oración en silencio y díjome:

—No llore usted por mí; llore más bien por tantos sacerdotes que arrancan la virtud del corazón de sus confesadas. Yo creo en la santidad del Sacramento de la Penitencia, ya que la Iglesia lo preceptúa. Sin embargo, existe en el confesionario un mal enorme. En él y por él fuí dos veces arruinada y envilecida, y conozco muchas jóvenes que también por él se han perdido. Esto es un sacerdote para muchas gentes, ¿pero lo será siempre? ¡Desgraciados sacerdotes el día en que nuestros padres lleguen á saber lo que sucede con la virtud de sus hijas cuando caen bajo la tutela de los confesores! Estoy cierta que mi padre mataría á mis dos últimos confesores, si él supiera cómo pervirtieron á su hija.

Yo no pude responderla sino con lágrimas. Per-

manecemos en silencio durante un largo intervalo. Después prosiguió:

—A la verdad, yo no esperaba la represión y negativa que me dió usted en el confesionario; pero comprendo que usted procede en conciencia como sacerdote bueno y recto; yo sé que está usted ligado por ciertas leyes.

En seguida, con sus manos frías, quitóme las mías y me añadió:

—No llore, querido padre, por ver que el frágil bajel de mi alma haya naufragado en esa repentina tempestad. Las olas de ésta, destinadas estaban á empujarme en el mar insondable de mis iniquidades hacia la playa donde Jesús me aguardaba para recibirme y perdonarme. En aquella misma noche, después de conducirme á esta mi casa, donde entré casi muerta, tuve un sueño. ¡Ah, no! No fué un sueño; fué una realidad. Mi Jesús vino á visitarme; le ví, corríale la sangre de sus heridas, traía una corona de espinas en su cabeza y una cruz pesada magullaba sus hombros. Él fué quien me dijo con una voz tan dulce, que ninguna criatura es capaz de imitar: «He visto tus lágrimas; he oído tu clamor; conozco el amor que me tienes; tus pecados están perdonados: ten ánimo; dentro de pocos días estarás conmigo».

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, se desmayó y temí quedara muerta hallándome solo con ella.

Avisé presuroso á la familia que se lanzó precipitadamente en el aposento; mandaron á llamar al

médico, el cual, al momento que llegó y la vió tan débil, ordenó que no permanecieran en el cuarto más personas que las indispensables; nos suplicó que no habláramos, porque decía, «la menor impresión puede causarle la muerte repentina; su enfermedad es, con toda probabilidad, un aneurisma en la aorta, es decir, en la vena que conduce la sangre al corazón; si llega á reventar, la infeliz pasará como un relámpago».

Eran cerca de las diez de la noche cuando salí del aposento con el fin de descansar un rato. Sin embargo, creo inútil decir que pasé una noche de terribles ensueños. La pobre María estaba allí, en extremo pálida y muriendo víctima del golpe mortal que yo le había dado en el confesionario. Allí estaba ella, en el lecho de muerte, con el corazón atravesado por el puñal que la Iglesia había puesto en mi mano, y en vez de lanzármelo al rostro y de maldecirme por mi fanatismo salvaje y despiadado, se limitaba á avergonzarme. Moría víctima de la más profunda pena en su corazón; y mi Iglesia no me permitía dirigirle una sola palabra de consuelo y de esperanza, *¡porque no se había confesado!* ¡Yo era quien había herido sin misericordia aquella planta tierna; y no tenía en mis manos lenitivo alguno para aplicar á las llagas que yo mismo había abierto! ¡Natural era que falleciese al día siguiente; y me estaba prohibido mostrarle la corona de gloria que Jesús tiene preparada en su reino para el pecador arrepentido!

Mi angustia era realmente indescriptible, y creo que aquella noche hubiera yo muerto sofocado, si las lágrimas que sin cesar derramaba, no hubieran aliviado á mi corazón dolorido.

¡Qué largas y oscuras me parecían las horas de aquella noche!

Antes del amanecer me levanté para volver á consultar mis autores teológicos, esperando hallar entre ellos alguno que me permitiera absolver á aquella amable joven sin obligarle á declararme todo cuanto había hecho. Sin embargo, ellos me parecían más que nunca unánimemente inexorables, por lo cual volví á colocarlos en los estantes lleno de pesar.

A las nueve de la mañana me dirigí otra vez al lecho de nuestra pobre María. Es imposible describir el júbilo que experimenté cuando el médico y la familia me aseguraron que ella estaba muchísimo mejor y que el descanso de la noche había producido en ella una maravillosa mudanza.

Con una sonrisa verdaderamente angelical me apretó la mano diciendo:

—Yo creía que mi buen Salvador me iba á llamar á su presencia antes de terminar la noche; pero permítame, padre mío que le moleste todavía; tenga paciencia, pues la hora solemne ya no puede tardar. Haga el favor de leerme la historia de la Pasión de mi Señor Jesús, como me la leyó hace algunos días. ¡Me consuela tanto saber cómo me amó, siendo yo tan miserable pecadora!

Había en sus palabras una solemnidad y una dulzura tan grandes, que nos impresionamos sobremasera á mí y á todos los presentes.

Luego que acabé la lectura de la Pasión, exclamó:
—¡Él me amó tanto, que murió por mis pecados!

Y cerró al mismo tiempo sus ojos como para meditar en silencio, mientras se deslizaban por sus mejillas dos arroyos de lágrimas.

Me arrodillé al pie de la cama juntamente con toda la familia para hacer oración, pero no me fué posible pronunciar una sola palabra. La idea que esta amable joven yacía allí moribunda, como á consecuencia del fanatismo cruel de mis teólogos y de mi cobardía en rendirles obediencia, era como una piedra de molino amarrada á mi pezcuelo,—¡me abismaba, me mataba!

¡Ah! Si yo, muriendo mil veces, la pudiese alargar solamente un día de su existencia, ¡con qué gusto hubiera yo aceptado esas mil muertes!

Después que hubimos orado en silencio y llorado junto á su cama, pidió ella á su madre que la dejase sola conmigo.

Así que yo me ví solo con ella, impulsado por la impresión de que este era su último día, púseme otra vez de rodillas, y con lágrimas de la más sincera compasión por su alma, le supliqué no fuese terca y que obedeciera á nuestra santa Iglesia, la cual exige, que cuantos pretendan alcanzar perdón, confiesen todos sus pecados.

Con calma, pero con una dignidad que no hay

palabras humanas para describir, me contestó ella:

—¿Es verdad que después de la transgresión de Adán y Eva, Dios mismo les hizo vestidos de pieles y les cubrió para que no se vieran su desnudez?

—Es verdad—respondí—, eso nos declara la Sagrada Escritura.

—Pues bien,—replicó ella—, ¿cómo es que nuestros confesores se atreven á arrancarnos ese vestido, santo y divino, del pudor y del respeto propio? ¿No fué así como el mismo Dios Todopoderoso preparó ese vestido de la modestia femenina, á fin de que no fuéramos para vos y para nosotras una ocasión de vergüenza y de pecado?

Quedéme estupefacto ante la belleza, la sublimidad de esa comparación. Me dejó mudo y confundido. A pesar de haber con ella triturado todas las tradiciones y todas las doctrinas de mi Iglesia y de haber reducido á polvo todos mis santos doctores y teólogos, esa noble respuesta produjo tal eco en mi alma, que me parecía un sacrilegio contestarla.

Después de un breve rato de silencio, continuó ella:

—Dos veces fuí arruinada por los sacerdotes en el confesonario. Ellos me arrancaron ese vestido divino, de modestia y de pudor, que Dios da á todo ser humano que entre en el mundo, y dos veces he venido á ser yo misma para esos sacerdotes un abismo de perdición donde cayeron y donde juzgo están ellos eternamente perdidos!

¡Oh Padre mío celestial y misericordioso, restituidme ese vestido de pieles, ese manto nupcial de

modestia, de respeto propio y de santidad que me han robado! Él no puede permitir que nadie venga otra vez á rasgar y convertir en girones ese vestido, obra de sus manos.

Los esfuerzos que acababa de hacer para expresarse de un modo tan sobrenatural y divino, habíanle dejado postrada y sin aliento. Conocí que le era necesario el descanso. Dejéla pues, pero yo estaba fuera de mí. Lleno de admiración por las sublimes lecciones que acababa de recibir de aquella regeneradora hija de Eva, cuya próxima partida se veía tan manifiesta, sentí un profundo enojo contra mí mismo, contra mis teólogos, y... ¿lo diré? sí; en aquella hora solemne experimenté profundísimo enojo contra mi Iglesia; que tan cruelmente abusaba de mí, y aún contra todos sus confesores. Concebí un horror extremo hacia esa confesión auricular que tan frecuentemente es un abismo de perdición y de profundas miserias lo mismo para el confesor que para los penitentes. Salí y pasé dos horas por una llanura respirando el aire puro y refrigerante de la montaña.

Allí, solo, me senté en una piedra, en el mismo sitio donde Wolfe y Montcalm combatieron y murieron, y allí dí rienda suelta á mis sollozos y lágrimas, llorando mi degradación irreparable y la de tantos sacerdotes, causada por el confesonario.

A las cuatro de la tarde regresé á casa de la infeliz moribunda. La madre me llamó aparte y me dijo con la mayor delicadeza:

—Mi caro señor Chinisky, ¿no le parece que ya

es tiempo de que mi querida hija reciba los últimos sacramentos? Parecía estar esta mañana tan aliviada y estábamos con tantas esperanzas...; pero ahora sus fuerzas se van debilitando rápidamente. Haga el favor de tratar sin demora como administrarle el sagrado viático y la extremaunción.

—En efecto, señora,—le contesté;—déjeme V. pasar algunos minutos á solas con su querida hija á fin de prepararla para recibir los últimos sacramentos.

Luego que me hallé solo con ella, púseme otra vez de rodillas, y con muchas lágrimas, le dije:

—Querida hermana, deseo darle el sagrado viático y la extremaunción; pero dígame, ¿cómo osaré yo practicar un acto tan solemne contra todas las prohibiciones de nuestra santa Iglesia? ¿Cómo he de administrarle la sagrada comunión sin haberle antes confesado? ¿Y cómo puedo darle la absolución cuando V. misma persiste en decirme que tiene muchos pecados, los cuales jamás revelará ni á mí ni á confesor alguno? Bien sabe V. que la estimo y la respeto como si fuera un ángel enviado del cielo. No hace muchos días que V. me dijo, que alababa y bendecía el día en que me vió y me conoció por vez primera. Yo repito lo mismo. Bendigo el día en que la conocí; bendigo todas las horas que llevo pasadas al pie de este lecho de sufrimiento; bendigo todas las lágrimas que tengo vertidas por sus pecados y los míos; bendigo todas las horas que hemos pasado juntos, contemplando las llagas de nuestro buen Salvador crucificado; bendigo á V.,

querida hermana, porque me ha perdonado el haber yo sido la causa de su muerte, pues lo sé y lo confieso delante de Dios, que yo, yo la mato, hermana mía. Pero ahora prefiero mil muertes antes que dirigirle á V. una palabra siquiera que pueda amargar ni perturbar la paz de su alma. Hermana mía, dígame por favor que puedo ó debo hacer yo en esta hora solmne.

Con una tranquilidad y con una sonrisa de júbilo que nunca jamás he visto, me habló ella:

—Le agradezco y le bendigo, querido padre, por la parábola del Hijo Pródigo, que hace un mes tomó V. por tema de su predicación. Ella me condujo á los pies del bendito Salvador; allí hallé una paz y una alegría muy superiores á todo cuanto el corazón puede desear, me arrojé en los brazos de mi Celestial Padre, y sé que Él me aceptó en su misericordia y perdonó á su pobre pródiga. ¡Ah! Estoy viendo ahora mismo á los ángeles con sus arpas de oro alrededor del torno del Cordero! ¿No oye V. las armonías de sus cánticos? Yo me voy... yo me voy á juntarme con ellos en la casa de mi Padre. *¡No estoy perdida!*

Entretanto que así hablaba ella, mis ojos estaban convertidos en dos verdaderas fuentes de lágrimas; no podía ni quería ver cosa alguna porque me hallaba completamente subyugado por las palabras sublimes que salían de los labios de aquella joven moribunda, la cual para mí ya no era una pecadora, sino un verdadero ángel del Cielo. Había escuchado estático sus palabras; había en cada una de ellas

divinos raudales de celeste armonía. Mas cuando llegó á decir; «Yo me voy á la casa de mi Padre», levantó su voz de una manera tan extraña, y dió tamaño grito de alegría al pronunciar las últimas palabras que alcé mi cabeza y abrí mis ojos para contemplarla. Sospeché que tuviese alguna novedad.

Púseme en pie, enjuagué mi rostro y mis ojos para verla mejor y me acerqué á ella.

Sus manos estaban cruzadas sobre el pecho, y había en su rostro una expresión de alegría realmente sobrehumana; sus lindos ojos permanecían fijos como si contemplaran alguna escena sublime; al principio parecióme que se hallaba en oración.

En aquel mismo instante su madre se precipitaba en el aposento exclamando:

«Dios mío, Dios mío! ¿Qué significa ese grito de perdida? El caso fué que la última frase, y especialmente la última palabra, habíala pronunciado tan fuerte que fué oída casi por toda la casa.»

Hice una señal á la afligida madre para impedirle hiciese el menor ruído á fin de no perturbar á la moribunda en su oración, porque yo en realidad juzgaba que ella no había hecho sino suspender la conversación, según era su costumbre cuando estábamos juntos, con el objeto de orar. Sin embargo, me engañé.

Aquella alma redimida y salvada había volado sobre los brillantes alas de la fé y del amor para unirse á la multitud de aquellas que lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero y cantar con ellas la eterna Aleluya!

II

La confesión auricular, abismo de perdición para el sacerdote

Había transcurrido mucho tiempo después de la muerte de María. La terrible y misteriosa causa de su muerte sólo Dios y yo la sabíamos. Menos su madre la cual no cesaba de llorar al pie de la tumba de su hija, los demás conocidos la habían casi olvidado; sin embargo, la imagen de aquella joven desgraciada no se apartaba jamás de mi memoria. No entraba yo jamás en el confesonario sin que me pareciera oír la voz solemne y amenazadora de la difunta, que me gritaba: «Existe en el confesonario un mal enorme. Dos veces fuí arruinada por él, y conozco á muchas jóvenes que también por él se perderán.»

¡Cuántas veces, al resonar en mi alma aquella voz sepulcral y espantosa, lloraba yo como un niño y derramaba copiosas y amargas lágrimas pensando en la profunda é insondable degradación, que tanto yo como otros muchísimos sacerdotes, caíamos por medio del confesonario! Y confieso esta verdad, porque muchas veces se me revelaban casos tan deplorables como el referido y me los confesaban mujeres de todas las clases sociales, tanto de ciudades como de aldeas.

Una noche me desperté al ruido de un espantoso trueno y al mismo tiempo oí llamar á la puerta. Me

levanté y pregunté quién llamaba. Una voz me respondió que el reverendo X. se hallaba moribundo y deseaba hablar conmigo antes de morir.

Me vestí y al momento me puse en camino. La noche era obscurísima, y á no ser por el fulgor constante de los relámpagos que rasgaban las nubes, apenas hubiéramos sabido el lugar por donde caminábamos.

Después de larga y difícil jornada al través de la tempestad, llegamos á la casa del sacerdote agonizante. Dirigíme luego á su cuarto y le hallé tan abatido, que á duras penas podía pronunciar las palabras.

A una señal de su mano salieron la criada y un mozo que allí se hallaban, quedando él y yo solos.

Entonces me dijo en voz baja.

—¿Fué usted el compañero que preparó á la pobre María para su muerte?

—Yo fuí, en efecto, señor.

—Dígame ahora la verdad. ¿Es cierto que ella murió sin esperanza y que sus últimas palabras fueron; *Dios mío, estoy perdida?*

A esto le respondí:

—Como yo fuí el confesor de aquella señorita y nos hallábamos conversando sobre asuntos relativos á su confesión en el momento preciso en que ella fué súbitamente llamada á la presencia de Dios, no puedo satisfacer á la pregunta de usted. Dispénsame usted que no pueda hablar más sobre esto. Pero, dígame, ¿quién le ha dicho que ella murió desesperada?

—Su propia madre—replicó el enfermo.—Ella vino á visitarme la semana pasada, y cuando se halló sola conmigo, me dijo, hecha un mar de lágrimas, que su pobre hija había rechazado los últimos sacramentos, expirando con este grito: «¡Estoy perdida!». Añadió que esa palabra *perdida* fue pronunciada con tan terrible fuerza, que la oyeron todos los de la casa.

—Si la madre le dijo eso—respondile yo—, ella puede acreditar lo que quiera sobre la muerte de su hija. Por mi parte, como usted comprende, nada puedo revelar sobre el asunto.

—Pero si ella está perdida,—añadió el anciano,—yo soy el miserable que la perdió. Ella era un ángel de pureza cuando entró en el convento. ¡Ah! Querida María. Si tu estás perdida yo lo estoy mil veces más! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué será de mí? ¡Yo me muero, yo estoy perdido!

Era, á la verdad, un espectáculo espantoso ver á aquel viejo pecador apretando las manos y retorciéndose en su lecho como si se hallara en brasas vivas, con todos los señales en el rostro de la más horrible desesperación y clamando:

—¡Estoy perdido! ¡Oh, Dios mio, estoy perdido!
Mucho me alegré al observar que la tempestad que hacía trepitar la casa y que continuaba sin cesar, impedía que las personas que se hallaban fuera del cuarto, oyesen los gritos dolorosos del sacerdote, el cual era tenido por todos como un santo.

Cuando me pareció que su terror había disminu-

do y que su espíritu se hallaba algo más sosegado, díjele:

—Querido amigo, no se entregue á semejante desesperación. Nuestro Dios misericordioso, pronto perdona el pecador penitente que á El se llega, aunque sea en esta última hora. Diríjase á la Virgen María, que ella pedirá por usted y le alcanzará el perdón.

—¿No le parece que es ya tarde para pedir perdón? El médico me asegura que la muerte está muy próxima y yo mismo me reconozco moribundo. ¿No será tarde para pedir perdón?—preguntó el doliente.

—No, mi querido señor, no es tarde, si siente un pesar sincero de sus pecados. Arrójese en los brazos de Jesús María y José, haga su confesión sin demora, que yo le absolveré y así se salvará.

—Es que yo nunca hice una buena confesión. ¿Quiere usted ayudarme á hacer confesión general?

Deber mío era acceder á sus deseos, y el resto de la noche paséla oyendo la confesión de todo su vida.

Poco deseo decir sobre la vida de aquel sacerdote; creo suficiente, en primer lugar: Que entonces comprendí el motivo porque la pobre María se resistía con tanta tenacidad á mencionar las iniquidades cometidas por ese desventurado sacerdote. Eran ellas tan extraordinariamente horribles, inexplicables... Ni hay lengua humana que deba expresarlas, ni hay oídos algo castos que consientan escucharlas.

El segundo hecho que mi conciencia me obliga á

revelar es casi increíble; sin embargo, es la verdad. El había oído en confesión, entre casadas y solteras, unas 1.500 de las cuales había corrompido ó escandalizado á 1.000 por lo menos, haciéndolas preguntas sobre los asuntos más depravados, por el simple gusto que en ello tenía, sin darles á comprender los pensamientos pecaminosos y los corrompidos deseos que hacia ellas fomentaba en su espíritu. Sin embargo, confesó que tenía seducidas á noventa y cinco de ellas.

Pluguiera á Dios que ese sacerdote fuese el único que yo se de ciencia cierta haberse perdido por causa de la confesión auricular. Pero desgraciadamente, ¡cuán pocos son los que se escapan de los lazos del tentador, comparados con el número de los que caen víctimas! Yo mismo he oído en confesión á más de doscientos sacerdotes; y hablando con verdad, como Dios mismo lo conoce, me hallo precisado á declarar que solo veinticinco de ellos estaban libres de llorar los pecados secretos ó públicos, que son el natural fruto de la corrupción irresistible de la confesión auricular!

He cumplido ya setenta y cuatro años y muy pronto voy á bajar al sepulcro. Yo se que luego me veré obligado á dar cuenta de lo que ahora digo. En la presencia, pues, de mi gran Juez, con el sepulcro abierto ya delante de mí, declarando al mundo que pocos, poquísimos sacerdotes escapan del abismo de la más horrible depravación de costumbres, abierto por las confesiones de las mujeres.

No digo esto porque yo tenga odio á los sacerdo-

tes. Bien sabe Dios que no lo tengo. El único sentimiento que hacia ellos hay en mi alma es el de la compasión más profunda. Yo no descubro estos hechos horribles para que el mundo piense que los sacerdotes romanos son, como clase, peores que los demás descendientes de Adán. No tengo semejante opinión, porque, después de considerarlo todo, y pesándolo en la balanza de la religión, del temor y del sentido común, entiendo que los sacerdotes del Papa están tan lejos de ser peores que cualquiera otra clase colocada en las mismas circunstancias y tentaciones, en los mismos peligros y en los mismos incentivos del pecado.

Por ejemplo, tomemos abogados, negociantes ó labradores y, prohibiéndoles que vivan con sus legítimas esposas, rodeémosles á uno por uno, desde la mañana hasta la tarde, de diez, veinte, y á veces de mayor número de mujeres hermosas y de doncellas encantadoras, las cuales les hablen de asuntos capaces de reducir á polvo una roca de granito, y entonces veremos cuántos de esos abogados, negociantes ó labradores saldrán de ese formidable campo de batalla moral sin presentar heridas mortales.

La causa de la inmoralidad suprema y hasta me atrevo á decir increíble, aunque oculta, de los sacerdotes romanos, es muy evidente y lógica. Por la autoridad diabólica del Papa, el sacerdote se halla desviado del camino que Dios abrió á la generalidad

de los hombres con el fin de que anduvieran rectos y se santificaran (a).

Después de haberles privado el Papa del casamiento, remedio santo y divino, que Dios les dió como protección eficaz contra la propia concupiscencia, esos mismos infelices sacerdotes son colocados en medio de los más grandes peligros morales, más difíciles de vencer y más irresistibles de lo que es capaz de concebir la astucia y la depravación humanas. Esos hombres solteros, con frecuencia jóvenes, están obligados á conservarse todo el día entre agraciadas doncellas y mujeres tentadoras, que les refieren hechos capaces de derretir el duro acero. ¿Cómo se puede esperar que esos desgraciados dejen de ser hombres para convertirse en ángeles puros?

Los sacerdotes romanos no sólo son privados por las diabólicas leyes del Papa del único remedio que Dios les proporcionó para su defensa, sino que además de eso, tienen en el confesonario la mayor facilidad que imaginarse puede para satisfacer todas las inclinaciones perversas de la naturaleza pecaminosa del hombre. En el confesonario ellos conocen perfectamente entre sus confesadas á las que son fuertes y también á las que son débiles; saben muy bien cuales son las que harían frente á cualquiera tentativa lo mismo que á las dispuestas y aún deseosas para disfrutar de los placeres engano-

(a) San Pablo dice, que para evitar el pecado, «cada uno tenga su mujer propia y cada mujer tenga su propio marido.» 1.^a Cor. VII, 2.

sos del pecado. Si ellos conservan todavía las tendencias de la humana flaqueza ¡qué hora tan terrible es esta para su alma! ¡qué luchas tan horribles suceden en su pobre corazón! ¡qué esfuerzos y que energía sobrehumana son necesarios para salir ile-sos de un campo, donde David y Salou cayeron mortalmente heridos.

Es simplemente un acto de la más grande imbecilidad de parte del público el suponer ó esperar que la generalidad de los sacerdotes sean capaces de resistir semejante prueba. Las páginas de la historia de la Iglesia Romana aparecen repletas de incontestables pruebas de que la mayor parte de los confesores caen en la tentación.

Figurarse otra cosa, sería suponer un milagro más portentoso que el de Josué al hacer parar el sol en su curso; sería dar por supuesto que Dios suspende todas las leyes de la naturaleza en los corazones de cien mil confesores de la Iglesia Romana. Si yo me propusiera probar con hechos que son del dominio público lo que me consta de la horrible depravación causada por el confesonario entre los sacerdotes de Francia, del Canadá, de España, de Italia y de Inglaterra, tendría que escribir muchos y grandes volúmenes. Por brevedad hablaré sólo de Italia.—Escojo este país porque hallándose allí los confesores en la propia presencia de su *infallible y santísimo* Pontífice, en la tierra de los milagros diarios, de las Vírgenes pintadas, que lloran lágrimas, y mueven los ojos hacia todos los lados, hacia arriba y hacia abajo, de la manera más admirable;

en la tierra de las medallas más milagrosas, y de los favores celestiales que brotan á raudales de la silla de San Pedro; esos confesores italianos, supuesto que presencian todos los años la liquefacción de la sangre de San Genaro, y tienen entre ellos los cabellos de la Virgen y una parte de su vestido, están sin duda en mejores condiciones para permanecer fuertes, fieles y santos. Pues bien; escuchemos lo que dice un testigo ocular, escritora contemporánea y persona no sospechosa, sobre el comportamiento de los confesores de la iglesia *santa apostólica é infalible* de Roma con los penitentes.

Esta testigo es de la más pura sangre aristócrata de Italia, y además (en 1874) vivía en Nápoles. Llámase Enriqueta Carracciolo, hija del Mariscal Carracciolo, Gobernador de la provincia de Pari, en Italia.

Oigamos lo que ella afirma del respeto de los confesores italianos, después de veinte años de experiencia en diversos conventos de ese país, en su célebre libro titulado: «Misterios de los Conventos Napolitanos», págs. 150, 151 y 120:

«Al día siguiente vino mi confesor y le descubrí todas mis tribulaciones. Luego, habiéndome acercado al lugar donde solíamos recibir la Sagrada Comunión, el cual se llama Comulgatorio, la *conversa* de mi tía tocó la campana para que viniera el sacerdote con el copón de las sagradas formas.

Era aquel sacerdote un hombre de sus cincuenta años, muy corpulento, de rostro encendido y fisonomía grosera y repugnante.

Acerquéme á la ventanilla para recibir la sagrada forma en la lengua, teniendo yo mis ojos cerrados según costumbre. Habiéndola ya recibido y al inclinar mi cabeza, sentí que una mano acariciaba mi cara. Abrí los ojos; pero el sacerdote había ya apartado su mano; y suponiendo que yo me engañaba, no quise pensar más en ello.

A la próxima ocasión y cuando ya no recordaba lo que me había sucedido en la comunión última, me presenté de nuevo á comulgar con los ojos cerrados. Esta vez experimenté que se me acariciaba en la mejilla. Abrí súbitamente mis ojos y ví... que el sacerdote me sonreía con sonrisa provocativa y sensual. Ya no había duda; semejantes tentativas no eran fruto del acaso.

Las hijas de Eva están dotados de un espíritu de curiosidad muy superior al de los hombres. Me ocurrió la idea de colocarme en una sala contigua, donde pudiese observar si este sacerdote tenía por costumbre tomarse libertades con las monjas. Sucedió lo que sospechaba; y me convencí de que las ancianas solo salían sin ser acariciadas.

Todas las otras le dejaban hacer lo que quería, si bien al despedirse, lo hacían con el mayor respeto.

¿Será este el respeto, dije para mi misma, que los sacerdotes y las esposas de Cristo tienen para con el sacramento de la Eucaristía? La pobre novicia será inducida á abandonar el mundo para aprender en esta escuela tales lecciones de dignidad y de castidad.»

En la página 163 leemos: «La pasión fanática de las monjas con los confesores, sacerdotes y frailes es increíble. Lo único que hace tolerable su encarcelamiento es la oportunidad ilimitada que allí se les ofrece para verse y comunicarse con las personas que aman. Esta libertad las localiza y las liga al convento de tal modo, que se manifiestan en extremo contrariadas, cuando, por motivo de alguna grave dolencia ó cuando se preparan para tomar el velo, se ven obligadas á pasar algún tiempo en casa de sus propias familias y en compañía de sus padres y hermanos. No se puede suponer que pariente alguno consintiera que una joven de su familia pasara tan largas horas en conversaciones misteriosas con un sacerdote ó fraile y que con éste sostuviese tan íntima correspondencia. Esta libertad solo en el claustro pueden disfrutarla.

Son muchas las horas pasadas por Eloisa en el confesonario y en agradable conversación con su Abelardo de sotana.

Otras, cuando sucede que su confesor es viejo, tienen además un director espiritual, con quien se entretienen todos los días *cara á cara* en el locutorio. Cuando esto no basta, fingen enfermedades para conducirlos á sus mismas celdas.»

En la página 166 escribe: «Otra monja^o hallándose indispuesta, fué confesada en su cuarto. Pasado algún tiempo, la penitente enferma se levantó de la cama en estado interesante, y por este motivo, habiendo declarado el médico que estaba *hidrópica* se la ordenó salir del convento.»

Página 167: «Una joven educanda acostumbraba ir todas las noches al cementerio del convento, donde por un corredor que comunicaba con la sacristía, pasaba á conversar con un sacerdote también joven que pertenecía á la iglesia. Era tan dominada por la pasión que no se privaba jamás *de aquel consuelo* ni por el mal tiempo ni por el recelo de ser descubierta. Una noche oyó un ruido cercano. En el miedo de la oscuridad se le figuró que una víbora se le enroscaba á los pies, y se asustó tanto que á los pocos meses murió».

Página 168: «Un sacerdote tenía en el convento una nueva confesada. Todas las veces que él era llamado para visitar á alguna hermana moribunda, y por este motivo pasaba allí la noche, aquella novicia trepaba por encima del tabique que separaba los cuartos y se entregaba al director y maestro de su alma».

«Otra, durante el delirio de una fiebre tifoidea, hacía constantemente gestos de enviar besos á su confesor, que se hallaba junto á la cama; pero éste, avergonzado en presencia de las personas extrañas que allí había, presentaba un crucifijo á la confesada, diciendo en tono compasivo:

«Hermana! Contemple á su propio esposo!»

«Una alumna, de hermosa figura y finos modales, é hija de una familia noble, me confió bajo sigilo el hecho de haber recibido de manos del confesor un libro muy interesante, como ella decía, relativo á la vida monástica. La manifesté el deseo de conocer el título del libro; y ella antes ^{de} enseñár-

melo, tomó la precaución de cerrar la puerta por dentro con llave. El libro era «La Monja», de D'Alambert, obra, que como todos saben, está llena de obcenidades.»

Página 169: «Recibí en cierta ocasión de un fraile una carta en la cual me participaba, que apenas me había visto la primera vez, concibió la esperanza de ser mi confesor! Un elegante de primer orden, un *gomoso* bañado de perfumes no hubiera sido capaz de emplear espresiones tan melodramáticas con el fin si podría ver ó no realizadas sus esperanzas.»

Un sacerdote, que era tenido por varón purísimo, siempre que me veía pasar por el locutorio me llamaba, diciendo: *Querida, querida, ven acá, ven acá!*»

«Tales expresiones, venidas de la boca de un sacerdote, eran para mí en extremo repugnantes.»

«Finalmente otro ministro del Señor, mucho más fastidioso por su temeraria tenacidad y constancia, tentó grangearse mi amor á toda costa. Para él no había figura, que la poesía profana, no le brindase, ni sofisma que no arrancara á la retórica, ni interpretación astuta que pudiese dar á la Palabra de Dios, que él no empleara para rendirme y sacrificarme á sus deseos.

«Véase un ejemplo de su lógica:

—Bella niña,—me dijo un día,—¿sabes lo que en realidad es Dios?

—Es el creador del Universo,—le respondí con sequedad.

—No..., no..., no..., no, eso no basta,—me repli-

có riéndose de mi ignorancia. — Dios es amor, pero no un amor abstracto, sino un amor que realiza su encarnación en el efecto mutuo de dos corazones que se idolatran. Tu, pues, no sólo debes amar á Dios en su existencia abstracta, sino también en su encarnación, esto es, en el amor exclusivo de un hombre que te adore. *Quod Deus est amor, nec colitur nisi amando.*

—¿En tal caso,—repliqué yo,—una mujer que adora á su amante, adora á la propia Divinidad?

—Seguramente,—afirmó el sacerdote repetidas veces, animándose con mi observación y riéndose de lo que le parecía ser excelente efecto de su catequesis.

—A ser cierto,—dije yo con viveza,—escogería para amante más bien á un hombre del mundo ó seglar que á un sacerdote.

—¡Líbrate Dios, hija mía! Dios te libre de semejante pecado,—exclamó mi interlocutor con apariencia de susto.—Amar á un hombre del mundo, á un pecador, á un miserable, á un incrédulo, á un ateo! Eso te conduciría luego hasta el infierno. El amor de un sacerdote es un amor sagrado, mientras que el de un hombre profano es una infamia; la fe, en un sacerdote, dimana de aquella que fué concedida á la Iglesia; pero la de un profano es falsa,—tan falsa como la vanidad del mundo. El sacerdote purifica los afectos diariamente por su comunión íntima con el Espíritu Santo; y el hombre del mundo, que jamás conoce lo que es amor, barre con éste todas las basuras de las calles.

—Pero es el corazón, y no la conciencia sola, el que me impele á huir del sacerdote,—repliqué yo.

—Pues bien, si no puedes amarme por ser yo tu confesor, yo hallaré medios para librarle de esos escrúpulos. Pondremos el nombre de Jesús delante de todas nuestras expresiones de afecto, y así nuestro amor será una oferta agradable al Señor, la cual subirá llena de perfume al Cielo, como el incienso del santuario. Tu me dirás, por ejemplo, yo te amo en Jesucristo; esta noche he soñado de tí en Jesucristo; y de este modo tendrás la conciencia tranquila, porque haciéndolo así santificarás todas las manifestaciones de tu amor!

«Varias circunstancias que aquí no menciono, obligáronme después á encontrarme muchas veces con este sacerdote, por cuyo motivo no quiero revelar su nombre.»

«Pregunté á un monje respetable tanto por su edad como por la seriedad de su carácter, que significaba la colocación del nombre de Jesús delante las expresiones amorosas.»

—Es,—me dijo,—la costumbre de una secta horrible, secta que por desgracia es muy numerosa, y la cual, abusando así del nombre de Jesús nuestro Señor, permite á sus miembros la licencia más desenfrenada.»

Cumplo un triste deber afirmando ante el mundo entero, que sé muy bien, que la mayoría de los confesores en América, España, Francia é Inglaterra emplean argumentos y prácticas semejantes á las de este licencioso sacerdote italiano.

III.

El confesonario es la moderna Sodoma

Si hay quien desee oír un discurso elocuente, diríjase á donde predique un sacerdote romano sobre la confesión auricular. No hay, sin duda, otro asunto en que los predicadores muestran tanto celo.

¿Por qué? Porque esta institución es realmente el gran secreto de su influencia casi irresistible. Abra hoy el pueblo sus ojos para conocer la verdad y comprenda, que la confesión auricular es una de las imposturas más estupendas que jamás pudo inventar el mismo Satanás para corromper y esclavizar al mundo. Que el pueblo abandone desde hoy el confesonario, y mañana el romanismo será reducido á polvo. Los sacerdotes comprenden perfectamente esto, y de ahí nacen sus esfuerzos constantes para engañar al pueblo en esta cuestión.

Para lograr su fin, recurren á las mayores falsedades; sofisman las Escrituras; hacen decir á los Santos Padres exactamente lo contrario á todo cuanto pensaron y escribieron; llegan á inventar los más extraordinarios milagros. Sin embargo, los dos argumentos, que más emplean, son los grandes y perpétuos milagros hechos por Dios para conservar inmaculada la pureza del confesonario, y el secreto absoluto de la confesión jamás violado por sacerdote alguno. Hacen creer al pueblo que el voto de perpétua castidad les cambia la naturale

za, los transforma en seres angélicos y los pone á cubierto de las flaquezas comunes á los hijos caidos de Adán.

Dicen ellos abierta y descaradamente, cuando son preguntados sobre este asunto, que tienen gracias especiales para conservarse puros y sin mancha en medio de los mayores peligros; que la virgen María, á quien están consagrados, es su poderosa medianera para obtener de su Hijo la virtud sobrehumana de la castidad; que aquéllo que sería la perdición cierta de los demás hombres, no ofrece peligro alguno á un verdadero hijo de María, y el pueblo, en una pasmosa insensatez, se deja obcecar é iluminar por tales absurdos.

Mas ahora, sepa el mundo la verdad, y sépala por uno que conoce perfectamente todo cuanto hay dentro y fuera de los muros de esa moderna Babilonia. No dudo que muchos no darán crédito y dirán: Este hombre me engaña. Es imposible que los sacerdotes romanos sean tan hipócritas; quizá ellos mismos se engañan; tal vez acrediten y propaguen cosas menos verdaderas, siendo, sin embargo, ellos muy rectos; imposible que sean impostores tan atrevidos!!

No obstante, y á pesar de estar yo cierto de que muchos difícilmente me han de creer, tengo la obligación de publicar al mundo entero la verdad.

Esos mismos hombres, que pintan al pueblo con colores tan vivos la manera como son conservados puros contra los peligros que les rodean, declaran lo contrario con franqueza y aun lloran cuando con-

versan entre sí sin que nadie los oiga, deplorando su degradación moral sinceramente y pidiendo á Dios y á los hombres perdón por su indecible envejecimiento y corrupción degradante.

Aquí mismo, tengo en mis manos, ante mis ojos, uno de sus más secretos libros, escrito, ó por lo menos aprobado por uno de sus más notables y mejores obispos y cardenales, el cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon.

Este libro fué escrito exclusivamente para los sacerdotes, y se titula: «Examen de Conscience des Prêtres» («Examen de Conciencia de los Sacerdotes»).—En la página 34 leemos: «¿He permitido que ciertas personas declaren sus pecados de manera que la imaginación, una vez herida é impresionada por cuadros y representaciones, pudiera ser arrasada por una larga serie de tentaciones y de pecados graves? Los sacerdotes no prestan la debida atención á las continuas tentaciones que nacen de oír confesiones. El alma se ve gradualmente debilitada, de modo que al fin viene á perderse para siempre la virtud de la castidad».

Estas son las palabras de un arzobispo hablando con sus colegas los sacerdotes, cuando supone que sólo ellos le escuchan. He aquí el lenguaje franco de la verdad.

En la presencia de Dios, estos sacerdotes admiten que no guardan el debido cuidado de esas continuas (¡qué palabras, qué confesión! ¡¡CONTINUAS!!) tentaciones; y con la mayor sinceridad las atribuyen al hecho de oír confesar pecados escandalosos. Y re-

conocen también con franqueza que tales tentaciones acaban por destruir para siempre la virtud de la pureza moral. Y es de notar que todos sus autores religiosos se sirven del mismo lenguaje. Todos ellos hablan de esas continuas tentaciones degradantes; y todos exhortan á los sacerdotes á que combatan esas tentaciones y á que se arrepientan de sus pecados.

¡Ah! Plugiere á Dios que todas las jóvenes y mujeres honestas que caen en el lazo satánico de la confesión auricular, pudiesen oír los gritos de aflicción lanzados por esos pobres hombres á quienes ellas tentaron y *perdieron para siempre!* ¡Plugiera á Dios que pudiesen presenciar las copiosas lágrimas derramadas por tantos sacerdotes por haber perdido *para siempre*, por causa de las confesiones oídas, la virtud de la pureza! Entonces comprenderían que el confesonario es un lazo, un abismo de perdición, una verdadera Sodoma para el sacerdote; quedarían estupefactas de horror y de vergüenza ante las tentaciones *continuas*, vergonzosas, deshonestas y degradantes que atormentan á sus confesores día y noche; llorarían el recuerdo de los pecados viles que ellos cometen, llorarían la pérdida irreparable de su pureza; prometerían delante de Dios y de los hombres no aparecer nunca jamás á un confesonario, y preferirían ser quemadas vivas (si es que les quedara algún sentimiento de honestidad y de caridad) antes de ser causa voluntaria de *constantestentaciones* y de pecados mortales| en esos hombres desgraciados.

Aquella dama respetable, ¿iría por ventura, á confesarse más con ese hombre á quien después oyese lamentar las perpetuas y viles tentaciones que le asaltan día y noche, y los pecados mortales cometidos á consecuencia de lo que ella misma le confesó? ¡No, mil veces no!

Ese padre honrado, permitiría que la amada hija fuera más á confesarse con un sacerdote, si pudiera oír á éste los gritos de desesperación que lanza y ver las lágrimas que derrama ante la fuente de iniquidades abierta por aquella hija en el confesonario?

¡Ojalá que los romanistas sinceros esparcidos por todo el mundo (pues los hay sinceros, aunque, por desgracia, ilusionados) pudiesen penetrar lo que pasa en el corazón y en la fantasía del pobre confesor, cuando se halla en el confesonario rodeado de lindas jóvenes que le hablan desde la mañana hasta la noche de asuntos que un hombre es incapaz de oír sin caer en pecado! En ese caso, la grande impostura moderna, llamada Sacramento de la Penitencia, acabaría en muy poco tiempo.

Y, á pesar de lo dicho, ¿quién no lamentará las consecuencias de la perversidad total de nuestra naturaleza? Esos sacerdotes que á solas y en la presencia de Dios hablan tan claramente de las *continuas* tentaciones de que son víctimas, y los cuales con tanta sinceridad lloran la pérdida irremediable de la virtud de la pureza, cuando ellos saben que ninguna persona extraña les escucha, ellos mismos, digo, niegan en público con el mayor descaro esas tentaciones.

Rechazan hasta con indignación y tratándole de calumniador á quien tiene la osadía de expresar alguna duda sobre la pureza de los mismos, después que han oído las confesiones de tantas mujeres solteras y casadas!

No hay ni uno solo de los autores católico-romanos, que haya escrito sobre este asunto en beneficio del clero, que no haga mención y se lamente de los innumerables é inevitables pecados contra la pureza que son efectos de la confesión auricular; y á pesar de eso, cuando esos mismos autores escriben libros para el pueblo, son los primeros que se esfuerzan en probar lo contrario. Imagínese el lector cuál sería mi sorpresa (que no puedo describir) cuando por vez primera descubrí que esta doblez parecía ser una de las piedras fundamentales de mi Iglesia!

Poco después de mi ordenación, se dirigió á mí cierto sacerdote que me confesó las cosas más deplorables. Díjome con franqueza, que de todas las mujeres que él había confesado, no hubo una sola que no hubiese sido para él causa de los pecados más vergonzosos, ya de pensamiento, ya de deseo y hasta de obra; sin embargo, lloró tan amargamente y parecía estar tan arrepentido, que no pude menos de llorar con él, y le dí la absolución de todos sus pecados, según yo creía en aquel tiempo tener derecho y potestad de hacerlo.

Dos horas después, ese mismo clérigo, que era un buen orador, subía al púlpito. Su sermón versó sobre: «*El origen divino de la confesión auricu-*

lar», y para probar que esta era una institución recibida directamente de Cristo, aseguró que el Hijo de Dios hacía un *milagro constante* para fortalecer á sus sacerdotes y evitar que cayesen en pecado por efecto de lo que oían en el confesonario!!

Las abominaciones diarias que resultan de la confesión auricular, son tan terribles y tan bien conocidas por papas, obispos y sacerdotes, que repetidas veces se ha intentado disminuirlas, castigando á los culpables. Sin embargo, todos esos esfuerzos laudables han sido inútiles.

Una de estas tentativas más notables fué hecha por Pío IV, hacia el año 1560. Este Papa expidió una bula, ordenando que todas las mujeres solteras y casadas que hubiesen sido seducidas por sus confesores, fuesen á denunciarlos; y al efecto, cierto número de altos funcionarios de la Santa Inquisición fueron autorizados para recibir las acusaciones de las penitentes. Se comenzó á poner en ejecución la orden del Papa en Sevilla una de las principales ciudades de España. Luego que el edicto llegó á conocimiento del público, el número de las mujeres que se sentían en conciencia obligadas á deponer contra sus confesores, fué tan considerable, que, á pesar de ser treinta los notarios que allí estaban para anotar las acusaciones, auxiliados por otros inquisidores, no pudieron concluir el trabajo durante el tiempo designado. Se les concedió entonces treinta días más; pero las acusaciones fueron tan numerosas, que fué preciso otro nuevo plazo y aun no fué bastante. Por último se descubrió que los

confesores solicitantes y corruptores eran tantos, que no sería posible castigarlos á todos. El requerimiento, pues, se abandonó, y los transgresores quedaron impunes.

Otros Papas hicieron en distintas ocasiones otras tentativas semejantes, pero todas con iguales resultados.

Sin embargo, aunque tales esfuerzos, realizados por Papas, que sinceramente deseaban castigar á los confesores indignos, no consiguieron alcanzar á los culpables, son por divina providencia unos testimonios infalibles para probar al mundo que la confesión auricular no es otra cosa sino un lazo fatal, tanto para el confesor como para sus víctimas. En efecto, esas bulas de los Papas son otros tantos testimonios incontestables que prueban ser la confesión auricular la invención más poderosa de Satanás para corromper el corazón, perder el cuerpo y perder el alma del confesor y de la confesada.

IV

Como la confesión auricular facilita el celibato clerical

¿No son los hechos los mejores argumentos? Pues bien: Hay un hecho público, innegable, enlazado con otros mil hechos colaterales, el cual demuestra que la confesión auricular es la máquina más poderosa de desmoralización que jamás vió el mundo.

Hacia el año 1830 residía en Quebec un sacerdote joven y de agraciada presencia. Se hallaba dotado de una voz preciosa, y era un buen orador. Ha muerto ya, pero por consideración á su familia, que todavía es numerosa y respetable, me abstendré de publicar el nombre. Llamémosle el reverendo D.—Habiendo, pues, él sido invitado á predicar en una parroquia del Canadá, denominada Verchères, distante de Quebec unas treinta y tantas leguas, le suplicaron que oyese confesiones durante una novena que allí se estaba celebrando. Entre las penitentes á que él se acercaron, se le presentó una bonita joven de sus diez y nueve años. Deseaba ésta hacer una confesión general empezando desde su primer uso de razón, á lo cual accedió gustoso el joven sacerdote.

Dos veces cada día se hallaba allí, á los pies de

su hermoso y joven médico espiritual, refiriéndole uno por uno todos sus pensamientos, sus obras y sus deseos. Se notaba que á veces permanecía la penitente una hora entera en el confesionario acusándose de todas sus flaquezas. ¿Qué diría élla? Dios lo sabe; pero lo que después llegó á conocimiento de una gran parte de la población del Canadá, fué, que el confesor principió á amar á la gentil penitente, y que ésta le correspondía,—como muchas veces sucede.

No les era fácil á uno y á otra encontrarse con tanta libertad como deseaban porque había muchos testigos de vista. Sin embargo, el confesor era un hombre de recursos. El último día de la novena dijo á su querida confesada:

—Yo ahora marchó á Montreal, pero dentro de tres días regresaré á Quebec en vapor. Este vapor suele hacer aquí escala. A media noche estarás en el muelle, bien disfrazada y vestida de hombre. Te embarcas en el vapor, en el cual, si eres prudente, nadie será capaz de conocerte. Te dirigirás luego á Quebec y allí te estableces como criado del párroco, del cual yo soy coadjutor. Solo yo conoceré tu sexo, y allí ambos seremos felices.

Habían trascurrido cuatro días; y la familia de la hermosa joven se hallaba convertida en un mar de lágrimas y de desesperación. La hija idolatrada había desaparecido; y sus vestidos se habían hallado á la orilla del rio San Lorenzo.

Nadie dudaba entre los suyos y sus conocidos de que la mencionada confesión general le hubiese

trastornado el juicio, y de que, en un acceso de locura se hubiera arrojado en las profundas y precipitadas aguas del río. Buscaron el cadáver, pero está claro que no apareció. Muchas fueron las oraciones públicas y privadas que se hicieron á Dios con el fin de ayudar á su alma á salir de las llamas del Purgatorio, donde tal vez estaría condenada á penar muchos años, y mucho fué el dinero que fué á parar en manos del párroco para que digera misas y con ellas apagara el fuego de aquella ardiente cárcel, donde todo romanista cree que deberá de ir á purificarse antes de poder subir á la región de la felicidad eterna.

A pesar de conocer el nombre de la señorita le ocultó por deferencia á la familia. La llamaremos Genoveva.

Mientras, pues, el padre, la madre, los hermanos, las hermanas y los conocidos lloraban la funesta suerte de Genoveva, ésta se hallaba en la residencia del rico párroco de Quebec, bien pagada, comiendo y vistiendo bien, contenta y alegre en compañía de su querido confesor. Era ella de carácter amable, muy condescendiente y siempre pronta para servir y hacer lo que le mandaban á la más leve insinuación. Ahora era conocida con el nombre de José; nombre que conservará en esta corta historia.

Siempre que yo visitaba la feligresía de Quebec, veía al esperto José y admiraba sus maneras delicadas y atentas, aunque á veces me parecía su fisonomía en extremo afeminada y demasiada su con-

fianza con el Rdo. D., y aún con el Rdmo. Obispo M. Sin embargo, cada vez que cruzaba por mi imaginación que el tal José pudiera ser una..., me indignaba contra mi mismo. El respeto profundo que yo tenía al obispo coadjutor, que era al mismo tiempo párroco de Quebec, me prohibía imaginar que él permitiese á una muchacha bonita dormir en el cuarto inmediato al suyo, y que le prestase sus servicios día y noche, pues el cuarto de José se hallaba contiguo al del obispo coadjutor, el cual, por sus enfermedades de todos conocidas, necesitaba con frecuencia del auxilio de un sirviente.

Dos ó tres años trascurrieron andando las cosas viento en popa con el bonito José en casa del Obispo coadjutor; pero no pasó más tiempo en que muchas personas advirtieron ser muy extremada la familiaridad á que se entregaba José con el joven vicario y hasta con el venerable Obispo. Varios ciudadanos de Quebec, que frecuentaban mucho la casa del Obispo, se mostraron admirados y aún escandalizados de la confianza del mozalbate con sus señores; pues, á la verdad, en muchas ocasiones no parecía inferior á ellos sino muy superior.

Un amigo íntimo del obispo, romanista escrupuloso y pariente mío muy próximo, se encargó cierto día de decir con el mayor respeto al Excmo. Señor Obispo, que le parecía prudente despedir á aquel atrevido mozo de su casa, ya que era el blanco de violentas y muy tristes sospechas.

La posición del Rdmo. Obispo y de sus vicarios ya no era nada agradable. Su embarcación se acer-

caba á la costa por entre peligrosísimos escollos. Conservar allí á José, era ya imposible después de los buenos consejos de persona tan influyente; despedirle no era menos peligroso, pues conocía por demás la vida íntima de todos esos *santos* célibes, para que se pudiera disponer de José como se dispondría de otro cualquier criado. Hallábanse amarrados á él, por decirlo así, como con cuerdas de azúcar; pero ¡ay! éstas vinieron pronto á trocarse en corrientes de ajeno. Transcurrieron algunos días de horrible ansiedad, y muchas noches de insomnio sucedieron á las felicidades de otros tiempos. Pero ¿qué hacer? Escollos de frente, escollos á derecha é izquierda y por todos lados! Sin embargo, cuando todos, y especialmente el *venerable* coadjutor, se sentían como criminales que aguardan la sentencia, apareciéndoles el horizonte cubierto de densos nubarrones, presagio de la próxima tempestad, entonces apareció inesperadamente el feliz alivio.

El párroco de «Les Eboulements», reverendo Clement, acababa de llegar á Quebec para tratar de negocios particulares, y fué á hospedarse en casa de su antiguo amigo el reverendo Obispo coadjutor. Había entre ellos, hacía muchos años, una amistad estrechísima, y en muchas ocasiones se habían prestado recíprocamente grandes y valiosos favores. Aquel prelado de la Iglesia del Canadá, en la esperanza de que su fiel amigo le podía sugerir alguna solución al terrible problema que le afligía, le refirió con franqueza todo lo relativo á José, preguntándole que debería hacer en tales circunstancias.

—Señor Obispo,—díjole el párroco de «Les Eboulements»—voy á aprovechar muy bien los servicios de José. V. E. páguele bien su amistad, para que conserve su boca cerrada y permítame llevármelo conmigo. El ama que me servía se me despidió hace algunas semanas, y al presente me hallo solo en mi residencia con un criado medio estúpido. José me conviene á maravillas.

Grande fué el júbilo del pobre Obispo y de sus vicarios, cuando así vieron removerse la gran piedra que pesaba sobre su pescuezo.

José, una vez instalado en la residencia del *devoto* párroco de «Les Eboulements», granjeóse muy pronto la estimación del pueblo entero por sus finos y atractivos modales, y todos los feligreses daban el parabién al párroco por haber encontrado un criado tan experto y desembarazado.

El sacerdote, ya se ve, conoce mejor que el pueblo las grandes disposiciones del criado.

Pasáronse tres años sin novedad. El párroco y el criado parecían vivir en la más perfecta armonía. El único sinsabor que experimentaba aquella pareja feliz era causado por el hecho de que algunos labradores, de vista más fina que los demás vecinos, percibían á veces que entre el párroco y su criado había una intimidad demasiado grande, y que José iba de hecho empuñando el cetro de aquel pequeño reino sacerdotal. Nada podía hacer aquél sin consultar á éste; entrometiéndose el criado en todos los negocios de la parroquia, grandes y pequeños, y apareciendo en todo, criado el amo y amo el criado. Aque-

llas personas que, al principio se limitaban á observaciones y hablillas privadas, pronto principiaron á comunicar sus sospechas con unas y otras gentes, y éstas con las demás, de modo que á los tres años, las sospechas habían llegado á ser gravísimas, y los *Marguilliers* (una especie de mayordomos) juzgaron prudente recomendar al párroco que despidiese á José. Pero aquel viejo tenía pasadas tantas y tan felices horas con su fiel José, que su separación podía causarle la muerte.

Por medio de la confesión llegó á sus oídos que había en aquella vecindad una muchacha cuyas costumbres correspondían en cierto modo con las de José. Fué, pues, á verla y la propuso que se casara con su criado, garantizándole, como párroco, que vivirían bien. A este arreglo accedió José con el fin de no alejarse de su amo.

Publicadas las amonestaciones tres domingos seguidos, el venerable párroco dió su bendición al casamiento de José con la hija de su feligrés.

Vivieron, pues, juntos como marido y mujer, y en tanta armonía, que nadie sospechaba del horrible desorden que se ocultaba en aquel matrimonio. José continuaba con su mujer al servicio del párroco hasta que, más tarde, fué éste trasladado y vino otro en su lugar, llamado Tétrau.

El nuevo párroco, ignorando por completo aquel misterio de iniquidad, aprovechó los servicios de José y de su mujer en muchas ocasiones. Un día, hallándose José trabajando en la puerta de la casa parroquial en presencia de algunas personas, llegó un

forastero preguntando si estaba en casa el reverendo Tétrau.

—Sí, señor, está—respondió José.—Pero, como el señor parece forastero, permítame le pregunte de dónde viene.

—Vengo—contestó el recién llegado—de Verchères.

Al oír esta palabra «Verchères», se puso tan pálido José, que el forastero no pudo menos de observar el súbito movimiento de su corazón, y fijando en él su vista, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué veo aquí? ¡Genoveva! ¡Genoveva! Yo te conozco bien, ¡y aquí estás tú en traje de hombre!

—¡Querido tío, (pues no era otro), por amor de Dios—gritó ella—no diga ni una palabra más!

Sin embargo, era ya tarde. Las personas allí presentes habían oído tanto al tío como á la sobrina. Las sospechas que tenían hacía mucho tiempo, eran bien fundadas: ¡El párroco anterior había conservado en su casa á una mujer disfrazada de hombre, y para engañar mejor al pueblo, hábíale casado con otra, y de este modo podía tener á las dos sin infundir sospechas!

La noticia de este suceso corrió con la velocidad del relámpago por toda la parroquia y por toda la comarca que se extiende al Norte del río San Lorenzo.

Es más fácil imaginar que expresar los sentimientos de sorpresa y de horror que se apoderaron de todos. Los jueces intervinieron y José fué citado

á un tribunal civil, el cual resolvió fuese aquél sometido á un reconocimiento médico. Habiendo, pues, sido nombrado al efecto el doctor Laterrière y hecho el reconocimiento debido, declaró el facultativo que el tal José era una muchacha; en consecuencia, el matrimonio fué disuelto en juicio.

Entre tanto, el reverendo Tétrau, horrorizado, había enviado un mensajero expreso al reverendísimo Obispo coadjutor de Quebec, informándole de que, el mozo que éste había tenido para su servicio, bajo el nombre de José, era realmente una mujer.

¿Qué hacer pues con ella, después de haber sido descubierta? Su permanencia en el Canadá comprometería para siempre á la *santa* Iglesia Romana.

Ella sabía muy bien, como los sacerdotes, por medio del confesonario, escogen las víctimas y se sirven de ellas, para guardar así los solemnes votos del celibato. ¿Qué sería del respeto debido al clero romano, si alguien la impeliere á hablar sin embages ni rodeos al pueblo del Canadá?

El *santo* Obispo y sus vicarios comprendían muy bien estos peligros. Mandaron, pues, inmediatamente un hombre de toda su confianza provisto de 500 libras, para decirle, que, si permanecía en el Canadá, se exponía á ser procesada y severamente castigada; y que, por tanto, le convenía salir del país, pasando á los Estados Unidos. Ofrecíanle las 500 libras con condición de que no volviera más.

Aceptó ella, atravesó la frontera, y nunca más volvió al Canadá, donde su triste historia es conocida de millares de personas.

La providencia de Dios me llevó á aquella parroquia, en la cual fuí invitado á predicar; y con esta ocasión tuve conocimiento exacto de todo lo acaecido.

El Rdo. Tétrau, en cuyo pastorado fué descubierta tan grande infamia, principió desde luego á abrir los ojos con relación á la corrupción terrible de los sacerdotes romanos como fruto del confesionario. Lloró su propia degradación en medio de esa moderna Sódoma. Nuestro misericordioso Dios mostróse hacia él compasivo, y concedióle la gracia de su salvación. De ahí á poco tiempo envió al Obispo la abjuración de los errores y abominaciones del romanismo.

Hoy está trabajando en la viña del Señor entre los Metodistas de Montreal, donde se halla dispuesto y pronto para confirmar lo que aquí llevo escrito. (*)

Comprendan, pues, por este caso, los que tienen oídos para oír y ojos para ver, que las naciones del mundo nunca conocerán una institución más depravadora que la Confesión Auricular.

(*) Se escribió esto en 1874. El Rdo. Tétrau falleció el año 1877 en la paz del Señor. Dos veces antes de su fallecimiento probaron los sacerdotes romanos reconciliarle con el Papa; pero siempre los arrojó de su presencia, llamándoles «*Satélites de Satanás*» y «*Mensajeros de Diablo*».

V

La mujer ilustrada y de fina educación en el Confesonario.—Lo que resulta de su incondicional sumisión.—Su ruína irreparable.

El más diestro guerrero jamás tuvo que usar tanta pericia y recurrir á tantos ardides de guerra, nunca se vió tan obligado á hacer tantos esfuerzos y tan formidables para tomar por asalto una ciudadela inexpugnable, como emplea el confesor, cuando se propone rendir la ciudadela de la honestidad donde el mismo Creador atrincheró el alma y el corazón de toda hija de Eva.

Sin embargo, en vista de que la mujer es el medio con que el Papa pretende dominar al mundo, es necesario y urgente esclavizarla y degradarla, conservándola á sus piés como su escabel á fin de transformarla en instrumento pasivo de su vasto y misterioso designio.

Para poder vencer perfectamente á las mujeres de las más distinguidas clases sociales, el Papa ordena á los confesores, que estudien una estrategia extremadamente complicada y perfecta. Deben escudriñar innumerables tratados sobre el arte de persuadir al sexo fragil á confesarles clara y detalladamente todo pensamiento, todo deseo íntimo, toda palabra y obra con todas las circunstancias. Y este

arte se considera tan importante y al mismo tiempo tan difícil, que todos los teólogos le llaman «El Arte de las artes».

Deus, Ligorio, Cherassu, el autor de «El Espejo del Clero», Debreyne, y un sinnúmero de autores tienen dadas las reglas curiosas de aquella arte misteriosa.

Todos ellos declaran á una, que es un arte en extremo difícil y peligroso; todos confiesan que la menor falta de acierto, la menor imprudencia ó temeridad, cometida durante el asalto de la ciudadela, viene á ser la muerte cierta (se entiende, espiritual) del confesor y de la penitente.

Enseñase, pues, al confesor á dar los primeros pasos con la mayor cautela, á fin de evitar que la penitente sospeche los motivos porque se la induce á confesarse, pues esto sería precisarla á cerrar las puertas de la fortaleza para no abrirla nunca jamás. Dados ya los primeros pasos hacia adelante, se recomienda al *director espiritual* que retrocede un poco para ponerse en acecho, observando los efectos causados por su primer movimiento. Si hay esperanzas de victoria, dásele la orden de ¡adelante! y se le ordena atacar otro punto más avanzado. De este modo, paso á paso, llega á sitiar la fortaleza con tanta habilidad, á debilitarla y desmantelarla de tal suerte, que parece no queda más resistencia de parte del alma rebelde.

Mándase entre tanto dar el último asalto, y, si Dios no interviene haciendo un verdadero milagro para salvar esa alma, los últimos muros son derri-

bados y las puertas despedazadas; el confesor entra triunfante en la plaza, y ved ya vencidos el corazón, el alma, la conciencia y la inteligencia de la penitente.

Una vez señor de la fortaleza, el sacerdote explora todos los lugares más recónditos y penetra en los aposentos más sagrados. El ejerce allí un dominio absoluto por lo mismo que la rendición fué incondicional. El confesor se constituye allí la única autoridad infalible, y hasta el único Dios, porque fué en nombre de Dios que sitió y venció aquella fortaleza, y en nombre de Dios, es que, en lo venidero hablará siempre y deberá ser obedecido.

Es imposible dar una idea de la irreparable ruína que sucede á uno de esos asaltos, y de la sumisión de esos nobles fortalezas. Cuanto más prolongada y reñida fué la resistencia, tanto más terrible y completa es ahora la destrucción de su belleza y de su fuerza; y cuanto más denodada fué la lucha, tanto más completa es la ruína y la pérdida. Cuanto más alto y fuerte fuere el dique que contiene las rápidas y profundas aguas de un río, tanto más terrible serán los desastres que causará, si aquel fuera derribado. Así sucede con esa noble alma. La mano de Dios levantó un dique, llamado respeto propio y modestia mujeril para guardar á las hijas de Eva de las corrupciones de este mundo depravado; sin embargo, el día en que el sacerdote romano, después de prolongados esfuerzos, consigue destruir aquel dique, el alma se siente arrastrada por una fuerza invencible hacia un abismo insondable

de iniquidades. De ahí en adelante aquella señora, hasta hoy respetada, consentirá en escuchar sin escrúpulo conversaciones, que fuera del confesonario despertarían la indignación de la mujer más depravada. De allí en adelante habla con su confesor, sin vacilaciones, sobre asuntos cuya publicación por la imprenta le valió hace poco á un tipógrafo inglés la pena de prisión por *publicaciones indecentes*.

Al principio, y á despecho de sí misma, ese ángel caído, cuando se halla sola, medita sobre lo que ha oído en el confesonario y en lo que ella misma allí ha dicho. Más tarde, y sin esfuerzo alguno de su voluntad, siente que por una especie de movimiento irresistible, penetran en su espíritu los más abyectos pensamientos, produciendo estos en seguida tentaciones y pecados, que, si antes de la rendición al enemigo hubieran causado en la penitente horror y pesar profundos, ahora sucede lo contrario; porque ella ha dejado de ser dueña de sí misma y directora propia. La convicción de su pecado no se liga más á la idea de un Dios infinitamente santo y justo, á quien debe servir y temer; lígase y depende de un hombre á quien está subordinada y el cual, por su absolución, todos los desórdenes de la infeliz alma los transformará en *rectitud y pureza*.

Llegado el día de la confesión, en vez de estar triste, desasogada y temerosa, como le sucedía en otro tiempo, siente gusto y aun placer en la ocasión que tiene de conversar sobre tales materia, sabiendo que en ello no comete impropiedad ni pecado alguno, y estando convencida plenamente de que se-

mejantes conferencias con el confesor no son indigestas ni motivo de vergüenza ni mucho menos pecado; al contrario cree, ó desea creer, que son buenas, honestas, cristianas y altamente religiosas. Sus horas más felices son aquellas que pasa á los pies de ese médico espiritual, manifestándole las nuevas heridas de su alma, y sometiendo á su diagnóstico todas sus continuas tentaciones, todos sus malos pensamientos y todos sus más íntimos deseos y pecados.

Esta es la ocasión en que son revelados los más sagrados misterios de la vida de los casados; esta es la hora en que son arrojadas pródigamente á los puercos las misteriosas y preciosas perlas que Dios concedió como corona de misericordia á los que constituyesen un sólo cuerpo, un sólo corazón y una sola alma por medio del matrimonio cristiano. Horas enteras pasa la agraciada penitente tratando de materias que la clasificarían entre las más perdidas mujeres, si sus parientes tuviesen conocimiento de la verdad. Una sola frase de esas confidencias, si lo supiera su marido, sería séguida del divorcio.

Sin embargo, el esposo traicionado, nada sabe de los misterios ocultos de la confesión auricular; el padre, engañado nada sospecha; una nube del infierno oscuréceles el espíritu y los ciega. Al contrario, los maridos, los padres, los parientes, todos se sienten edificados y complacidos ante el edificante espectáculo de la devoción de la Señora D.^a F. y de su hija la Señorita X. En la aldea, lo mismo que en la ciudad todo el mundo les prodiga sus alabanzas.

D.^a F. se acerca con tanta frecuencia al confesionario; póstrase tantas veces á los pies de su confesor! La Señorita X. se demora tanto, pasa tantas horas en el confesonario! Reciben tan frecuentemente la sagrada comunión! Hablan ellas tanto y tan amenudo de la admirable piedad, modestia, santidad, paciencia y caridad de su incomprendible padre espiritual!

Todas las personas de sus relaciones les dan cumplidos parabienes por su nueva y ejemplar vida, y ellas los aceptan con la mayor humildad, atribuyendo su adelantamiento rápido en las virtudes cristianas á la santidad de su confesor. Siendo éste un hombre tan espiritual, ¿quién no será capaz de progresar con tan santo guía?

Cuanto más constantes fueren las tentaciones, tanto más los pecados secretos sumergen al alma, y tanto más aumenta la apariencia de paz y de santidad. Cuanto más impuras fueron las emanaciones secretas del corazón, tanto más la bella y delicada penitente se rodea de los más suaves perfumes de una piedad hipócrita. Cuanto más inmundo se hallare lo interior, tanto más blanco y pulido se conserva lo exterior.

Hé aquí, que, si Dios no interviene con un milagro, la ruína de ese alma es cierta. Ella ha bebido ya del cáliz emponzoñado de *la madre de las rameras*, (*) y ha hallado dulce *el vino de la prosti-*

(*) Esto es, de Roma. Véase el Apocalipsis, cap. XVII, vers. 1, 2, 3, etc.

tución. De aquí en adelante su mayor deleite serán esas orgías espirituales y secretas.

Su *santo* confesor asegúrole que en esa bebida no había inconveniencia alguna, ni vergüenza ni pecado. El Papa escribió sacrílegamente en esa taza de muerte la palabra *Vida*. La desdichada señora tiene toda su confianza y fe en la declaración del Papa; y el terrible misterio de iniquidad toca á su fin!

«Porque ya está obrado el misterio de iniquidad; solamente *espera* hasta que sea quitado de en medio el que ahora impide. Y entonces será manifestado aquel inicuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; cuyo advenimiento es según operación de Satanás, con grande potencia, y señales y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad, *obrando* en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, los envía Dios operación de error, para que crean la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron á la verdad, antes consintieron á la iniquidad.» 1.^a á los Tesal. cap. II, vers. 7 al 12).

Repito, pues, que, desde el momento que una señora rica e ilustrada abandona su propio respeto y rinde incondicionalmente la ciudadela de su modestia á las manos de un hombre, sea cual fuere su nombre ó su título, permitiendo que éste le haga á capricho las preguntas más impúdicas, y á las cuales ella debe responder, está perdida y depravada,

tan realmente como si fuera la mujer más ordinaria.

De propósito digo *rica é ilustrada* porque sé que prevalece la idea de que la posición social de su clase la pone al abrigo de los peligros corruptores del confesonario, como si estuviera fuera del alcance de las miserias comunes á nuestra naturaleza caída y pecadora. Esa ilustre dama se hallará segura si se sirve de las ventajas de su educación para defenderse del enemigo, cerrando á éste rigurosamente la puerta; pero nadie del mundo cree que *la seguridad de allá depende sólo de no rendirse*. Una vez que el enemigo triunfe, repito con énfasis, la ruina es tan grande, por no decir mayor y más desastrosa, de lo que sería la caída de una mujer vulgar. Lanzad una pieza de oro al mar, y decidme, ¿no descenderá ella más al fondo, que si lanzarais un pedazo de madera?

¿Habrà jamás mujer más noble, más pura y más fuerte que Eva luego de haber salido de las manos del Creador? Y sin embargo ¡con qué rapidez cayó al dar oídos á la voz seductora del tentador! ¡qué ruína tan irreparable no fué la suya, cuando, complaciente alargó su mano á la fruta prohibida, dando crédito á la voz engañosa que le decía *no haber pecado* en comer de aquella fruta!

Yo protesto solemnemente en la presencia del gran Dios, que en breve será mi Juez, y doy mi testimonio sobre este grave asunto. Después de veinticinco años de experiencia en el confesonario, declaro que el mismo confesor, encuentra peligros más terribles en oír las confesiones de señoras dis-

tinguidas, que en las de penitentes de condición más humilde. Testifico con la mayor solemnidad, que la señora ilustrada, una vez sometida al poder del sacerdote, se vuelve á lo menos tan vulnerable á las saetas del enemigo, como las mujeres más pobres y menos educadas. Aún diré más; que una vez colocada en la pendiente de la perdición, la señora distinguida se precipita con más rapidez en el abismo que su más sencilla hermana.

Todo el Canadá es testigo de que las víctimas, escogidas por el Vicario Superior del Colegio de Montreal, pertenecían á las altas clases de la sociedad, cuando el grito de la indignación pública obligó al Obispo á traslarle á Europa, donde falleció poco después. ¿Y no era en esas mismas clases donde un superior del Seminario de Quebec iba perdiendo almas, cuando fué descubierto y se vió precisado á huir en una noche oscura, escondiéndose en los claustros del convento trapense de Jowa?

Tendría yo que escribir muchos tomos en fólío, si publicara todo cuanto mi experiencia de veinticinco años de confesor me ha enseñado sobre la indecible corrupción secreta de la *mayor parte* de las llamadas damas respetables, las cuales se entregaban, por prescripción romanista, en manos de los *santos* conferores. Sin embargo, el hecho cuya narración voy á presentar, bastará á los que tienen ojos para ver, oídos para oír, ó inteligencia para comprender.

En una de aquellas villas, bellísimas y prósperas que guarnecen el río de San Lorenzo, residía un

negociante acaudalado. Era joven, y su casamiento con una señora rica, ilustrada y encantadora, hacía de él uno de los hombres más felices de la tierra. Pocos años después de su casamiento, el Obispo colocó en aquella parroquia á un sacerdote joven, que pronto se hizo célebre por su elocuencia, celo y amabilidad. El negociante entabló en breve tiempo con el nuevo sacerdote una estrechísima amistad.

La joven y distinguida esposa del negociante no tardó en aparecer como el modelo de las mujeres del pueblo, bajo la dirección de su confesor. Muchas y prolongadas eran las horas que ella acostumbraba á pasar al pie de su padre espiritual para ser purificada é iluminada por sus seráficos consejos. No tardó ella en presentarse al frente del pequeño grupo de almas que tenían el privilegio de comulgar todas las semanas. El marido, como buen católico, alababa á Dios y á la Virgen por el privilegio de vivir con aquel ángel de piedad.

Nadie sospechaba, por un instante, lo que pasaba bajo la capa, blanca y santa, de la más exaltada devoción religiosa. Nadie sino Dios y sus ángeles, podían oír las preguntas del confesor á su bella confesada y las respuestas dadas por ésta en aquellas largas y frecuentes confidencias del confesonario. Nadie sino Dios, podía percibir el fuego infernal que devoraba aquellos dos corazones. Durante casi un año, el joven sacerdote y su mansa oveja, disfrutaron en esas entrevistas secretas todo el placer que sienten los enamorados cuando pueden trocar entre sí, con libertad, sus pensamientos y su amor.

Esto, sin embargo, no les satisfacía. Querían ambos más realidad, si bien las dificultades eran grandes y parecían insuperables. El sacerdote tenía consigo en su casa á su madre y hermana, que no le permitirían introdujese en su casa á una señora por fines ilícitos ó sospechosos, y el marido de la confesada no tenía negocio alguno que le precisara á ausentarse lejos de su domicilio el tiempo suficiente para que el siervo del Papa realizase su diabólico intento.

No obstante, cuando una hija de Eva desea conseguir alguna cosa, no le faltan recursos, especialmente cuando la natural inteligencia se halla perfeccionada por distinguida educación. En este caso, como en otros muchos que me fueron revelados, pronto aparecieron los medios sin compromiso para la señora ni para el santo confesor. Trazóse, pues, el plan con perfecto acuerdo común, y ambos esperaban con paciencia la ocasión de ejecutarlo.

—¿Porqué no has ido hoy á misa, amor mío, y á la sagrada comunión?—preguntó el marido un día—Tenías ya el carruaje preparado por mi orden, según costumbre.

—No estoy nada buena, querido mío; he pasado la noche con tan fuerte dolor de cabeza, que no he podido cerrar los ojos.

—Pues voy á mandar llamar al médico.

—Sí; envíale á buscar; puede ser que él me proporcione algún alivio.

Una hora después llegaba el médico. Halló á la paciente con alguna fiebre; pero dijo que el caso no

tenía importancia, y que ella pronto estaría restablecida. Recetóle un remedio, y se retiró. A las nueve de la noche, sin embargo, quejóse la doliente de un fuerte dolor en el pecho.

Mandaron inmediatamente llamar al médico, que compareció después de alguna demora. Cuando llegó, la espantosa crisis había pasado; la enferma se hallaba sentada en una silla de brazos, y unas vecinas bañábanle la cara con agua y vinagre.

No sabía el médico explicarse una dolencia tan repentina. Por fin dijo él que podría muy bien ser causada por una «solitaria», y que en ese caso no había peligro porque sabía poner pronto remedio. Recetóle otros polvos diferentes, y prometió volver al día siguiente. De allí á media hora sobrevinole otro dolor terrible al pecho y otro desmayo; pero ya antes había dicho la paciencia á su marido:

—Querido mío: Bien ves que el médico no comprende absolutamente mi malestar. No tengo confianza alguna en él, y creo que los polvos me han hecho mal. No lo quiero ver más. Padezco más de lo que puedes imaginarte, y si no experimento algún alivio, puede ser que mañana esté muerta. El único médico que yo quiero es nuestro santo confesor; hazme el favor de ir á llamarle sin demora. Quiero hacer una confesión general y recibir el viático y la extremaunción antes que me ponga peor.

El pobre marido, afligidísimo y como fuera de sí, mandó inmediatamente preparar el carruaje y que un criado le acompañase á caballo, para tocar la

campana, al regresar con el sacerdote, conduciendo al *Buen Dios* á su querida esposa.

El marido halló al párroco leyendo devotamente el Breviario; y admiró la caridad y prontitud con que su buen pastor, en aquella noche tan fría y oscura, se dispuso á salir del recreo de su residencia al primer llamamiento de una enferma. Antes de una hora el marido presentó al sacerdote con el *Buen Dios* en el cuarto de su esposa. El jóven párroco con todas las apariencias de piadosa sinceridad, depositó la sagrada forma sobre una mesa ricamente preparada para tan solemne ceremonia; y acercándose á la cama, inclinó su cabeza hacia la enferma, y preguntóle como se hallaba.

Ella respondió:—Estoy muy mal, y quiero hacer una confesión general antes de morir.

Dirigiéndose en seguida á su marido, dícele con voz desfallecida:—Manda salir á todos de aquí, para que yo no sufra la menor distracción en lo que puede ser la última confesión de mi vida.

El marido invitó con respeto á las personas presentes á que saliesen con él del aposento, cerrando al mismo tiempo la puerta, á fin de que el *santo* confesor *estuviese solo con la penitente* mientras hacía ésta su confesión general.

Una de las tramas más diabólicas, que jamás fueron urdidas bajo la capa de la confesión auricular, había llegado perfectamente á su fin. «La madre de las rameras» la encantadora de las almas «cuya sede está en las siete colinas», Roma, tiene en aquella morada de fingido dolor, á su sacerdote para

introducir allí, bajo la capa de religión cristiana, la vergüenza, el envilecimiento y la perdición.

El enemigo y destructor de las almas, cuya obra primera es la confesión auricular, tiene allí, por la millonésima vez, un nuevo ensayo para ultrajar al Dios de la pureza, mediante una de las acciones más viles que puede ocultar entre las sombras de la noche.

Cubramos, sin embargo, con un velo de abominación esa hora de iniquidad, y dejemos al infierno sus lúgubres secretos.

Conseguida ya la ruina moral de su víctima, y habiendo cruel y sacrilegamente abusado de la confianza de su amigo, el sacerdote abrió la puerta del cuarto, y dijo con ademán hipócrita: «Entren ahora para orar conmigo, mientras doy la comunión á nuestra querida hermana enferma».

Entraron. Fué administrado el *Buen Dios* á la enferma, y el marido, rebosando de reconocimiento por las atenciones del párroco, hizo que á éste se le condujera á su casa, dándole las más sinceras gracias por su bondad en visitar á su esposa en una noche tan fría!!

Habían transcurrido diez años desde ese suceso cuando tuve que hacer una visita en aquella parroquia. La señora aludida, que no era absolutamente extraña, me declaró en su confesión, estos pormenores, conforme aquí quedan narrados. Parecía estar realmente contrita, y por eso le dí la absolución de todos sus pecados según el precepto de mi iglesia. En el último día de la misión fuí convidado á un gran convite dado por un negociante. Debo ad-

vertir que ella confesó que de sus cuatro hijos, los tres últimos eran de su confesor! La madre de éste había fallecido y la hermana se había casado; por tanto la casa parroquial daba libre entrada á las hermosas penitentas, muchas de las cuales concurrían allí con el pretexto de practicar las virtudes inculcadas en el confesonario.

Fué luego el sacerdote trasladado para desempeñar un cargo más elevado, en el cual continuaba gozando más que nunca de la confianza de sus superiores, de la estimación del público y del amor de sus confesadas.

Jamás me había yo visto tan embarazado como cuando me hallé á la mesa de aquel marido, á quien se le había hecho con tanta crueldad la más burlada de las víctimas. Apenas había comenzado la comida, cuando me preguntó si conocía al antiguo párroco, al amable señor Don F.

—Le conozco, si señor.

—Es un sacerdote muy ilustrado ¿no le parece á usted?

—Sí..., si señor; es un hombre muy ilustrado,—repliqué yo.

—Y ¿por qué—prosiguió el bueno del negociante,—por qué el Obispo lo retiró de nosotros? Estaba aquí tan bien; tenía tan bien merecida y grangeada la confianza de todos por su devoción y caballerosidad, que empleamos todos nuestros esfuerzos para retenerle entre nosotros. Yo mismo hice una solicitud, y fuí designado por el pueblo para pedir al Obispo que le dejara permanecer aquí; pero todo

fué en vano. El Obispo contestó que tenía necesidad de él para un lugar más importante, atendidas sus grandes y raras disposiciones y por tanto tuvimos que ceder.

El celo y la devoción de aquel hombre no tenían límites. En las noches más lóbregas y tempestuosas, siempre estaba dispuesto para acudir al primer aviso de los enfermos. Nunca olvidaré yo bastante la prontitud y buena voluntad con que accedió á mi llamamiento, cuando, hace ya algunos años, le envié á buscar en una noche de las más frías, para que viniese á visitar á mi mujer, que se hallaba gravemente enferma.

Al llegar á este punto de la narración, confieso que faltó poco para escapárseme la risa. La gratitud de aquella pobre víctima del confesonario hacia un sacerdote que le había introducido en su casa la vergüenza y la ruína moral, y la idea de aquel infeliz marido que por sí mismo había buscado al seductor de su esposa, parecíame todo tan cómico, que, por un instante, tuve necesidad de un esfuerzo casi sobrehumano para contenerme.

Sin embargo, recuperé al momento la habitual serenidad de mi espíritu con la vergüenza que sentí en presencia de la horrible depravación y la secreta infamia del clero al cual yo por mi desgracia pertenecía. Centenares de casos iguales ó de mayor depravación, que me constaban por el tribunal de la penitencia venían en aquella hora á mi memoria y colmábanme de tanta aflicción y repugnancia que no pude hablar más ni una sola palabra.

Terminada la comida, el negociante pidió á su esposa que presentara á sus hijos para que yo los viera. No pude menos de admirarlos por su hermosura, excuso, sin embargo, el decir que no fué grande mi complacencia al ver aquellas amables y encantadoras criaturas, sabiendo como sabía por informes secretos, pero de limpia fuente, que los tres más jóvenes eran fruto de la inexplicable depravación, obrada en la alta sociedad, por la confesión auricular.

VI

La confesión rompe todos los lazos sagrados del matrimonio y de la sociedad humana.

¿Un banquero consentiría por ventura que su párroco fuese sólo á abrirle la caja de tesoros, á mirar y examinar sus documentos, y averiguar los más secretos pormenores de su negocio?

De cierto que no!

¿Cómo se explica, pues, que ese mismo banquero consiente que el párroco abra el corazón de su esposa, manosée, por decirlo así, su alma, y penetre sus más íntimos y sagrados pensamientos?

¿Qué no son el corazón, el alma, la pureza y el respeto propio de su esposa tesoros de tan alto pre-

cio como los encerrados en su caja? Y los peligros que corre por causa de la tentación y de la imprudencia, ¿no son mayores y más irreparables, en el segundo que en el primer caso?

¿Permitirían el joyero ó platero que fuese un sacerdote y caprichosamente pasara la mano por todos los ricos objetos de su establecimiento y revolviere el dinero del cajón, haciendo de él lo que le diera la gana?

¡Seguramente que no!

Y el corazón, y el alma, y la pureza de su amada esposa ó de su hija ¿no son mil veces más preciosos que toda aquella pedrería y que todos los objetos de oro y plata? Y los peligros de la tentación y de las indiscreciones del sacerdote no son más temibles y más irresistibles en el segundo caso que en el primero?

¿El propietario de una caballeriza de alquiler entregaría á un sacerdote, que le pidiera alquilados algunos de sus caballos, los más preciosos y briosos que tuviera, y que solo el amo sabe guiar, sin más garantía que la prudencia de tal sacerdote?

¡No por cierto!

Ese propietario, que alquila sus caballos, sabe muy bien, que si semejante cosa permitiera, cometería la indiscreción más funesta contra su fortuna. Aunque tuviese la menor confianza en la discreción y honradez del sacerdote nunca llevaría su confianza al extremo de entregarle el gobierno de los animales, que son la gloria de su caballeriza y que ganan el sustento de la familia.

¿Cómo puede, pues, ese mismo hombre confiar la dirección absoluta de su mujer y de sus hijas á una persona á quien no puede confiar seres inferiores? ¿No le son ellas más preciosas que sus animales? Y cuando el sacerdote se encarga de dirigir á su placer los pasos de esa esposa y de esas hijas, ¿no hay mayor peligro de imprudencia, de falta de pericia, de errores fatales é irreparables de parte de ese director, que cuando conduce cuadrúpedos por las calles?

No hay acto de locura ni falta de sentido común comparable con el permiso que un marido concede á su esposa para que vaya á confesarse con un sacerdote. En ese día abdica de la regia dignidad, que casi podemos llamar divina, que como esposo tiene, y que de Dios le viene. Aquel día pierde su corona y rompe su cetro.

¿Qué harías, querido lector, con la persona que cometiera la vileza de mirar por un agujero de vuestra puerta, ó de escuchar con intención de descubrir lo que dentro estás haciendo? ¿Consentirías semejante indiscreción? ¿No te arrojarías sobre él, arrojándole con indignación y con ira?

Pues ¿qué es el confesonario, sino el agujero por donde el sacerdote ve y observa todo cuanto sucede en tu casa y aun en tu mismo dormitorio; por donde escucha todas tus palabras y descubre tus más secretos pensamientos y proyectos? ¿Mereces el título de hombre, cuando te sometes á una inquisición tan astuta y tan insultante y te doblegas en presencia de semejante humillación?

«El marido es cabeza de la mujer como Cristo lo es de la Iglesia. Así, pues, como la Iglesia está sujeta á Cristo, así las mujeres deben estarlo á sus maridos». He aquí cómo se expresa el apóstol S. Pablo, escribiendo á los fieles de Efeso, en el cap. V, versículos 22 y 23 de su carta. Si estas palabras solemnes son los verdaderos oráculos de la sabiduría divina, ¿no está el marido constituido como único consejero y auxiliar de su mujer, como Cristo es el único consejero y auxilio de su Iglesia?

Si el apóstol no es un impostor, cuando dice que la mujer es para el marido lo que la cabeza es para el cuerpo, ¿no está el marido constituido por Dios como luz y guía de su mujer? ¿No es deber suyo, y al mismo tiempo su privilegio y su gloria consolarla en sus aflicciones, fortalecerla en las horas de su debilidad, sostenerla cuando se halle en peligro de caer y animarla en el escabroso camino de la vida? El Evangelio dice, que el marido es para la mujer lo que Cristo para su Iglesia. ¿No es, por tanto, una iniquidad sacrílega permitir que la esposa reciba de un extraño los consejos, la sabiduría, la fuerza y la vida que sólo su marido puede y debe darle?

Así como ningún otro hombre tiene derecho sobre su amor, así ningún otro tiene el derecho de exigirle la confianza absoluta. Si es y la tratáis como adúltera desde el momento en que entrega su cuerpo á otro hombre, ¿será menos adúltera cuando confía y entrega su alma á un extraño? ¿El adulterio del corazón y del alma es, por ventura, menos criminal que el adulterio del cuerpo? Y cada vez que

una esposa va á confesarse con un sacerdote, ¿no incurre ella en ese pecado?

En la Iglesia romana, el sacerdote, por medio del confesonario, viene á ser mucho más marido de la esposa, de lo que el hombre lo es por el matrimonio. El sacerdote se halla en posesión absoluta de la parte más importante; el tiene la médula, el marido roe los huesos; aquél tiene el fruto, éste la cáscara; aquél la miel, éste la cera; aquél el alma y el corazón, éste el esqueleto. Cuando el alma es superior al cuerpo, tanto mayores son el poder y los privilegios del sacerdote sobre el espíritu de la esposa penitente á los ilusorios y ridículos que piensa tener el marido.

Así como este infeliz parece señor del cuerpo de la mujer á quien sustenta, el sacerdote en realidad es el señor del alma que también *alimenta...*

La esposa tiene, por consecuencia, dos señores y maestros, á quienes debe amar, respetar y obedecer. ¿Se creará, pues, que ella dará la menor parte de su amor, de su respecto y de su sumisión á aquel que, en su convicción, es tan superior al otro cuanto el cielo es superior á la tierra? Sin embargo, en vista de que ella no puede continuar sirviendo á dos señores, ¿no será el maestro que la prepara para el cielo el objeto de su respeto, gratitud y amor constantes y verdaderos, al mismo tiempo que el hombre mundano y pecador que tiene ligada su existencia, recibirá sólo la apariencia de esos sentimientos? ¿No será ella guiada por un impulso natural é instintivo á respetar y obedecer á su maestro y señor, al *santo*

hombre cuyo yugo es tan suave y tan divino, antes que al hombre carnal cuyos defectos humanos son para ella la causa de tentaciones y de sufrimientos diarios?

En la Iglesia romana los pensamientos y los deseos, los celos y las alegrías del alma, la misma vida de la esposa son asuntos que el marido no penetra. El no tiene derecho de escudriñarle el corazón, ni remedio que pueda aplicarle al alma, ni misión de Dios para aconsejarla en las horas tenebrosas de aflicción, ni bálsamo para aplicar á esas heridas ensangrentadas, tan frecuentes en las luchas diarias de la vida; es un verdadero extraño en su propia casa.

La esposa, no esperando nada del marido, nada tampoco tiene que revelarle, ni pedirle favores, ni deberle gratitud. Al contrario, ciérrale á él todas las puertas de su corazón y de su alma. El confesor, y sólo el confesor tiene derecho á su entera confianza; á él y sólo á él le llevará todos sus secretos y patentizará todas sus llagas; á él y sólo á él recurrirá en la hora de sus aficciones y angustias; y de él solamente esperará recibir la luz y el consuelo que necesita y pide. Cada día se le vuelve su marido más extraño para ella, cuando no llega á serle un embarazo que la impide la realización de su felicidad.

Sí; por medio del confesonario ha abierto la Iglesia romana un abismo insondable entre el corazón de la esposa y el corazón del marido. Pueden sus cuerpos estar próximos uno y otro; pero sus

almas, sus verdaderos afectos y su confianza se hallan á mayor distancia que el polo sur del polo norte. ¡El confesor es el maestro, el dominador, el rey del alma; el marido es uno que debe contentarse con la parte material!!!

El marido tiene permiso para examinar lo exterior del palacio y para reclinar su cabeza en el frío mármol de la escalera exterior; mientras el confesor se pasea triunfante por las salas interiores, examinando á capricho las innumerables maravillas, yendo á descansar en el blando lecho de ilimitada confianza, respecto al amor de la esposa.

Entre los católicos-romanos, cuando el marido pide algo á su mujer, de diez veces nueve á lo menos consultará ella á su confesor sobre la conveniencia de conceder á su marido lo que la pide; y el pobre marido tendrá que aguardar con paciencia el permiso ó la negativa del señor, y después cumplir y acomodarse á la respuesta del oráculo. Si el marido se queja ó se impacienta por semejante yugo corre la mujer á los pies del confesor, diciéndole cuán desgraciada es por hallarse unida á un hombre sin juicio, y cuánto es lo que sufre!

Manifiesta á su «querido padre» el desconsuelo de semejante tiranía, y como su vida sería insoportable si no tuviese el privilegio de venir con frecuencia á sus pies para depositar allí sus tribulaciones, oír sus palabras de simpatía y recibir consejos paternales tan afectuosos!

Declárale con lágrimas de gratitud, que sólo en presencia de él, postrada á sus pies, encuentra des-

canso para su desfallecida alma, bálsamo para las llagas de su corazón y paz para su atribulada conciencia.

Al levantarse del confesionario toda una música celeste parece que resuena en sus oídos; las palabras melífluas de su confesor forman por espacio de muchos días en su corazón la más dulce armonía; verse de él separada parécete la más espantosa soledad, y su imagen, la imagen de su «querido confesor» aparece siempre divina ante su fantasía, y sus más consoladoras y suaves meditaciones son las que la recuerdan las amabilísimas palabras que el *santo* varón la dirige en el *santo* tribunal de la penitencia. Nada le agrada tanto como tratar de las buenas cualidades del confesor, de su paciencia, piedad y caridad; ansía el momento de volver á confesarse para pasar largo tiempo á los pies de un ángel, descubriéndole todos los secretos de su corazón y todos sus disgustos. Le revela el gran sentimiento que sufre por no poder venir más amenudo á verle y aprovecharse de sus sabios consejos; y no le oculta que en sus dulces sueños, experimenta suma felicidad, imaginando hallarse en su compañía! Cada vez que se confiesa crece y se fomenta más y más su separación del marido. Cada día experimenta ella un pesar más vivo y profundo por no poder ser la esposa de un hombre tan santo como es su confesor! ¡Ah! Si fuese posible.....! Pero... el rubor tiñe sus mejillas..., sonrío... y empieza á cantar.

Preguntamos ahora: ¿Cuál es el verdadero señor

de aquella casa? ¿Para quién palpita y vive ese corazón?

Así es como esa estupenda impostura, ese dogma de la confesión auricular destruye todos los vínculos, todos los goces, todas las responsabilidades y todos los privilegios de la vida matrimonial, y la transforma en una vida de adulterio perpétuo, aunque disfrazado. La unidad matrimonial en la Iglesia romana es absolutamente imposible. Entre el marido y la mujer hállase siempre interpuesto un mónstruo llamado «el confesor». Nacido en la edad del mayor oscurantismo, ese ser recibe del infierno la misión de contaminar y destruir los goces más puros de la vida de los casados, de esclavizar á la mujer, de insultar al hombre y de perder al mundo!

Cuanto más se practica la confesión auricular, tanto más se pisotean las leyes de la moral pública y privada. El marido desea que su mujer le pertenezca á él solo; no consiente, no puede consentir que otro comparta su autoridad sobre élla; quiere ser el único hombre en el mundo que reciba de su esposa toda su confianza, todo su respeto y todo su amor. Por eso sucede que, cuando un joven ve la sombra del confesor que se interpone entre él y la mujer elegida para ser luego su esposa, prefiere retirarse antes de celebrar el contrato sagrado; el gozo santo del hogar doméstico y de la familia pierden para él todos los divinos encantos, y quiere mejor la vida fría de un celibato ignominioso, que la humillación y el aprobio de los privilegios dudosos de una paternidad incierta.

En Francia, en España y en otros muchos países católicos-romanos, vemos aumentar cada año el número de esos solteros. Decece por consecuencia el número de las familias y de los nacimientos; y si Dios, por un gran milagro, no viene pronto á impedir la decadencia rápida de esas naciones, fácil es calcular el día en que deberán su existencia á la tolerancia y compasión de las poderosas naciones protestantes que las rodean.

¿Cuál es la causa de hallarse el pueblo católico-romano de Irlanda tan abatido y pobre? ¿Por qué ese pueblo, dotado por Dios de tan nobles cualidades, parece estar tan abatido de inteligencia y de dignidad propia, que hasta se gloria de su propio abatimiento? ¿Por qué aquel país viene siendo siglos hace teatro de sangrientas luchas y de cobardes asesinatos? ¡Ah! La causa principal de todo esto es sin duda la esclavitud en que allí yace la mujer por medio del confesonario. Todo el mundo sabe que la esclavitud espiritual y la degradación de las irlandesas no tiene límites, y que éllas á su vez arrastran consigo á sus maridos y á sus hijos. Irlanda será siempre objeto de compasión, será pobre, miserable, rebelde, sanguinaria y esclava mientras rechace la soberanía de Cristo para someterse al padre confesor, colocado en cada iglesia como representante del Papa.

¿Quién no se admira y llora ante el estacionamiento de Francia? ¿Cómo se disolvieron sus grandes ejércitos y cómo fueron tan fácilmente vencidos y desarmados sus valientes hijos? ¿Cómo sucedió

que Francia, postrada y sin fuerzas á los pies de sus enemigos, pasmó al mundo con el espectáculo de las salvajadas increíbles y sangrientas de la Comune? No os canséis en investigar las causas ni de su estacionamiento ni la de sus humillaciones y miserias fuera del confesonario. ¿No estáis viendo cómo ese país hace siglos está rechazando obstinadamente á Jesucristo? ¿No fué allí donde fueron asesinados ó desterrados sus más nobles hijos porque querían seguir el Evangelio? ¿No son allí entregadas sus hermosas hijas en manos de los confesores, que les hacen perder su inocencia? ¿Cómo, pues, han de ser capaces sus mujeres de enseñar á sus maridos y á sus hijos el amor á la libertad, siendo ellas esclavas abyectas y dignas de compasión? ¿Cómo pueden inspirarles las varoniles virtudes de los héroes, teniendo ellas su espíritu corrompido por el sacerdote?

La mujer francesa había entregado incondicionalmente la noble y bella ciudadela del corazón, de la inteligencia y del respeto propio en manos de los confesores, mucho antes de que sus hijos entregasen las armas á los alemanes en Sedán y en París. La primera rendición fué preparada por la segunda. La completa ruína moral en Francia, ocasionada por las confesiones, fué obra de mucho tiempo. Transcurrieron siglos antes de que las hijas nobles de Francia fuesen rendidas y esclavizadas; pero quien conoce bien á esa nación, no ignora que su ruína es tan completa como irreparable. Es ya un *hecho consumado* que nadie osará negar. Los más célebres es-

critores lo confiesan. Michelet, uno de los pensadores más profundos de esta tierra infeliz, describe dicha degradación irremediable en un libro elocuentísimo, titulado: *El cura, la mujer y la familia*; libro que nadie ha refutado. Todos cuantos conocen la Historia, saben perfectamente que la desmoralización de la mujer es seguida en breve tiempo por la de la nación, y ésta por la pérdida de la independencia política.

La nación francesa fué destinada por Dios para ser una raza de gigantes; han sido fuertes y denodados, poseían inteligencia viva, corazones llenos de valor, brazos enérgicos y espada invencible. Pero así como el granito más rígido cede al gotear constante del agua, así fué despedazada esa gran nación, no digo por las gotas, sino por los ríos de aguas impuras que durante muchos siglos se han precipitado sobre ella, procedentes de la envenenada fuente del confesonario. «La justicia engrandece la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones.» (XIV).

Durante las revoluciones y mudanzas súbitas de estos últimos años, Francia no se ha constituido definitivamente, y, sin embargo, la Iglesia romana ha recibido allí un golpe tan terrible, que, aunque transitorio, abrirá los ojos de muchos para que vean las corrupciones y las farsas del clero.

¿Cuál ha sido la causa de que España haya llegado á un estado tan infeliz y tan pobre, rasgando su propio seno y regando sus fértiles campos con la sangre de sus hijos? La principal causa, si no la

única, es el confesonario. Allí también el confesor corrompe y esclaviza á la mujer, y á su vez ésta corrompe y degrada al marido y al hijo. La mujer difunde por toda la sociedad los sentimientos que adquirió en el confesonario.

Obsérvense además, sin excepción, que mientras las naciones cuyas mujeres beben en la impura fuente del confesonario, se precipitan en el abismo de la mayor miseria, los pueblos á ellas vecinos, que han logrado destruir esas cuevas de iniquidades, se levantan y prosperan con igual rapiñez. ¡Qué contraste! De un lado las naciones que permiten sea la mujer esclavizada por el confesor,—Francia, España, Irlanda romana, México, etc.,—arrastradas por tierra, exánimes, desfallecidas y despedazadas cual víctimas de las aves de rapiña. Del otro lado, las naciones cuyas mujeres van á lavar sus pecados en la sangre del Cordero de Dios, Jesús, único Salvador, elevan sus voces hacia las regiones más elevadas del progreso y de la libertad!

Si los legisladores pudiesen comprender bien el deber imprescindible que tienen de proteger á la mujer, prohibirían por leyes severas esa confesión auricular, como contraria á la sana moral y al bienestar de la sociedad, puesto que, á pesar de la sagacidad con que el clero engaña al público, aparentando religión y santidad, el confesonario no es otra cosa que una escuela de desmoralización.

Digo más: Después de veinticinco años de experiencia en el confesonario y de haber oído en confesión personas pertenecientes á todas las clases de la

sociedad, ricos y pobres, eclesiásticos y legos, abades, obispos y monjas, declaro ante el mundo entero, con la mano puesta sobre mi conciencia, que la inmoralidad del confesonario es de una naturaleza mucho más peligrosa y degradante que la que solemos atribuir al mal social de nuestras grandes ciudades. El daño causado al entendimiento y al alma, es, por regla general, más nocivo y más irremediable, porque las víctimas ni lo sospechan ni lo comprenden.

La infeliz que se entrega á una vida disoluta, conoce su profunda miseria; siente y lamenta con lágrimas su vergüenza, y por todos lados oye voces que la excitan para que abandone el camino de su perdición. A toda hora, de día y de noche, su conciencia le anuncia los sufrimientos de una eternidad distante de las regiones de luz y de vida. Y todas estas influencias son muchas veces otros tantos medios de gracia empleados por nuestro Dios misericordioso para despertar la conciencia y salvar el alma pecadora. Pero en el confesonario, el veneno es suministrado con el nombre de agua pura y refrigerante; el golpe fatal es dado allí con una espada tan bien untada de aceite, que no se siente; los pensamientos más viles y más impuros son sugeridos con tanta astucia bajo la forma de preguntas y respuestas, que quien se confiesa, los recibe como verdadero pan de vida. Toda idea de modestia y de pudor deben ser allí abandonadas y olvidadas para volver propicio al dios de Roma. En el confesonario dícese á la mujer y ella lo cree firmemente, que de

ningún modo peca conversando allí sobre asuntos tan obscenos, que si alguien intentara indicarlos en una sociedad formal, sería arrojado de ella.

Otra vez declaro que son muchas las veces que la inteligencia es del todo pervertida bajo la influencia de esa institución nefanda. Las víctimas caen en el abismo de una perdición cierta, puesto que, desconociendo su culpa, no piden misericordia; y no dándose cuenta del mal que en ellas se va desarrollando, tampoco imploran su salud del verdadero médico del alma. El Hijo de Dios decretó, en vista de esta grande iniquidad: «Si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el hoyo.» A casi todas las mujeres que se lamentan del confesonario, pueden decirles los hijos de la luz: «Yo conozco tus obras; que tienes nombre, que vives y estás muerta.» (Apoc. III, 1.)

Nadie ha podido hasta hoy, ni podrá nunca contestar á las siguientes líneas, que algunos años hace dirigí al reverendo M. Brunyère, vicario general de Londres, en el Canadá:

«Con el rubor en el semblante y el más profundo pesar en mi corazón, confieso delante de Dios y de los hombres, que, como vos, conozco yo también el confesonario; lanzado fuí durante veinticinco años á ese mar de iniquidad, donde los ciegos sacerdotes de la Iglesia romana tienen que nadar día y noche. Como vos, tuve que aprender de memoria las preguntas impúdicas que la Iglesia de Roma exige sepan todos sus sacerdotes. Me ví precisado á dirigir esas mismas preguntas á cuantas mujeres se me presentaban en ese tribunal, ya jóvenes, ya anciana-

nas. Esas preguntas, como sabéis perfectamente, son tales, que ninguna meretriz osaría dirigir las á sus compañeras. Son tales las respuestas que ocasionan, que en todo Londres no hay un hombre, si no es sacerdote, tan desvergonzado, que se atreva á repetir las en presencia de una mujer.

»Sí, yo estaba obligado en conciencia como vos lo estáis hoy, á dirigir á los oídos y á la imaginación, al corazón y al alma de las mujeres, palabras cuya tendencia, como sabéis de sobras, es llenar la mente así del confesor como la confesada, de ideas y tentaciones tan degradantes que no tengo palabras suficientes para describirlas. La antigüedad pagana no conoció institución tan corruptora como el confesonario. No hay nada más inmoral que la ley que obliga á una mujer á manifestar todos sus pensamientos y todas sus más secretas acciones á un sacerdote célibe. El confesonario es una escuela de perdición. Podéis negar esto en presencia de los protestantes, pero no delante de mí.

»Mi querido Sr. Brunyère, si me llamáis envilecido porque viví veinticinco años en la atmósfera del confesonario, tenéis razón. Yo estaba en la misma condición depravada en que V. está hoy, como todos los demás sacerdotes, aunque se empeñen en negarlo. Si me llamáis abyecto porque me hallaba sumergido como V., en las profundas aguas de torpeza que manan del confesonario, no tengo inconveniente en declararme culpado. Yo estaba manchado, como lo está V., y como lo están todos los sacerdotes romanos.

»Fué necesario, para purificarme, nada menos que la sangre preciosa de la gran Víctima que espiró en el calvario en beneficio de los pecadores; y ruego á Dios que sea V. también purificado con esa misma sangre.»

Si los legisladores, repito, comprendiesen el respeto y la protección que les merece la mujer, prohibirían la confesión auricular como un crimen contra la sociedad.

No hace mucho tiempo que en Inglaterra fué un impresor severamente castigado con pena de prisión, por haber publicado en inglés las preguntas usadas por los sacerdotes en el confesonario. La condenación fué justa, pues todo aquel que leyera el libro, quedaría convencido de que ninguna mujer podría enterarse del contenido sin morir moralmente. ¿Pero qué hacen los sacerdotes romanos en el confesonario? ¿no dirigen allí tales preguntas y tratan de esos asuntos? Pues si la ley castiga como un crimen, la publicación de las mismas en un libro, ¿no es por ventura un crimen mucho más digno de castigo hacerlas de viva voz y directamente á mujeres casadas y solteras en la confesión auricular?

Responda cualquier hombre que tenga sentido común. ¿Qué diferencia hay entre saber una mujer estas cosas por la lectura de un libro, y oirlas de los labios de un hombre?

¿No harán infinitamente más impresión cuando son expresadas por un hombre quien dice hablar en nombre de Dios, que cuando son leídas en un libro que carece de esa autoridad?

A los legisladores de Europa y América digo: Leed vosotros mismos esas materias escandalosas, y que no se pueden pronunciar. Tened también presente que el Papa cuenta con más de 100,000 sacerdotes cuyo principal trabajo es infundir estas ideas en el ánimo de las mujeres que logran coger en sus brazos. Supongamos que un sacerdote oye en confesión cinco penitentes por día, (sabemos sin embargo que el término medio son diez); nos da, pues, por resultado la enorme suma de 500,000 mujeres que los sacerdotes tienen el derecho de fanatizar *cada día del año*.

Legisladores de las naciones civilizadas, ¿dónde está vuestro amor á la moral pública cuando se castiga á un editor por imprimir las preguntas que se usan en el confesonario, al mismo tiempo que honráis y premiáis á los hombres cuya vida pública y particular se pasa en difundir mucho más eficaz y escandalosamente ese mismo veneno corruptor bajo la máscara de religión?

El confesonario es en las manos de Satanás, lo que West-Point es para los Estados-Unidos y lo que Woolwich para Inglaterra. En aquellos lugares se disciplina y se prepara el ejército para vencer al enemigo. Y en el confesonario son preparadas 500,000 mujeres cada día, ó sea 182.000,000 todos los años con el fin de hacer la guerra á Dios, aceptando toda clase de ideas corrompidas.

Ruego una vez más á los legisladores, á los maridos y á los padres de Europa, de América y de Australia que lean en las obras de Dens, Ligorio,

Debreyne, y en todos los libros teológicos de Roma, lo que sus mujeres é hijos están obligadas á oír en el confesonario.

Los sacerdotes romanos para disculparse, se sirven de un miserable subterfugio:—¿No está obligado el médico, dicen ellos, á practicar ciertas operaciones delicadas en las mujeres? ¿y quién se queja de eso? Nadie: Se da libertad omnímota á los médicos sin que nadie los censure en el cumplimiento de su deber; y luego se insulta al médico del alma, cuando no hace más que cumplir el más santo y delicado de los deberes.

Respondo á este sofisma, en primer lugar diciendo, que el arte y la ciencia del médico están aprobadas en muchos lugares de la Sagrada Escritura; pero el arte y la ciencia del confesor no se hallan mencionados en parte alguna de los Libros Santos. La confesión auricular no es otra cosa que la más estúpida de las imposturas. Las preguntas indecentes é impúdicas del confesor, juntamente con las respuestas impuras á que dan ocasión, calificadas fueron por Dios entre las acciones más diabólicas y prohibidas, cuando el Espíritu de Verdad, de Santidad y de Vida mandó escribir esta frase profundamente significativa: «*Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca*» (Efes. IV. 29).

En segundo lugar, el médico no está obligado bajo juramento á quedarse en la ignorancia de las cosas que debe examinar y curar; mientras que el sacerdote romano lo está por los ridículos é impíos votos del celibato, á no saber nada de las materias

que son los objetos diarios de sus indagaciones, observaciones y pensamientos. El sacerdote romano juró no saborear jamás los frutos con que incesantemente nutre el corazón, el alma y la memoria. El médico cumple con honra su deber; el sacerdote romano, al contrario, vuélvese de hecho un verdadero perjuro cuantas veces entra en el confesonario.

En tercer lugar si una mujer tiene una pequeña herida en el dedo meñique, y se ve en la necesidad de recurrir al médico, no le muestra sino ese dedo; y una vez aplicado el remedio, la curación es completa; pero el médico jamás dice á esa mujer:

«Es mi deber de sospechar que V. tiene algunas otras llagas por el cuerpo. Obligado estoy por tanto, en conciencia y bajo pena de muerte á examinarla toda desde la cabeza hasta los pies á fin de salvar su preciosa vida de esos males secretos que podrían llevarla al sepulcro. Alguna de esas molestias ó males son de tal naturaleza, que nunca se atrevió la señora á examinarlos con la atención que se merecen y quizá ni aun conoce que los tiene.

»Bien conozco yo, señora mía, que el caso es muy delicado y bastante penoso lo mismo para V. que para mí, puesto que deberé hacer un examen minucioso en todo su cuerpo; pero no hay otro remedio: Mi deber me obliga á ello. Sin embargo la señora nada tiene que recelar. Soy un hombre santo, ligado por el voto de castidad. Estamos á solas; ni su padre ni su marido sabrán las enfermedades secretas que yo hallaré por ventura en V. Nunca sospecharán ellos la investigación profunda que ahora le

haré, y siempre ignorarán el remedio que voy á aplicarle.»

¿Hubo jamás un médico autorizado para portarse de esa manera con sus enfermos?

¡Jamás! ¡Jamás!

Y sin embargo no es otra la conducta observada por esos hombres que se apellidan á sí mismos *médico de las almas*, y que en realidad no son sino instrumentos del demonio para esclavizar y perder la mujer.

Cuando la enferma espiritual, tímida y honesta, se acerca al confesor para mostrarle la pequeña herida de su alma, el tal *médico* espiritual ¡créese obligado á sospechar que aquélla tiene otras heridas secretas y vergonzosas! Esto sucede en nueve casos de cada diez, siéndole siempre permitido al sacerdote suponer que su confesada no se atreve á expresarse. Por eso la Iglesia le ordena que influya en el ánimo de la penitenta para que ésta le permita descubrir todos los pliegues de su corazón y buscar en ellos cualquier género de contaminaciones é impurezas, por secretas, vergonzosas y viles que sean. El joven sacerdote se va ejercitando en el arte diabólico de penetrar en lo más sagrado y más recóndito del alma, casi contra la voluntad del penitente.

Podría yo citar centenares de teólogos como testigos de lo que así expongo; mas por ahora tres solos serán bastantes:

Para evitar que el confesor deje por indolencia el examen de las circunstancias, tiene presente en

estas ocasiones el célebre versículo sobre las circunstancias que es como sigue:

«*Quis, quid, ubi, quibus, auxiliis, cur, quomodo, quando.*»

Todo lo cual significa: «*Quién; qué; en donde; con qué medios; por qué causa; de qué modo; cuándo.*» (Dens, tomo VI, pág. 123.—Ligorio, tomo II, pág. 464.)

El célebre libro de los sacerdotes, titulado: «*El Espejo del Clero*», dice en la página 357:

«Oportet ut confessor soleat cognóscere quidquid debet judicare. Diligens igitur et subtilis investigator sapienter, quasi astuté, interrogat á peccatore quod ignorat, vel verecundiã volit occultare.»

«Es necesario que el confesor conozca todo cuanto debe juzgar. Pregunte pues al pecador con prudencia y sutileza sobre los pecados que *pueda ignorar* ó que quiera ocultar por vergüenza.»

La pobre doncella indefensa es así entregada en cuerpo y alma al poder del sacerdote, para ser examinada de todos los pecados que ignora, ó que, por su pudor, trata de ocultar.

¡En qué inmenso mar de depravación es lanzada esa frágil barquilla por las manos del confesor! ¡Por qué abismos de impurezas tendrá que atravesar en compañía de su confesor, antes que éste acabe de preguntar sobre *todos los pecados que ignora ella*, ó que teme revelar! ¡Quién es capaz de describir la sorpresa, la vergüenza, la aflicción de una doncella

honesto, tímida y quizá muy joven, cuando por vez primera se la expone á tales infamias!

Y, sin embargo, esta es la práctica, este el deber del *médico* espiritual! ¡Y pasa de 100.000 esos hombres, facultados y muchas veces pagados por gobiernos de pueblos cultos, para que practiquen semejantes abusos en nombre de Dios y del Evangelio.

En cuarto lugar, respondo al sofisma del sacerdote romano: Que cuando un médico ha de practicar en cualquier mujer una operación delicada y que ofrece peligro, *nunca está solo con ella*.

Asiste algún pariente ó personas muy amigas de la enferma, y así es imposible que el médico se atreva á faltar en lo más mínimo á las leyes de la decencia. Pero cuando la infeliz penitente se presenta á su *médico* espiritual, sometiendo al juicio de éste la dolencia de su alma, ¿no están los dos á solas, vergonzosamente á solas? ¿Dónde están entonces los oídos protectores de parientes cercanos? ¿Dónde la barrera interpuesta entre aquel hombre débil, tentado y muchas veces caído, y la víctima que tiene bien junto á sí? ¿Osaría el confesor emplear tanta libertad en su interrogatorio, si el marido de la confesada estuviera presente? ¡Por cierto que no! Sabe muy bien que ese marido aplicaría el digno correctivo al infame que bajo pretexto de religión, corrompiese así el corazón de su esposa.

Finalmente: Cuando el médico opera á una mujer, hay dolores, gritos, y por lo regular, derramamiento de sangre. El médico sensible y bueno, sufre

moralmente casi tanto como la operada, y los sufrimientos de ésta hacen imposible cualquier atentado de parte del médico. ¿Sucede lo mismo con las heridas de la hermosa penitente? ¿El corazón del confesor sufre, por ventura, cuando aquellas le son reveladas? ¡Muy al contrario!

El Salvador llora ese mal y los ángeles lo lastiman; pero el corazón corrompido y engañador del hombre halla gu-to en aquello que tanto se parece á su propio estado.

¿Acaso el corazón de David se sintió apenado y dolorido al ver á la hermosa Bethsabé, cuando ésta con imprudencia se expuso en el acto de bañarse? Al contrario; ¿no fué aquel santo profeta herido y lanzado en el polvo por sus curiosas y criminales miradas? ¿No fué Sansón aquel hombre tan esforzado vencido por los encantos de Dalila? ¿Y Salomón, el rey sabio, no fué preso en el lazo y seducido por las mujeres que le rodeaban?

¿Quién acreditará que esos solteros del Papa sean más fuertes y virtuosos que David, Sansón y Salomón? ¿Quién será tan falto de sentido común, que imagine ser los sacerdotes romanos más fuertes que Sansón, más santos que David ó más sabios que Salomón?

¿Habrá quien piense que los confesores permanecerían invencibles y en pie en medio de las tempestades, que lanzaron por tierra á esos gigantes de los ejércitos del Señor? Suponer que en la mayoría de los casos, el confesor puede resistir las tentaciones que diariamente le cercan, y rechazar las oca-

siones que se le presentan para satisfacer los deseos de una naturaleza naturalmente depravada, ni es prudencia ni caridad; es una simple locura.

No digo que todos los confesores y todas las confesadas caigan en igual degradación.

Gracias á Dios, conozco á varios que, luchando valerosamente en ese campo de ignominiosas derrotas, salieron vencedores; pero éstos son la excepción.

Cuando un incendio acaba de consumir una de las vastas florestas americanas, es muy triste ver tantos y tan ricos árboles devorados por las llamas; pero lo más sorprendente para el viajero es el descubrir en una ó en otra parte algún árbol que ha podido resistir al terrible elemento.

Todo el mundo se conmovió al esparcirse la noticia de que la gran ciudad de Chicago había quedado reducida á cenizas; mas las personas que visitaron el sitio de tamaña desgracia y vieron las ruínas de sus 16.000 fincas, tuvieron que pararse, en el colmo de su admiración, delante de algunos edificios que, en medio de aquel diluvio de fuego, se levantaban incólumes. Es un hecho cierto, que por una maravillosa protección divina, algunas almas privilegiadas logran escapar de la ruína moral que alcanza á la mayoría en el confesonario.

Esta institución es semejante á la tela de la araña. ¡Cuántas moscas en extremo sencillas hallan la muerte cierta cuando sólo procuran descansar en la bella y elegante obra de la enemiga astuta! ¡Cuán pocas se escapan aun después de esfuerzos desesperados! Mirad á la pérfida araña oculta en su es-

condite; parece la inocencia personificada. Persevera muy quieta y espera con paciencia la ocasión favorable, hasta que, con la mayor rapidez, se lanza sobre su víctima enredada en aquella tela sutil y casi imperceptible. ¡Ved luego con qué sed tan despiadada le chupa la sangre y le arranca la vida! ¿Qué queda de la mosca imprudente, después de haber sido presa en el lazo de su enemiga? Sólo un esqueleto.

Pues lo mismo sucede, en la mayoría de los casos, con esas esposas é hijas que frecuentan el confesonario, donde el vampiro del Papa les chupa la sangre del alma. Hablando moralmente, sólo se van con su esqueleto.

Aquellos que imaginen que yo exagero, lean y mediten las siguientes citas de las memorias del venerable Escipión de Ricci, Obispo de Pistoia en Italia.

Fueron éstas publicadas por el gobierno católico de Italia, para enseñar al mundo la necesidad de que las autoridades civiles y religiosas adoptasen medidas para evitar que la nación fuese enteramente arrastrada por la influencia corruptora del confesonario, que aun los más devotos secuaces de Roma, como los frailes y las monjas, se veían precisados á declarar. Sin embargo, nunca se atrevió el clero á dar publicidad á una sola línea de estas terribles revelaciones. En la página 115 leemos la siguiente carta de Sor Flavia Pedaccini, priora del convento de Santa Catalina, que ella misma dirigió

al Dr. Tomás Camparina, rector del Seminario de Pistoya:

«Accediendo á la súplica que hoy me hacéis, me apresuro á deciros una cosa, mas no se cómo hacerlo.

»De aquellos que ya han salido de este mundo nada diré. De los que todavía están vivos y cuya conducta no es muy correcta, hay muchos, entre los cuales puedo citar á un ex provincial llamado padre Dr. Ballendy, y á otros, coma son Calvi, Zoratti, Bigliaci, Cuidi, Miglieti, Verde, Bianchi, Ducci, Seraphine, Bolla, Nera di Luca, Cuareti, etc. ¿Y para qué mencionar más? A excepción de unos tres ó cuatro, todos los que tengo conocidos, vivos ó muertos, tenían las mismas costumbres, las mismas máximas é idéntica conducta. Tienen con las monjas tanta ó mayor intimidad que si estuviesen casados con ellas. Repito que emplearía muchísimo tiempo en contar la mitad de lo que se. Cuando vienen á confesar á alguna hermana enferma, tienen ahora la costumbre de velar con las monjas, cantando, bailando, jugando y pasando la noche en el convento. Adoptan y siguen la máxima de que Dios prohibió el odio, mas no el amor; y que el hombre fué creado para la mujer y la mujer para el hombre.

»Declaro que todos ellos tienen la mayor destreza para engañar á las más prudentes y recatadas, y que sería un milagro conversar con ellos sin caer en pecados gravísimos.»

En la página 117:

«Los sacerdotes frailes son los maridos de las

monjas de coro, y los hermanos legos, de las hermanas legas.

«En la celda de una monja fué cierto día sorprendido uno de ellos; huyó, pero poco después se nos envió á ese mismo hombre para confesor nuestro extraordinario.

»¡Cuántos obispos hay en los Estados del Papa, que, sabiendo estos desórdenes, han hecho visitas é indagaciones, pero todo en vano, porque los frailes, nuestros confesores, nos amenazan siempre con la excomuni6n si revelamos lo que pasa en el convento!

»¡Pobres criaturas! Piensan ellas dejar el mundo para escapar de sus peligros, y vienen á precipitarse en otros mucho mayores. Nuestros padres nos educaron muy bien, y aquí nos vemos precisadas á olvidar todo cuanto ellos nos enseñaron.»

Página 188:

«No se suponga que todo esto sucede sólo en nuestro convento. Pasa lo mismo en Sta. Lucía, Proto, Pisa, Perugia, etc.

»Conozco muchos casos que os asombraría. Por todas partes existen los mismos desórdenes y los mismos abusos. Digo y repito, que, á pesar de todo cuanto sospechan los superiores, no saben ni la mínima parte de las enormes torpezas que se cometen entre los frailes y los monjas por ellos confesadas. Cada fraile que pasaba en direcci6n al capítulo, pedía á una hermana enferma que se confesase con él, y...!»

Página 119:

»Respecto al padre Bazachini, digo que se portó lo mismo que los demás, permaneciendo dentro del convento hasta las altas horas de la noche para divertirse y permitir los mismos escándalos de costumbre. Su principal amante fué Odaldi, de Santa Lucía, quien acostumbraba enviarle manjares con frecuencia. El también amaba á la hija de nuestro administrador, la cual causaba muchos celos entre nosotras. Además de eso, perdió al pobre Carcellieri, que era sacristán. Los frailes son todos unos con las confesadas. Hace algunos años sucedió que las monjas de S. Vicente, á causa de la pasión extraordinaria que tenían por sus confesores Lupi y Borghiani, se hallaban divididas en dos bandos, de los cuales llamaban uno El Lupe y el otro El Borghiani.

»Quien hizo más impresión fué Donati. Creo que ahora está en Roma. El padre Brandi también estuvo muy en boga, y me parece que hoy es prior de S. Germán. En S. Vicente, que pasa por una orden muy santa, también tienen ellas sus amantes.»

Tristeza me causa y no puedo reproducir otros mayores escándalos que las monjas italianas tienen ya publicados contra sus confesores. Basta, sin embargo, lo que llevo expuesto, para demostrar que la confesión no es otra cosa que una escuela de perdición, aun para la clase que dicen ocupa las mayores alturas en la santidad romana, esto es, los frailes y las monjas.

De Italia pasemos á América y veamos los efectos de la confesión auricular, no ya entre los *santos*

frailes y monjas de la Iglesia romana, sino entre las mujeres de las clases más humildes y los sacerdotes.

En gran número de parroquias tienen los confesores engañadas á sus confesadas, pero me limitaré á mencionar sólo un pueblo.

Cuando yo era párroco de Beauport, fui invitado por el reverendo Proulx, que lo era de S. Antonio, para dar una misión en su parroquia en compañía del reverendo Aubry. Al efecto fueron llamados unos ocho ó diez sacerdotes para ayudarnos en las confesiones.

El primer día, terminados los sermones y las cinco ó seis horas de confesonario, cenamos juntos en casa de nuestro colega, que nos hospedaba. Era, sin embargo evidente, que ninguno de los confesores estaba allí contento. Por mi parte no podía levantar los ojos á mi vecino, y cuando quería hablar, parecíame tener atada la lengua, apretada la garganta y la articulación muerta.

Esto mismo sucedía manifiestamente con los demás confesores. Así que, en vez de alegres y ruidosas observaciones con que sazónábamos otras comidas, apenas pronunciamos algunas palabras insignificantes y aun en tono muy bajo.

El Rdo. Proulx parecía al principio estar igualmente bajo la influencia del mismo sentimiento extraño y triste, que á todos preocupaba. Al principio de la comida habló muy poco; pero luego, levantando la cabeza y encarándose hacia nosotros de una manera resuelta, con su acostumbrada delicadeza y agradable trato, explicóse de esta suerte:

Mis queridos amigos: Veo que están Vds. todos apesadumbrados, y no ignoro la causa de su tribulación; pero confío no llevarán á mal les proporcione algún alivio. Vds. habrán oído en las confesiones la historia de muchos pecados, más no es eso lo que les molesta. Por su experiencia en el confesonario conocen bien las miserias de la naturaleza humana. Por tanto paso sin demora al asunto capital. No es ya un secreto en esta parroquia la excesiva franqueza y pésimo comportamiento que mi antecesor usaba en el confesonario con la mayor parte de las mujeres casadas. De cada diez apenas se veía una libre. No revelaría yo este hecho, si de él tuviese conocimiento sólo por las confesiones, pero como poseo otras informaciones muy ciertas, puedo hablar con franqueza sin quebrantar el sigilo. Ahora bien; lo que tanto impresiona á Vds., es sin duda, que cuando estas mujeres se han confesado, no les habrán expresado el tiempo en que cometieron los pecados á que se referían; y por tanto piensan ustedes que el culpable soy yo. Esto, esto es lo que les tiene tan apenados desde que se han sentado á mi mesa. Yo les suplico, que en la primera ocasión se informen del tiempo transcurrido desde el último caso que cualquier confesada declare referente al confesor, y quedarán Vds. convencidos de que se hallan en casa de un hombre honrado. Pueden mirarme sin miedo; que no soy indigno de su estimación. ¡A Dios gracias no soy yo el confesor criminal!

Apenas había pronunciado esta última palabra

cuando todos exclamamos muy agradecidos: ¡Bien, muy bien! ¡Ha librado V. nuestra conciencia de un peso enorme!

—La verdad es,—añadieron algunos—que á pesar del buen concepto que teníamos de V., abrigábamos cierto temor de que se hubiera extraviado en el camino y caído en el abismo del pecado.

Yo, por mi parte sentíme muy aliviado, libre ya de los recelos y sospechas de mis compañeros. Al día siguiente, muy temprano, cuando principiaban las confesiones, presentóseme una de tantas víctimas del libertinaje del referido párroco, y con muchas lágrimas y palabras entrecortadas por los sollozos, me refirió minuciosamente le que en resumen voy á narrar.

—Yo tenía nueve años, cuando mi primer confesor empezó á cometer conmigo acciones muy torpes siempre que me arrodillaba á sus pies para confesarme. Las primeras veces experimenté mucha vergüenza y repugnancia, pero no tardé á prostituirme hasta el extremo de guardar impaciente la ocasión de verme con él, ya en su casa, ya en la iglesia, ya en la sacristía, ó como sucedía muchas veces por la noche, en un terreno próximo á su casa. Este sacerdote permaneció aquí poco tiempo; fué trasladado con gran pesar mío, y no sé donde murió. Su sucesor parecía al principio un varón muy santo. Hice con él una confesión general con un deseo, que me parecía sincero, de abandonar para siempre una vida tan impropia. Sin embargo, sospecho que mis confesiones fueron otras tantas tentaciones para

aquel buen sacerdote, porque muy pronto después de haber terminado yo la primera, declaróme su amor en el mismo confesonario con palabras tan apasionadas, que no tardó en arrastrarme otra vez por la senda del vicio. Así continué durante seis años hasta que vinieron mis padres á buscarme á esta parroquia. Muy contenta estuve con esta mudanza, confiando en que, separada del confesor, dejaría yo de serle ocasión de pecado y me esforzaría en empezar una vida nueva; pero á la cuarta vez que fuí á confesarme con mi nuevo confesor, me invitó éste á entrar en su habitación, y allí me forzó á cometer acciones tan torpes que no me atrevo á referirlas. Sucedió esto dos días antes de mi casamiento, y la única criatura que tuve, fué fruto de aquella hora vergonzosa. Durante mi matrimonio mantuve las mismas relaciones ilícitas con mi confesor. Era éste muy amigo de mi marido, y teníamos muchas ocasiones de juntarnos, no sólo cuando me iba á confesar, sino mucho más cuando mi marido estaba ausente y mi hija permanecía en el colegio. Yo sabía de cierto que había otras mujeres que pasaban su vida en los mismos pecados y remordimientos que los míos.

Estas relaciones reprobables con mi confesor continuaron hasta que Dios las interrumpió con un verdadero rayo del cielo.

Mi muy amada hija única tuvo que ir á confesarse y recibir la comunión. Como volviese de la iglesia más tarde de lo que yo esperaba, preguntéle cuál era la causa de su demora. Al oírme, se lanzó

en mis brazos, y con gritos convulsivos exclamó:

—Mi querida mamá, no me mandes más á confesarme. ¡Ay! Si supieras lo que me pidió el confesor cuando estuve á sus pies! ¡y lo que me hizo y me obligó á hacer con él, cuando me tuvo sola con él en la sala!

Mi espantada hija no pudo pronunciar más palabras; cayó desmayada en mi pecho.

Tan pronto como recobró sus sentidos, me vestí, y sin perder un solo instante, dirigíme, llena de implacable ira, á la casa parroquial. Antes de salir escondí debajo de mi chal una grande faca de carnicero, bien afilada, con el fin de matar al infame que acababa de seducir á mi pobre hija. Felizmente Dios me quitó tal idea cuando yo iba ya andando. Mis palabras fueron pocas, pero muy duras:

—Usted es un mónstruo—le dije.—¡Después de haberme perdido á mí, quiere perder á mi amada hija, que también es suya! ¡Es V. un sinvergüenzal Venía con esta faca para acabar de una vez con sus infamias, pero este castigo sería demasiado leve para tamaño crimen. Quiero que V. viva teniendo presente que lo mismo yo que otras muchas personas le conocemos como uno de los más infames mónstruos que corrompen al mundo. Y sepa que, si antes de terminar esta semana, no se retira de aquí, voy á revelarlo todo á mi marido; y puede V. estar cierto de que él no le dará más de veinticuatro horas de vida, porque está bien persuadido que es el padre de nuestra hija y ha de vengar su honra. Hoy mismo voy á verme con el Obispo, para que

eche á V. de esta parroquia, tan vilmente deshonrada por su infame conducta.

El sacerdote se arrojó á mis piés, y llorando me pidió perdón, y me rogó que no le denunciase al Obispo, prometiendo enmendarse y vivir como buen eclesiástico. Sin embargo, yo permanecí inexorable.

Me presenté al Obispo, y le advertí las consecuencias que iban á seguirse, si persistía en dejar allí aquel párroco, á lo cual parecía inclinado. No había terminado la semana cuando el cura fué trasladado á otra parroquia no muy distante.

El lector deseará sin duda saber el resto de la historia de ese sacerdote. Pues quedó como párroco en esa hermosa feligresía de Beaumont, y sé de ciencia cierta que continuó seduciendo á sus confesadas hasta pocos años antes de su muerte, teniendo la reputación de buen sacerdote, hombre apreciable y confesor santo!

.

—«Porque ya está obrando el misterio de iniquidad: solamente espera hasta que sea quitado de medio el que ahora impide.

»Y entonces será manifestado aquel inícuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.

»Aquel inícuo, cuyo advenimiento es según operación de Satanás con grande potencia y señales, y milagros mentirosos.

»Y con todo engaño de iniquidad, obrando en los

que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.

»Por tanto, pues, les envía Dios operación de error para que crean á la mentira.

»Para que sean condenados todos los que no creyeron á la verdad, antes consintieron á la iniquidad. (II.^a á los Tesalonicenses, II, T. 12)».

VII

¿Deberá ser tolerada la confesión en las naciones civilizadas?

Los lectores que sepan latín, deben leer los párrafos indicados del obispo Kenrick, Debreyne, Burchard, Dens y Ligorio, y los más incrédulos se convencerán de que el mundo, jamás vió cosa más indigna ni degradante que la confesión auricular.

Afirman que la confesión auricular purifica el alma, no es menos absurdo y ridículo que decir que un vestido blanco ó una azucena se volverán más blancos después de sumergirlos en tinta negra.

¿No es verdad que esos célibes del Papa, por el solo estudio que precede á su entrada en el confesionario, corrompen ya su propio corazón y manchan su pensamiento, su memoria y su alma en un ambiente que ni el pueblo de Sodoma hubiera tolerado?

Preguntamos, no sólo en nombre de la religión, sino del sentido común: ¿Cómo es posible que ese hombre, cuya memoria y corazón se han convertido en depósitos de las más groseras impurezas que jamás conoció el mundo, sea capaz de ayudar á los otros para que sean castos y puros?

Los idólatras de la India creen que se purifican de sus pecados bebiendo el agua con que acaban de lavarse los pies sus sacerdotes. ¡Qué doctrina tan monstruosa! ¡Las almas purificadas por el agua que lavó los pies de un miserable pecador! ¿Habrá religión más irracional y diabólica que la de Brahma?

Sí; hay una religión todavía más monstruosa, más engañadora y más inmoral que aquella. Es la que enseña, que el alma humana es purificada por unas palabras mágicas, conocidas con el nombre de absolución, y pronunciadas por un miserable pecador, cuyo espíritu y entendimiento están colmados de las indecibles asquerosidades, enseñadas por Dens, Ligorio, Debreyne, Kenrick, en efecto: Es indudable, que si el alma del pobre indio no se purifica por el agua *santa* que tocó los pies de su sacerdote, tampoco resultará manchada por aquel líquido; pero ¿quién no comprenderá que la bebida espiritual, dada por el confesor en la forma de preguntas, mancha y perjudica al alma?

¿Quién no siente la más profunda compasión hacia aquellos pobres idólatras del indostán, que imaginan asegurarse un feliz tránsito á mejor vida si tienen la fortuna de morir agarrados á la cola de una vaca? Pero hay personas entre nosotros todavía más dignas de lástima, y son todas cuantas esperan ser libres de sus pecados, y felices para siempre, mediante aquellas palabras mágicas de la absolución, que pronuncian los labios impuros de un pecador enviado por el Papa de Roma. La cola inmunda

de una vaca y la fórmula mágica del confesor, para quitar el pecado del mundo, son igualmente invenciones de Satanás. Una y otra idea provienen de él, puesto que para salvar á los hijos culpados de Adán, sustituyen la sangre de Cristo por la mediación de criaturas despreciables. Indios y católicos ignoran que sólo la sangre del Cordero de Dios nos limpia de todo pecado.

La confesión auricular es un acto público de idolatría. En aquélla pídese á un hombre lo que sólo Dios puede conceder: El perdón de los pecados. El Salvador del mundo ¿dijo alguna vez á los pecadores: «Id con este ó aquel hombre para que os dé el arrepentimiento, el perdón y la paz?». No por cierto; pero mandó á todos los pecadores: «Venid á mí». Y desde aquel día hasta el fin del mundo los ecos del cielo y de la tierra repetirán siempre estas palabras del misericordioso Salvador á los oídos de los descendientes de Adán: «*Venid á mí*».

Cuando Cristo dió á sus discípulos el poder de las llaves por estas palabras: «Todo cuanto vosotros ligaréis en la tierra, ligado también quedará en el cielo; y todo cuanto vosotros desataréis en la tierra, desatado también quedará en el cielo», (1) acababa de explicar su idea expresada en estos términos: «Si tu hermano pecare contra tí...» (v. 15). El mismo Hijo de Dios protestó contra esa estúpida impostura de Roma, diciéndonos de la manera

(1) Mateo, XVIII, 18.

más clara, que, ese poder de ligar y desligar, de perdonar y retener, se limitaba á los pecados que cometemos *unos contra otros*. Pedro comprendió perfectamente el sentido de las palabras pronunciadas por el divino maestro, y por eso le preguntó luego: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré á mi hermano que pecare contra mí?».

Y para que sus verdaderos discípulos no fuesen perturbados ni engañados por los sofismas de Roma, ó por las pretensiones ruidosas de los ritualistas, el misericordioso Salvador nos legó la parábola del pobre siervo, terminando con las palabras que El tantas veces repetía: «Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonaréis de vuestros corazones cada uno á su hermano sus ofensas» (1).

Poco antes había igualmente manifestado su voluntad respecto á la obligación y al *poder* que cada uno de sus discípulos tenía de perdonar pecados, diciendo. «Porque, si perdonáreis á los hombres sus ofensas, os perdonará también á vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no perdonaréis á los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (2).—«Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.... Perdonad y seréis perdonados (3).

La confesión auricular, como el Dr. Wainwright

(1) Mateo, xviii, 35.

(2) Mat. vi, 14 y 15.

(3) Lucas, vi, 36 y 37.

ha demostrado de la manera más elocuente en su obra titulada: «La Confesión no es Auricular», es una caricatura del perdón de los pecados concedido en virtud de la sangre de Cristo, así como el impío dogma de la transubstanciación es una caricatura monstruosa de la salvación del mundo por la muerte en la cruz.

La iglesia romana da mucha importancia, en apoyo de la confesión, á las palabras de Jesucristo por Juan: «A los que remitieréis los pecados, les son remitidos: á quienes los retuviéreis, serán retenidos». (Juan, xx, 23). Pero el mismo Salvador explicó el sentido de aquella frase y de las palabras «remitir» y «retener», como puede verse en Mateo, xviii. 35, y vi. 14, 15; y en Lucas, vi. 36, 37.

Unicamente dejarán de comprenderlo los que cierran sus ojos con obstinación á la luz clarísima de la verdad revelada. Por otra parte, el Espíritu Santo se ha dignado apercibirnos contra las tradiciones vanas de los hombres respecto á este asunto tan importante, dándonos por el evangelista Lucas la explicación más cumplida de aquel pasaje que se hallan en Juan, xx, 23, y diciéndonos: «Así está escrito, y así fué necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados, comenzando en Jerusalén». (Luc. xxiv, 46, 47).

LUCAS XXIV

33. Y levantándose en la misma hora, tornáronse á Jerusalén, y hallaron á los Once reunidos y á los que estaban con ellos.

34. Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente y ha aparecido á Simón.

36. Y entretanto que ellos hablaban estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz sea á vosotros.

37. Entonces ellos espantados, y asombrados, pensaban que veían algún espíritu.

38. Mas él les dice: ¿Por qué estáis turbados y suben pensamientos á vuestros corazones?

39. Mirad mis manos, y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved: que el espíritu ni tiene carne ni huesos, como véis que yo tengo.

40. Y en diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

JUAN XX

18. Fué María Magdalena dando las nuevas á los discípulos que había visto al Señor y le había dicho estas cosas.

19 Y como fué tarde aquel día, el primero de la semana, y estando las puertas cerradas, donde los discípulos estaban juntos, por medio de los judíos vino Jesús, y púsose en medio y díjoles: Paz á vosotros.

20. Y como hubo dicho esto, mostróles las manos y el costado. Y los discípulos se gozaron viendo al Señor.

41. Y no creyéndolo aún ellos de gozo y maravillados, díjoles: ¿Tenéis aquí algo de comer?

42. Entonces ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel.

43. Y él tomó y comió delante de ellos.

44. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: Que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos.

45. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras.

46. Y díjoles: Así está escrito y así fué necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día;

47. Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando en Jerusalén.

21. Entonces les dijo Jesús otra vez: Paz á vosotros: como me envió el Padre, así también yo os envío.

22. Y como hubo dicho esto, sopló y díjoles: Tomad el Espíritu Santo.

23. A los que remitiéreis los pecados, les son remitidos: á quienes los retuviéreis, serán retenidos.

Comparando las narraciones de Lucas y de Juan, son evidentes tres cosas, á saber:

1.º Hablan del mismo acontecimiento, dando, sin embargo el uno ciertos pormenores omitidos por el otro; como acontece con los demás evangelios.

2.º Las palabras citadas por Juan: «A los que remitiéreis los pecados, les son remitidos, á quienes los retuviéreis serán retenidos», las explicó el Espíritu Santo por Lucas, en el sentido de que los Apóstoles deberían implorar el arrepentimiento y el perdón de los pecados por Cristo. Y lo mismo precisamente es lo que dijo el Salvador por Mateo, cap. IX, vers. 13: «Andad, pues, y aprended qué cosa es; misericordia quiero y no sacrificio; porque no he venido á llamar justos, sino pecadores á arrepentimiento».

Es la misma doctrina que fué anunciada por Pedro en el libro de los Hechos, cap. II, 38: «Y Pedro les dice: Arrepentíos, y bautícase cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo».

Esta es la misma doctrina sobre el perdón de los pecados, no por la confesión auricular y la absolución sacerdotal, sino por la predicación de la Palabra de Dios: «Séaos, pues notorio, varones hermanos, que por éste os es anunciada remisión de pecados. (Hechos XIII, 38.)

3.º El tercer punto que aparece de manifiesto es, cuando Cristo presentóse y habló á sus discípulos, éstos no estaban solos, sino que se hallaban con ellos otros, además de los once, como también algunas mujeres.

Si la Iglesia romana pudiese, por tanto, probar

que Cristo, por lo que dijo en aquella hora solemne, intentó establecer la confesión auricular, y concedió la facultad de absolver, probaría al mismo tiempo que no los hombres solos, sino igualmente las mujeres, como cualquier otro creyente en Cristo, estaría autorizado para oír confesiones y dar la absolución. El Espíritu Santo no fué prometido ni concedido exclusivamente á los Apóstoles, sino á todos los creyentes, según puede verse en los Hechos, capítulo I, vers. 15, y con el II, vers. 1 al 3.

El Evangelio de Cristo, entretanto, y la historia de los diez primeros siglos del cristianismo, testifican, que la confesión auricular y la absolución sacerdotal no son más que una estupenda y sacrílega impostura.

¡Qué esfuerzos tan violentos han hecho los sacerdotes romanos durante los cinco últimos siglos y continúan haciendo todavía, sólo con el fin de obligar á creer á sus prosélitos que el Hijo de Dios los constituyó sacerdotes y los elevó á una categoría privilegiada con poderes divinos y exclusivos para abrir y cerrar las puertas del Cielo, sin que aleguen otro fundamento que aquellas palabras: «Todo lo que ligáreis en la Tierra, será ligado en el Cielo, y todo lo que desatáreis en la Tierra, desatado quedará en el Cielo!» (Mat. XVIII, 18). Sin embargo, previendo claramente nuestro bendito Salvador esta ambición del clero romano, destruyó por completo la base sobre la cual desearían edificar, y al efecto añadió en seguida: «Otra vez os digo, que si dos de vosotros se convinieren en la Tierra de toda cosa

que pidieren, les será hecho por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en nombre de ellos» (vers. 19, 20).

¿Osaría el clero romano afirmar que las palabras de estos dos últimos versículos son dirigidas exclusivamente á ellos? No lo creemos. Saben muy bien que Jesucristo hablaba en aquel instante á todos sus discípulos; pero el Salvador dijo muy claro que las otras palabras, que parecen conferir la facultad de oír confesiones y dar la absolución, *fueron dirigidas á las mismísimas personas*. «Otra vez os digo», etc., etc. Ese *os* del versículo 19 es lo mismo que el *os* del 18. El poder, pues, de ligar y desligar fué concedido á todos cuantos reciben una ofensa y tienen que perdonar. Luego nuestro divino Salvador no tuvo la más remota idea de establecer una clase privilegiada de hombres revestidos de asombrosa autoridad sobre sus demás discípulos. Los sacerdotes romanos son, por consiguiente, unos impostores, ni más ni menos, cuando afirman que á ellos solos exclusivamente les fué concedido el poder de ligar y desligar pecados.

En vez de buscar un confesor, acuda el cristiano al Dios misericordioso, por medio de Cristo, y dígame: «Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos á nuestros deudores». Esta es la Verdad; no como viene del Vaticano, sino como descende del Calvario, donde fueron saldadas todas nuestras deudas, con la única condición de arrepentirnos, de creer y de amar.

¿No es cierto que los papas han anatematizado públicamente y en muchas ocasiones el sagrado principio de la libertad de conciencia? ¿No tienen dicho ellos con el mayor descaro y á la faz de las naciones europeas que la libertad de conciencia debe ser destruída, cueste lo que cueste? ¿Y cuál es el patíbulo en que debe ser muerta esa libertad? Es el confesonario. Allí tiene el Papa sus cien mil verdugos, y allí, día y noche, con puñales afilados hacen lo posible para matar á su víctima.

En vano arrojará la noble Francia sus antiguos tiranos para rēcobrar su libertad perdida, y en vano derramará su sangre más pura para mantenerla. La verdadera libertad no existirá un solo día mientras los verdugos del Papa dispongan de sus cien mil patíbulos.

La hidalga España proclamará inutilmente esa misma libertad para que sea ésta el principio de su nueva vida; la libertad no puede entrar allí sino para sufrir muerte ignominiosa, por cuanto esa nación está sembrada de confesonarios. Y la libre América cuyas libertades costaron tanto, las vería destruídas desde el momento en que se generalizase el confesonario.

La confesión auricular y la libertad no pueden ocupar un mismo sitio; una ú otra han de ceder necesariamenie.

La libertad debe concluir con los confesonarios como lo hace la esclavitud; de lo contrario sucumbirá sin remedio.

No hay pueblo que más respete la libertad de

conciencia que América, pero América no consintió que José Smith y Brinham Young corrompiesen á la mujer americana bajo el pretexto de libertad de conciencia, estableciendo el *mormonismo*. El primero pereció defendiendo esa institución degradante, y el segundo vióse obligado á ir por los desiertos del extremo Occidente con las treinta mujeres que tenía embaucadas; pero ni aun allí logró disfrutar del descanso que apetecía.

¿Y quién condenará al pueblo americano por haber intentado librar á la mujer de aquella nueva esclavitud? Nadie por cierto.

¿Qué otra cosa es el confesonario sino una forma de *mormonismo*? ¿Qué es el confesor sino un feliz Brigham Young?

Yo no aspiro á que nadie acepte mis propias afirmaciones. Lo que yo deseo y pido á todos mis lectores, es que lean las encíclicas de los Píos, de los Gregorios y de otros muchos papas, tituladas: «*Del Sollicitantibus*». En ellas verán con sus propios ojos y por no sospechosas declaraciones, que el confesor tiene á sus órdenes muchas más mujeres de las que tenían los maestros del *mormonismo*.

Léanse las memorias del obispo Escipión de Ricci, uno de los hombres más venerables de la iglesia romana, y se verá como los confesores tienen más libertad con las penitentas, siquiera sean monjas, de la que tienen los maridos con sus propias esposas. Medítese lo que ha escrito Enriqueta Carracciolo, de las más nobles princesas de Italia, y desde luego se comprenderá que los *mormones*

respetan mucho más á la mujer que el sacerdote confesor. Bastaría leer la experiencia de la ex-monja Edith O' Gorman para saber la manera como en los confesonarios se ultrajan las leyes de Dios y de los hombres por medio del confesonario. Ella vive todavía. Que sean consultadas ambas señoras por cuantos quieran cerciorarse (1). Oigan además las quejas del cardenal Baronio, de S. Bernardo, de Savonarola, de los Píos y Gregorios, de Sta. Teresa, y de S. Ligorio sobre las ruínas morales esparcidas por todos los países que los confesores han devastado, y se convencerán de que con dificultad hubieran tolerado el confesonario las ciudades de Sodoma y Gomorra. Pregunten á los legisladores, á los padres y á los maridos en todas las naciones, á los sacerdotes Gavazzi, Grassi, y otros mil que, como yo, han logrado emanciparse de ese Egipto eclesiástico y ellos confirmarán todo cuanto llevo dicho sobre este asunto. Estudiad por fin la historia de Inglaterra, Francia, Italia, España, etc., y veréis como los historiadores más serios y acreditados tuvieron que ocultar por vergüenza ciertos hechos relacionados con el confesonario, que hubieran podido referir.

Ahora bien; en presencia de hechos tan públicos, tan tristes y tan indudables ¿no está imponiéndose á las naciones civilizadas un deber sacratísimo? ¿No es ya tiempo de que los hijos de la luz, los verdaderos discípulos del Evangelio, se unan en todo el

(1) En efecto, ambas señoras vivían, cuando el Autor escribió esta obra.—*El Traductor.*

mundo, y bajo el estandarte de Cristo marchen resueltos á la emancipación de la mujer?

Cumplamos, pues, ese deber, y no descansemos hasta que las naciones reunidas puedan cantar con júbilo: *«Ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad, porque ella ha dado á beber á todas las naciones del vino del furor de su fornicación»*. (Apoc. XIV, 8).

VIII

¿La confesión auricular da paz al alma?

Ligar la idea de paz á la confesión auricular es á la verdad, la más cruel ironía que se ha dicho.

Sería menos falso y menos ridículo hablar del sosiego del mar y del viento en medio de un furioso temporal, que describir la paz del alma en el acto de la confesión ó después de ella. Me consta muy bien. Los confesores y quienes los defienden dirán tal vez: «Paz, paz». Pero el Dios de la verdad y de la santidad contesta: «No hay paz para el impío».

Nadie podrá expresar nunca la ansiedad y desasosiego que el alma experimenta antes de confesarse, sin su consternación mientras se confiesa, ni sus terrores y dudas después de haberse confesado. Referiré mi primera experiencia en este asunto, que

es la misma de cuantos se confiesan, y ella será una gran prueba de lo que afirmo.

En el año 1819 mis padres enviáronme de Bahía de Murray, donde residían, á un excelente colegio en Sto. Tomás. Tenía yo nueve años de edad aproximadamente, y fui á morar en casa de un tío que á pesar de ser católico romano, no estaba muy conforme con las disposiciones del párroco. Mi tía era tenida por muy devota. El director del colegio, don Juan Jones, inglés instruído, *era protestante*.

Esta última circunstancia excitó tanto la ira del párroco contra el maestro y sus numerosos alumnos, que muchas veces nos denunciaba desde el púlpito con palabras muy duras. Sin embargo, si nosotros no éramos de su gusto, también le pagábamos con la misma moneda.

Pasemos ahora á mi primera lección en el confesonario. Aquellos que no tienen experiencia de estos casos, no son capaces de comprender el terror y la aflicción de una pobre criatura cuando oye al párroco en el púlpito pronunciar con tono solemne estas ó parecidas palabras:

«Esta semana es necesario que enviéis á vuestros hijos para que se confiesen. Os advierto que es éste uno de los más importantes actos de su vida, el cual decidirá de su salvación ó condenación eterna. Padres, madres y tutores de esas criaturas, guardaos de que si vuestros hijos hicieran una confesión falsa, no confesándolo todo al sacerdote que está en lugar de Dios, el pecado que así cometen, muchas veces no tiene remedio; el diablo se apodera de

sus corazones, mentirán al confesor ó más bien á Jesucristo, de quien él es representante; y su vida será una serie de sacrilegios, y su muerte y destino eterno el mismo de los condenados. Enseñadles pues á examinar minuciosamente todos sus actos, sus acciones, para que lo confiesen todo, tal como sucedió y sin disfraz alguno.»

Estaba yo en la iglesia de Santo Tomás, cuando estas palabras me causaron el efecto de un rayo.

Había oído decir muchas veces á mi madre, y á mi tía, desde que llegué á Santo Tomás, que de mi primera comunión dependía mi felicidad ó mi ruína eterna. ¡Por tanto aquella semana debía decidirse el gran problema de mi eternidad!

Pálido y asustado salí de la iglesia al terminarse la función, regresando á casa de mis parientes. Sentéme á la mesa, pero no me fué posible comer. ¡Tal era la inquietud de mi espíritu! Me retiré al cuarto á fin de comenzar el examen de conciencia y recordar todos mis pecados de pensamiento, palabra y obra.

A pesar de tener poco más de nueve años de edad, era para mí esta tarea muy penosa. Me arrodillé, y pedí á la Virgen que me ayudase; pero como estaba preocupado por el temor de olvidar alguna cosa y hacer mala confesión recé las oraciones sin la más mínima atención á las palabras que balbuceaba. El caso se agravó cuando empecé á contar mis pecados. Mi memoria, que por cierto era buena, quedó confusa; sentí vértigos; mi corazón latía con una rapidez espantosa, y el sudor inunda-

ba mi rostro. Después de mucho tiempo pasado en estos esfuerzos penosos, principié á desesperarme por el temor de que no me sería posible recordarme de todo con exactitud y confesar cada pecado tal como los había cometido.

En la noche siguiente casi no dormí, y cuando cogí el sueño, éste no merecía tal nombre; era más bien un delirio sofocante. Soñé que había sido lanzado en el infierno por no haber confesado todos mis pecados al sacerdote. Al siguiente día me desperté cansado y aterrado á causa de los fantasmas y terribles emociones de la noche pasada. Víctima de tan penosas aflicciones, pasé los tres días que precedieron á mi primera confesión.

Tenía yo siempre delante de mí el severo semblante de aquel sacerdote que jamás me había dispensando una sonrisa. El sólo estaba presente en mi imaginación durante el día, y él sólo era el objeto temible de mis sueños durante la noche, representándoseme como el ministro de un Dios airado y justamente indignado por mis pecados. Verdad es que me había prometido el perdón si hacía una confesión perfecta; pero también me había indicado mi lugar en el infierno, si no me confesaba debidamente.

Ahora bien; mi conciencia me decía, que las probabilidades de que mi confesión sería imperfecta, estaban en razón de noventa y nueve contra una, ya porque omitiría algún pecado por descuido, ya porque no tendría aquel dolor suficiente de que

tanto me habían hablado, pero cuya naturaleza y efectos eran para mí un caos verdadero.

Por fin llegó el día de mi confesión, ó más bien, de mi juicio y condenación. Presentéme pues al párroco, el Rdo. Beaubien. Tenía éste el defecto de tartamudear, y por eso nos reíamos muchas veces. Y como la naturaleza me había por desgracia dotado de una gran facilidad de imitación, la flaqueza de este pobre sacerdote me proporcionaba buena ocasión para practicar mi talento. Además, no sólo acostumbraba yo á imitarle entre mis condiscípulos, quienes me correspondían con estrepitosas carcajadas, sino que también era invitado á predicar algunos de sus sermones delante de sus adultos con igual éxito. Muchos, hasta venían de lejos, únicamente por tener el gusto de oirme, y algunas veces llegaban á recompensarme con dulces.

Este género de parodia entraba, naturalmente, en la cuenta de mis pecados, y fuéme preciso examinar el número de veces que yo había escarnecido al sacerdote. Esta circunstancia no venía por cierto á facilitar mi primera confesión.

Finalmente llegó el temido momento, y me arrodillé por primera vez al lado de mi confesor. Todo mi cuerpo temblaba y pronuncié la oración preparatoria sin saber lo que me decía á causa del miedo que me dominaba.

Por las instrucciones que habíamos previamente recibido, llegamos á creer que un sacerdote es verdadero representante y aun casi la personificación de Jesucristo. En consecuencia de esta convicción,

entendía yo que mi mayor pecado era el haber escarnecido al cura; y como me habían enseñado que, al confesarse, es mejor empezar por los pecados más graves, hícelo así, diciendo:

—Padre, me acuso de haberme burlado de un sacerdote.

Apenas acabé de pronunciar estas palabras, volvióse hacia mí aquel pretendido representante de mi Jesús, y fijando su vista en mi rostro, como para conocerme mejor, me preguntó de repente:

—¿Quién fué ese sacerdote del cual fte burlaste, pillete?

Hubiera yo preferido me cortasen la lengua antes que decirlo en su cara. Por este motivo, me callé breves momentos; pero mi silencio le puso más nervioso, de modo que en tono altivo insistió en su pregunta:

—¿Quién fué ese sacerdote del cual te burlaste, pillete?

No tuve más remedio que contestar. Felizmente pude animarme en presencia de su altivez, y sintiéndome con más valor, le respondí:

—Fué usted, señor.

—¿Y cuántas veces te atreviste á escarnecerme? volvió á preguntar con energía.

—He tratado de averiguar las veces, pero inútilmente.

—Es preciso que me digas cuántas veces; porque escarnecer á un párroco es un pecado muy grande.

—Me es imposible precisar el número de veces—, repliqué.

—Pues bien; voy á ayudarte con preguntas. Dime la verdad. ¿Me escarneciste más de diez veces?

—Muchas más.

—¿Cincuenta veces?

—¡Oh, muchas más!

—¿Cien veces?

—Digamos quinientas veces, aunque no lleguen á este número exacto.

—Entonces, ¿tu pasas todo el tiempo burlándote de mí?

—Todo el tiempo no; pero desgraciadamente lo he hecho muchas veces.

—Bien puedes decir desgraciadamente; porque burlarte de tu párroco, que está en lugar de Jesucristo, es un pecado enorme y una gran desgracia para tí. Pero, dime, pequeño, ¿por qué me tratas así?

En mi examen de conciencia no preví que se me obligaría á dar razones de mi conducta, y quedé asombrado ante aquella exigencia. Sin atreverme á responder, permanecí mudo y vencido por la vergüenza mucho rato; pero el sacerdote, importunándose con su terquedad, me instaba á que le declarase la causa de mis burlas, y amenazaba que perdería mi alma si no le decía toda la verdad. Así es, que me resolví á responderle, diciendo:

—Fué por muchas causas.

—Veamos la primera.

—La primera fué porque usted tartamudea. Entre los estudiantes y otras personas, imitamos á veces sus defectos para reirnos.

—¿Y qué otros motivos tuviste para burlarte?

A esta pregunta siguió otro intervalo de silencio. Cuando quería yo hablar, me faltaba el valor; pero el sacerdote seguía insistiendo. Al fin le dije:

—Corre el rumor de que á usted le gustan las muchachas, y que suele visitar á las jóvenes Richards casi todas las noches, y eso nos hace reir muchas veces.

El pobre sacerdote quedó abismado con mi respuesta, y cambiando luego de acento, me preguntó:

—¿Qué otros pecados tienes?

Comencé á confesarlos según me venían á la memoria; pero el sentimiento de vergüenza que me aterraba en el acto de manifestar mis pecados á aquel hombre, era mil veces más intenso del que tenía por haberle ofendido. Realmente, esa vergüenza humana, que absorbía todos mis pensamientos y todo mi ser, no dejaba lugar á sentimiento alguno religioso; y estoy cierto que lo mismo sucede á todos cuantos van á confesarse.

Luego que acabé de confesar los pecados de que me acordaba, empezó el sacerdote á dirigirme preguntas curiosísimas sobre asuntos que aquí no puedo mencionar. Sólo diré que respondí:

—Padre, no entiendo lo que me pregunta.

—Te pregunto—me dijo él—sobre los pecados contra el sexto mandamiento (*). Confésalo todo, hijo mío; porque si callas alguna cosa, por culpa tuya irás á parar en el infierno.

Y en seguida, arrastró mi alma por regiones de

(*) En la Biblia es el séptimo.

iniquidad que hasta aquel entonces, gracias á Dios, me habían sido completamente desconocidas.

Entretanto, seguía yo contestándole:—No entiendo—, ó —Jamás hice maldades semejantes.

Pasaba luego á materias secundarias; pero con la mayor astucia volvía á lo primero, esto es, á los pecados contra dicho mandamiento.

Fueron tales sus preguntas que me causaban asco. Yo me había juntado algunas veces con perversos compañeros, pero nunca me habían ofendido moralmente estos, como lo estaban haciendo aquel sacerdote. Nunca me presentaron aquellos ni la sombra de las cosas que el confesor me descubría con realismo asqueroso. En vano le decía yo que jamás había caído en semejantes pecados, que no entendía sus preguntas; él hacíase sordo á mis negaciones.

Cual buitre que persiste en despedazar á su víctima indefensa, aquel sacerdote sin entrañas parecía resuelto á manchar y pervertir mi corazón.

Por fin hízome una pregunta, formulada en tan atroz lenguaje, que me colmó de horror. Impulsado entonces por la indignación, exclamé con voz alta, de manera que muchos me oyeron:

—Señor: Ruín soy, pero nunca cometí iniquidad tan grande. Haga el favor de no preguntarme esas cosas, porque está V. enseñándome maldades que jamás había oído.

Lo demás de mi confesión duró muy poco. Aquella especie de corrección que mis respuestas dieron al sacerdote, causáronle también vergüenza, y creo

que le asustaron. Por eso acabó de preguntar, y se limitó á darme algunos buenos consejos, que tal vez me hubieran sido provechosos, si la perturbación producida en mi alma por sus preguntas, no me hubiese impedido prestarle atención alguna. Me impuso una pequeña penitencia y despidióme.

Indignado y confuso me fuí de aquel confesionario, sin atreverme á levantar la vista del suelo por la vergüenza de lo que acababa de oír. Me retiré á un rincón de la iglesia á fin de cumplir la penitencia impuesta, la cual consistía en rezar ciertas oraciones prescritas. Allí permanecí mucho tiempo. Necesitaba sosiego después de la terrible agitación que acababa de sufrir. Sin embargo, en vano procuré que mi espíritu descansara. La impresión de cuanto acababa de oír fué tan intensa, que me eché á llorar con la mayor amargura.

Salí de la iglesia cuando ya la noche me precisó á ello, y regresé á casa de mi tío con el temor y la inquietud de espíritu propio de quien ha cometido un crimen y teme ser descubierto. Pero mi confusión creció cuando mi tío, bromeando, me dijo:

—Ya te has confesado, espero que ahora serás un buen muchacho! pero si no eres mejor, á lo menos serás más instruído, es decir, si tu confesor te ha enseñado lo que yo aprendí del mío, cuando hice mi primera comunión.

Por vergüenza no le respondí ni una palabra. Luego me dijo mi tía:

—Debes de creerte feliz, ya que has hecho tu confesión; ¿no es verdad?

Le dí una respuesta evasiva, aunque sin poder ocultar mi confusión; luego me fuí á descansar, pero me costó mucho conciliar mi sueño. Estaba yo creído de haber sido el único sometido por el sacerdote al interrogatorio, pero fué muy grande mi sorpresa cuando al día siguiente, en el colegio, supe que mis condiscípulos no habían sido más felices que yo, aunque con esta diferencia. Ellos en vez de estar tristes, comentaban con mucha gracia lo sucedido.

—¿Te preguntó el Cura esto y el otro?—me decían con grandes risas.

—Mi contestación fué sólo:

—¿No sería mejor hablar de otras cosas y no de eso?

—¡Vaya, hombre, que escrupuloso te has vuelto! —Así se burlaban de mí.—Si el Cura no peca hablándonos de estas cosas, ¿cómo hemos de pecar nosotros, riéndonos de ellas? Este argumento tan lógico me confundió y dejéme sin respuesta. Pero mi confusión subió de punto al saber luego, que las alumnas del colegio habían pasado por el mismo interrogatorio escandaloso. Aunque la distancia que nos separaba de ellas era un obstáculo para que pudiéramos oír perfectamente lo que ellas se estaban refiriendo, sin embargo percibimos muchas cosas que mejor hubiera sido no oírlas. Algunas de aquellas jóvenes estaban tristes y pensativas; otras reían á carcajadas repitiendo lo que habían oído en el confesonario.

En cuanto á mí era grande la indignación que conservaba contra el párroco porque me pareció

debía ser éste un gran malvado; ya que nos sometió á interrogatorios tan repugnantes; pero este concepto mío sobre el Cura era erróneo. Aquel Cura era honrado, y cumplía con su deber, según comprendí más tarde al estudiar la teología romana. El reverendo Beaubieu era todo un caballero, y estoy muy convencido de que, si él hubiera podido seguir el dictámen de su propia conciencia, jamás osara corromper nuestros corazones con ideas tan impuras. Pero ¿de qué aprovecha la más recta conciencia de un sacerdote si no puede hablar desde el momento en que aquel entra en el confesonario? El sacerdote romano es un autómeta ligado de pies y manos con la más fuerte cadena. Puede moverse, andar á derecha y á izquierda; puede pensar y obrar, pero siempre con la precisa condición de obedecer ciegamente al dios infalible de Roma. El sacerdote conoce la voluntad de esta divinidad moderna por los emisarios que ésta tiene, ó sea por los teólogos. Confieso, aunque con gran vergüenza, que yo también me ví obligado á dirigir aquellas preguntas detestables así á jóvenes como á ancianos, á quienes enseñaba las doctrinas diabólicas del confesonario.

Sucedió más tarde que aquel mismo Cura fué asaltado y azotado en una noche oscurísima en que volvía de visitar á sus predilectas confesadas, las señoritas Richards. Al día siguiente, habiéndose reunido los conjurados en casa del Dr. Esteban Taché, para hacer una relación á la sociedad semi-secreta, á la cual pertenecían, fué yo invitado por

mi joven amigo Luis Casault, (*) para escondernos en una sala contigua, desde donde podíamos oírlo todo sin ser vistos. Entre los antiguos manuscritos de mis recuerdos juveniles hallo el siguiente discurso del señor Dubord, uno de los principales comerciantes de Santo Tomás:

«Señor Presidente: No fui yo del número de aquellos que con la voz elocuente del látigo expresaron al párroco el sentimiento público, aunque bien hubiera querido hallarme entre ellos. De cierto les hubiera ayudado con mucho gusto á dar aquella bien merecida lección á los confesores del Canadá, excitado por las siguientes razones:

«Mi hija, que apenas tiene doce años, fué hace algún tiempo, á confesarse, como acostumbran las demás jóvenes del pueblo. Advierto que lo hizo contra mi voluntad, pues tengo experiencia de que la confesión es la más denigrante acción de nuestra vida. No es posible imaginar nada más á propósito para destruir la dignidad humana, que esa invención moderna del confesonario. Ahora bien, ¿para qué vale una persona sin dignidad propia, especialmente una mujer? Perdiendo esa dignidad y ese respeto ¿no lo pierdo todo?

»En el confesonario reina la corrupción más espantosa. Allí queda pervertida la joven en sus pensamientos, en sus palabras y en su corazón. ¿Tendré necesidad de probar ésta mi afirmación? De cierto que no, porque á pesar de que habéis aban-

(*) Falleció muchos años después, siendo director de la universidad de Lavcl.

donado, tiempo hace, la confesión auricular, como acto indigno del hombre, no por eso habéis olvidado las lecciones en ella recibidas. En vuestras almas quedarán aquellas lecciones grabadas, como quedan en la frente del esclavo las cicatrices del hierro con que se quiso perpetuar su esclavitud y su vergüenza.

»El confesonario es el lugar donde nuestras esposas é hijas oyen cosas que escandalizarían á las mujeres más perdidas de las grandes ciudades.

»¿Cuál será la causa de que todas las naciones católicas son inferiores á las protestantes. Nadie será capaz de hallar la solución de este problema sino en el confesonario. ¿Y por qué la decadencia de las naciones católicas corresponde siempre á la medida de su sumisión al sacerdocio? ¿Por qué, cuantas más personas de esas mismas naciones frecuentan el confesonario, tanto más rápidamente descienden éstas en el orden intelectual y moral? Un ejemplo deplorable de la depravación causada por las confesiones, acaba de suceder en el seno de mi familia.

Ya he dicho que yo era contrario á la idea de confesarse mi hija, pero su pobre madre, por desgracia demasiado sometida al Párroco, ansiaba el momento en que la niña se confesara, y para evitar cuestiones, acabé por ceder á las lágrimas de mi mujer.

»Al día siguiente, pensando ellas que yo había salido, siendo así que permanecía oculto en mi escritorio, con la puerta medio abierta, de modo que po-

día oír todo cuanto decían, oíles la siguiente conversación:

—Lucía, ¿por qué te veo tan triste después de haberte confesado? Me parece que hoy debieras considerarte muy feliz por tan grande privilegio.

Mi hija no respondió palabra, guardando absoluto silencio. Pasados algunos minutos, prosiguió la madre:

—¿Por qué lloras, Lucía? ¿Estás incomodada?

La niña continuaba llorando. Podéis imaginar cómo escucharía yo, teniendo mis sospechas sobre el misterio de que se trataba. Mi corazón latía con indignación y angustia.

Después de corto intervalo, mi mujer volvió á hablar á la niña con la suficiente energía para obligarla á responder. Por fin mi hija exclamó con voz trémula:

—¡Oh, madre mía querida; si supieras lo que me preguntó el cura y lo que me dijo cuando me confesé, tu estarías tan triste como lo estoy yo ahora!

—¿Pues qué te dijo? El es un santo varon; y si te figuras que te habló de alguna cosa menos santa, estás muy equivocada.

Mi hija se arrojó entonces en los brazos de su madre, y respondió con voz entrecortada por los sollozos.

—No me obligues á revelarte lo que me dijo el confesor. Es todo tan vergonzoso, que no se puede repetir. Sus palabras se me han agarrado á mí, como se agarró la sanguijuela en el barzo de mi amiga, pocos días hace. ¿Qué concepto deberá tener

de mí ese confesor, para que me haya hecho tales preguntas?

A esto respondió mi mujer:

—Yo he de ir al confesor y le deré una lección buena. Ya tenía observado que se extralimita un poco cuando hace preguntas á personas mayores, pero me figuraba que sería más prudente con las criaturas. De todos modos, te advierto que con nadie hables de estas cosas, y menos con tu padre, porque ya es poca la religión que tiene, y si esto sabe, se quedará sin ninguna.

Yo no pude contenerme más. Entro subitane en la sala; mi hija se arroja en mis brazos y mi mujer grita con terror y cae desmayada. Entonces me dirigí á mi hija diciéndole:

—Si me amas, pon tu mano en mi corazón y júrame no volver jamás á confesarte. Teme á Dios, hija mía, ámale y vive con la vista fija en El, porque te mira en todas partes. Acuérdate de que está siempre pronto á perdonarte y á bendecirte, cuando recurras á El. Nunca te postres á los pies de un sacerdote para que te pervierta.

Todo esto me prometió mi hija, y cuando vi que mi mujer había vencido el efecto de la primera sorpresa, le hablé así:

—¡Señora, hace ya mucho tiempo ha venido á ser el cura para usted todo, y su marido nada! Hay un poder oculto y terrible que la gobierna, y es el poder del sacerdote. Usted lo ha negado muchas veces; hoy ya no puede negarlo. La providencia de Dios ha decidido en este día que tal autoridad des-

aparezca de esta casa para siempre jamás. Quiero ser el señor exclusivo en mi familia. Desde este instante queda del todo abolido ese poder que el cura tenía sobre usted. Pero si, por el contrario, llegase un día que volviera usted de nuevo á depositar su corazón y sus secretos á los pies de ese hombre, tenga la bondad de no pisar más esta casa, como esposa mía».

La narración de este caso por aquel caballero, es una prueba entre mil de la paz de conciencia que se obtiene por la confesión auricular. Yo podría citar otros muchos ejemplos, pero como deseo abreviar este capítulo, aduciré uno sólo en confirmación de lo que llevo dicho sobre esa paz que la Iglesia concede á los que se le someten.

Escuchemos lo que dice Miss Elisa Richardson (*) en aquel su célebre libro: *Experiencia personal sobre la religión católica romana*, en las páginas 34 y 35:

«De esta manera guardé silencio sobre mis dudas y proseguí con la intención de patentizar el fervor y la sinceridad de un converso, sujetándome á la confesión. Pero apareció entonces una nueva causa de dolor y de inquietud que no había de ser fácilmente vencida. La teoría en general hábame parecido buena y razonable, pero la realidad en algunos pormenores era *terrible*.

(*) Esta señora, inglesa y protestante, abrazó la religión romana y profesó en un convento. Después de cinco años de experiencia en confesarse, no pudiendo sufrir más los escándalos de esa institución, volvió á la religión evangélica.

»Despojada la confesión de sus caracteres más repugnantes, para no alarmar al público y confeccionada en las obras teológicas con falsas pretensiones de verdad y de pureza, parece un dogma dispuesto á ejercer grande influencia benéfica en el mundo, dogma moralizador y de mucha utilidad. *Pero, ¡ay! Como sucede con todos los ideales, ¡qué diferencia entre su teoría y la realidad!*

»Notaré aquí de paso el efecto producido en mi espíritu por la primera lectura de las ediciones *más antiguas* del «Jardín del alma». Recuerdo el tropiezo que en él hallé y el rudo choque dado á mis sentimientos de delicadeza femenina. Fué una página obscura en la historia de mi experiencia la hora que me arrodillé por vez primera á los pies de un hombre mortal para confesarle lo que sólo Dios debía oír. No puedo entrar en este asunto.

Aunque mi confesor fué, según mi juicio, tan prudente como bondadoso, algunas de sus preguntas me impresionaron y confundieron de manera que jamás podré olvidarme.

La pureza de mis pensamientos y el cuidado con que había sido educada, no me tenían dispuesta para un asalto semejante; y por otra parte mi propia sinceridad y el temor de cometer un sacrilegio, contribuían á la intensidad de mis sufrimientos en aquella ocasión. Hubo una circunstancia especial que mi esclavizada conciencia me impulsaba á mencionar.

— Mi terror y perturbación, sin duda me volvía menos explícita de lo que en otras ocasiones huebi

ro sido. Sin embargo, el interrogatorio que se me hizo, y las ideas por éste sugeridas, de tal modo ultrajaron mis sentimientos, que, olvidando todo el respeto debido al confesor, y no importándome nada en aquel instante el recibir ó no la absolución, me apresuré á exclamar: *Yo no puedo decir ni una palabra*. Y al mismo tiempo vino á mi memoria la verdad de todo cuanto afirman los enemigos de esta institución.

Debo advertir, á pesar de todo, que la prudencia aconsejó á mi confesor el no insistir más; y fué tan bondadoso, que desde luego esforzóse en desvanecer aquella impresión mía tan desfavorable. Cuando me puse en pié, dispuesta á huir muy lejos para evitar que me hablase, corrió hacia mí, entablando una conversación familiar sobre asuntos diversos, y así me detuvo bastante tiempo. No sé la parte que tomé en aquella conversación; sólo recuerdo del fuego que me abrasaba la cara y de que no podía levantar la vista del suelo.

Nadie suponga que mi intención sea el estigmatizar á individuo alguno, ni que yo dé toda la culpa al sacerdocio. *La responsabilidad es del sistema*; de ese sistema que se atreve á enseñar ciertas materias de cuyo solo recuerdo debe avergonzarse la humanidad, y sin embargo es necesario *descubrirlos, tratarlos y exponerlos circunstanciadamente* á los oídos no puros de un mortal pecador, como todos, y que teniendo las mismas pasiones que el penitente por él confesado, se halla por esa razón ex-

puesto á las tentaciones más horribles y más peligrosas.

¿Y qué diremos de la mujer? Vale más correr un velo. ¡Oh! ¡Pureza, modestia y sentimientos todos de su sexo, olvidad las peligrosísimas pruebas que habéis de pasar! (Páginas 40 y 41).

¡Ay de mí! Existen casos que no se pueden mencionar, hechos demasiado sorprendentes y al mismo tiempo en extremo delicados para que de ningún modo se expongan al público. Sin embargo puede abrigarse la vergüenza en el fondo del alma ante las imágenes que la memoria recuerda, y entonces nuestro espíritu espantado retrocede ante las negras sombras que le entristecieron y abismaron. Apelo á los mujeres que han abrazado el romanismo, y les pregunto: ¿Cuáles fueron vuestras primeras impresiones al postraros en el confesonario? No deseo saber cómo la costumbre subsiguiente atenuó los efectos, sino lo que sentísteis en vuestra primera introducción. Tampoco me dirijo á las que habían ya perdido su inocencia, á las verdaderas pecadoras, porque para ellas su primera confesión fué un simple motivo de mayores caídas.

Apelo á las que conservaban la pureza de su corazón y de sus afectos. ¿No recordáis que vuestra primera impresión fué quedar desorientada por un temor que no puede expresarse? ¿No es verdad que á esa impresión siguió el sentimiento de vuestra degradación, que no puede explicar la lengua ni sufrir el corazón? (Página 42).

El recuerdo de mi primera confesión siempre

será para mí penoso y repugnante, aunque la experiencia de las confesiones siguientes no lo fué menos. Aquella no pasó de ser una mera introducción de la serie que forman los impuros asuntos que nunca debieran ocupar la imaginación de una doncella, —fué como la entrada á una región donde nunca habían de poner sus pies las almas cándidas é inocentes. (Página 64).

Contraje amistad muy íntima con algunas personas de la religión romana, las cuales hablan con un desembarazo y una libertad á que yo no estaba acostumbrada. Mis amigas en su mayoría, habían sido educadas en conventos, y las demás tenían de ellos perfecto conocimiento; por lo cuál yo no tenía derecho á dudar de lo que me aseguraban, y á pesar de eso no podía creer cosas más graves de las que había experimentado.

La prueba, sin embargo, no tardó en presentarse de modo que no admitiera réplica... En el libro de mi experiencia abríaseme una página oscura y manchada; pero mis ojos estaban tan poco acostumbrados á tales horrores, que cuando la leí me costó mucho darle crédito á primera vista. Me presentaba ella una hipocresía tan odiosa, un sacrilegio tan terrible, un abuso tan repugnante de cuanto hay de puro y santo, y esto en persona de quien por sus votos, por su posición, y por todas las leyes de su iglesia, estaba obligado á dar un ejemplo sublime, que por algún tiempo me hallé en peligro de no dar crédito alguno á la existencia de la sinceridad y de la bondad humanas. Los sacramentos tenidos por

más sagrados, eran profanados; los votos, sin observancia; el secreto famoso del confesonario violado, y la santidad del mismo, pervertida para fines ilícitos; y aún las mismas visitas particulares convertíanse en acciones de tentación, y eran aprovechadas para el desenfreno de la libertad en palabras y en maneras no santas. En tales formas transcurría la historia del mal, bien triste por cierto, y así iba-se extinguiendo toda idea seria sobre la religión. Su influencia era horrible, corruptora y acompañada de una excitación inexplicable. No puedo entrar en pormenores, porque la delicadeza propia de mi sexo, me lo prohíbe. Sólo diré que yo, en compañía de dos jóvenes amigas mías, hicimos un viaje con el fin de visitar á un confesor, religioso de un convento, y exponerle todo lo sucedido con la esperanza de que podría él poner algún remedio propio del caso y de la urgencia requerida. Escuchó nuestras declaraciones, mostróse indignadísimo, y nos recomendó sin vacilar que escribiésemos las tres al obispo de aquella diócesis refiriéndole por extenso cuanto había ocurrido. Así lo hicimos, pero con el resultado que se podía esperar, esto es, sin lograr contestación alguna. El recuerdo de aquellos meses de tristeza y de miseria se me representa hoy como un sueño horrible con sombras de criminal. Fué una experiencia de verdadera impiedad. (Pág. 66).

La religión romana enseña que, si una persona omite alguna cosa en el acto de la confesión, aunque tal cosa sea la más repugnante á la pureza moral, y aún cuando se tenga duda de haber cometido

semejante pecado, las confesiones subsiguientes son nulas y sacrílegas. Enseña también esa iglesia y manda que se confiesen todos los pecados de pensamiento, á fin de que el confesor juzgue si son mortales ó veniales. No es posible describir la cadena forjada por ese precepto para prender las almas de conciencia delicada. Es necesario analizar esta cadena para comprender su naturaleza. Basta decir que, según aquel principio parecíame que yo no había hecho una sola confesión buena en los últimos meses transcurridos; y ahora, llena de remordimientos por mi conducta sacrílega, resolví repetirla con el mencionado religioso. Sin embargo, los escrúpulos de aquel buen padre excedieron en mucho á lo que yo me podía figurar. Clasificó de pecados mortales algunas cosas que yo nunca imaginé lo fueran; y de tal manera enredó mi conciencia, que principié á sentirme ansiosa respecto á mi primera confesión general. No tenía, pues, otro remedio que renovarla, y volví á repasar las sendas de amarguras que me parecía haber dejado para siempre. Pero si mi primera confesión fué una tortura, no puede compararse con esta segunda. Las emociones que me causó no son para describirlas.

Tenía mucha dificultad en referir amplia y explícitamente todo cuanto me afligía, y esta circunstancia sirvió de ocasión á mi confesor para que me ayudase con sus preguntas, y borrarse de mi memoria tristes recuerdos que habían quedado grabados cual mancha inmunda y negra. No tardé en descubrir que él llamaba pecado mortal á lo que mi pri-

mer confesor no daba importancia alguna; y llegó á decirme que yo no había hecho confesión buena hasta aquel momento. Mis ideas, pues, se hicieron cada vez más complicadas y confusas, de modo que dudé pudiese cumplir satisfactoriamente mi tarea; y esto á pesar de que turturaba mi memoria con el fin de recordar todos los incidentes reales é imaginarios que si ahora olvidaba, podrían más tarde perturbar mi sosiego. Referí cosas relativamente triviales que ahora eran clasificadas de gravísimos pecados; y así arrodillada diariamente á los pies de aquel hombre, respondiendo á sus preguntas y escuchando amonestaciones calculadas para causarme miedo y abatimiento, parecíame que jamás podría levantar cabeza. (Pág. 66).

¡Esta es la paz que resulta en las confesiones auriculares! Declaro solemnemente que la mayoría de las mujeres que se confiesan referirían la misma triste historia, si dijese francamente la verdad.

Los apóstoles más fanáticos de la confesión auricular no negarían jamás que el exámen de conciencia, que precede á la confesión, es difícilísimo; y que en vez de causar paz, produce ansiedad y temores. ¿Será por ventura que la paz, por ellos prometida, viene sólo después de la confesión? Tampoco, porque saben ellos muy bien que una buena confesión requiere que la confesada refiera todas sus acciones, todos sus pensamientos y deseos, el número de ellos y todas las circunstancias; pero ¿Quién será capaz de afirmar que un penitente se halle cierto de no haber olvidado defecto alguno por mayor ó menor

descuido? Saben perfectamente los apologistas de esta institución que, confesar exactamente todos y cada uno de los pensamientos, cometidos, hace, por ejemplo, algunas semanas, es tan imposible como el contar las nubes que pasaron por delante del sol en un temporal de tres días, acaecido hace ya un mes. ¡Intentar esto sería una locura! Y sin embargo no es posible conseguir la paz del alma mientras no se tenga certeza de haber recordado y referido al confesor todas las culpas de cualquier clase que sean.

Es por tanto moral y físicamente imposible hallar paz para el alma por medio de la confesión auricular. La ley dice: Estáis abligados bajo pena de condenación eterna á recordar todos vuestros malos pensamientos y á confesarlos con la mayor exactitud posible. Si esta ley no fuera una manifiesta invención satánica, sería preciso clasificarle entre las ideas más infames del hombre. Porque ¿cómo podrá una persona recordar todo lo que ha hecho en esta vida pecadora? ¿Qué viajero, después de haber atravesado las pantanosas florestas de América durante los tres meses de verano, podrá precisar el número exacto de mosquitos que le han chupado la sangre?

¿Qué juzgaría él si alguno le dijera seriamente: «Vd. va á morir, si no me dice con certeza cuántas veces á sido mordido por los mosquitos en los tres meses pasados durante su excursión por las márgenes del Missouri y de Mississipí»? ¿No pensaría él que su interlocutor era un fugitivo de cualquier manicomio?

Pues mucho más fácil sería esto que referir el

pecador todos los pensamientos que pasan por su mente durante algún tiempo.

Es verdad que se aconseja al penitente haga *lo posible* por recordar lo pasado, pero no pudiendo estar cierto de haber llegado á ese *posible*, queda siempre el temor de haber faltado por negligencia.

Todo sacerdote honrado, que quiera decir la verdad, debe reconocer, que los penitentes más ilustrados y devotos, particularmente las mujeres, son atormentados sin cesar por el temor de haber dejado alguna cosa. Muchas de ellas, después de haber hecho confesiones generales, se sienten impulsadas por escrúpulo de conciencia á comenzar de nuevo, á fin de suplir alguna falta grave que pueda haber en las confesiones anteriores, de manera que todas ellas en vez de ser fuentes de paz y de alegría, son, por lo contrario, otras tantas espadas de Democles, suspendidas día y noche sobre sus cabezas, causándoles terrores de eterna muerte. Unas veces se les figura no haber tenido bastante dolor; otras, no haberse explicado con la suficiente claridad sobre materias que la vergüenza prescribe callar.

En muchas ocasiones ha sucedido, que ciertos pecados que fueron reconocidos por un confesor como triviales otro sacerdote más riguroso declaró que eran mortales. Por eso saben muy bien todos los confesores cuánfalsas son sus palabras dirigidas á los penitentes cuando los despiden «*Vete en paz: tus pecados te son perdonados*».

Sin embargo, no se crea que alguna vez deje de obtenerse la paz del alma en la confesión auricular.

Muchos son los casos en que se consigue. Si el lector desea formar idea de tal resultado, entre algún día en el cementerio, abre los sepulcros y escuche muy atento. ¡Qué silencio tan profundo! ¡Cuán perfecta paz! no se oye ni aún el movimiento del gusano que se alimenta del cadáver. ¡Allí tenemos la paz del confesonario! El alma, la inteligencia, la propia dignidad, el corazón y la conciencia, todo en él se sacrifica. ¡Allí no reina sino la muerte! ¡Siempre repetiré, que el confesonario es el túmulo de la conciencia, el sepulcro de la honra humana, la muerte de la libertad!

¡Este es el grado supremo de la perfección papal, el supremo éxito alcanzado por la Iglesia de Roma! A la verdad, hay una paz que se alcanza por medio del confesonario: *¡Es la paz de la muerte espiritual!*

IX

El Dogma de la confesión auricular es una impostura sacrílega

Tanto católicos romanos como protestantes han caído en grandes errores con respecto á las palabras de Cristo: «A quienes remitiéreis los pecados, les son remitidos, y á quienes los retuvieres les son retenidos». (Juan, xx, y 23).

Los primeros vieron en este pasaje una transferencia de los atributos inseparables de Dios, hecha á los hombres para perdonar y retener pecados; y algunos protestantes, al refutar semejante error, hicieron sobre este punto concesiones en extremo imprudentes.

Un exámen más detenido de los versículos 3 y 6, capítulo 13 del Levítico, tal como se halla traducido por «los Setenta», hubiera evitado, que los unos cayeran en tan graves errores, y los otros gastaran tanto tiempo refutando argumentos que por sí mismos se refutan.

Muchos creen, y con razón, que la Biblia de los Setenta era la que leía y citaba Jesucristo, lo mismo que el pueblo hebreo de aquel tiempo. La lengua en que está escrita fué probablemente usada por el Salvador, y comprendida por sus oyentes. Cuando él instruía á sus apóstoles sobre la manera como deberían anunciar la salvación á los leprosos espirituales, expresábase siempre según el lenguaje de los Setenta. Esta versión le sirvió de fundamento para su doctrina y de testimonio de su divina misión. A ella apeló siempre, por ser ese libro el mayor tesoro del pueblo.

Desde el principio del Antiguo Testamento hasta el fin del Nuevo, es considerada la lepra física, que había de examinar el sacerdote judaico, como figura de la lepra espiritual, ó sea del pecado, cuyo castigo aceptó nuestro Señor, á fin de librarnos á nosotros por su muerte. Esta lepra espiritual fué precisamente el motivo de su venida al mundo y de su pasión

y muerte. La lepra corporal de que cuidaban los sacerdotes judaicos, era figura de los pecados que Cristo había de limpiar con la efusión de su sangre, y de la cual los ministros del Evangelio tratarían hasta el fin del mundo.

Hablando de los deberes del sacerdote hebreo para con el leproso, dicen nuestras traducciones modernas en el Lev., XIII, 6: «*Lo dará por limpio*»; y en el vers. 8: «*Lo dará por inmundo*».

La versión de los Setenta, sin embargo, usada por Cristo y por la gente de su tiempo, expresa de una manera muy diferente aquella acción del sacerdote. En vez de decir: «*El sacerdote dará por limpio al leproso*», aquella versión dice:

«El sacerdote limpiará (*katharei*) al leproso, ó lo volverá inmundo (*mianeí*).»

No hubo judío alguno que incurriese en el absurdo de imaginar que, por decir su Biblia *limpiará* (*katharei*), el sacerdote tuviese la virtud milagrosa y sobrenatural de quitar ó curar la lepra; y en ninguna parte nos consta que el sacerdocio judaico osara enseñar que le había sido concedido á él poderes divinos para limpiar la lepra, por el mero hecho de que la Biblia decía, *limpiará al leproso*. Lo mismo el sacerdocio que todo el pueblo, poseían bastante inteligencia y lealtad para comprender y confesar, que aquella expresión no significaba más que el derecho legal que asistía al sacerdote para comprobar si la lepra estaba ó no curada, examinando sólo ciertas señales indicadas por Moisés, las cuales indicaban si Dios había ó no curado al leproso

antes de presentarse éste al sacerdote. Por tanto, curado el leproso únicamente por la misericordia y el poder de Dios antes de comparecer ante la presencia del sacerdote, sólo necesitaba que éste le diese una formal declaración de que estaba ya curado. En este sentido quiere decir la Biblia que el sacerdote *limpiaba ó daba la salud*. (Versión de los Setenta, Lev. XII, 6 y 8).

Confrontemos ahora lo que Dios dijo por Moisés á los sacerdotes de la ley antigua, respecto á la lepra física con lo que dijo, por medio de su hijo Jesús, á los Apóstoles y á toda la Iglesia, con relación á la lepra espiritual de que Cristo nos libró en la cruz.

Biblia de los Setenta

LEVIT. XIII, 6 A 8

(Y al séptimo día el sacerdote le reconocerá de nuevo: y si parece haberse obscurecido la llaga, y que no ha cundido en la piel, lo *limpiará* (katharei); era sarna. Este hombre lavará sus vestidos, y *será limpio*, (katharos).

Pero si después de haber sido reconocido por el sacerdote, y limpio, creciere de nuevo la lepra, lo volverá á lavar.

Y él será *hecho inmundo*, (mianthesetai).

Nuevo Testamento

JUAN XX, 23

A los que remitiéreis los pecados, les son remitidos; á quienes los retuvieris, serán retenidos.

La analogía entre los deberes del sacerdocio hebreo y de los discípulos de Cristo, aparece aquí bien manifiesta, como manifiestos son también los términos que prescribían las obligaciones de unos y de otros.

Cuando Dios dijo á los sacerdotes de la ley antigua: «Limpiaréis al leproso y él será limpio», ó: «Haréis inmundo al leproso y él será inmundo», no les dió más que una autoridad legal para que averiguasen si había ó no alguna señal por la que pudiesen declarar que Dios había curado al leproso antes de presentarse éste al sacerdote. De la misma manera, cuando dijo Cristo á sus discípulos y á toda la Iglesia: *A los que remitiéreis los pecados les son remitidos*; solamente les dió autoridad para declarar que los leprosos espirituales ó pecadores estaban reconciliados con Dios, y habían obtenido el perdón de El, y sólo de Él, ya antes de haberse presentado á los apóstoles:

Es verdad que los sacerdotes de la ley antigua recibieron de Dios, por Moisés, un reglamento que deberían seguir para conocer con certeza si la lepra había desaparecido.

«Y si parece haberse obscurecido la llaga, y que no ha cundido en la piel, lo limpiará...; pero si creciere de nuevo la lepra... hágalo inmundo.» (Los Setenta, Lev. XIII, 6 á 8).

Si alguien cree que Jesucristo hablaba el hebreo de aquella época y no el griego, y que citaba el Antiguo Testamento hebreo, cúmplenos declarar sólo, que el hebreo corresponde exactamente a¹

griego; y éste, dice, *limpiar ó hacer inmundo* en la misma forma que la versión de los Setenta.

También Jesucristo dió á sus apóstoles y á su Iglesia entera reglas y señales infalibles, por las cuales se pudiese determinar cuándo la lepra espiritual desaparece y se puede purificar al leproso diciéndole.

YO TE LIMPIO ó TE HAGO INMUNDO		TE PERDONO ó RETENGO TUS PECADOS
--------------------------------------	--	--

Efectivamente, son innumerables los pasajes del Antiguo Testamento en los cuales podemos muy bien ver las señales dadas por Dios y escritas por los profetas, predicadas por Cristo y repetidas por los Apóstoles, á la luz de cuyas señales pueden los predicadores del Evangelio conocer y anunciar al pecador la hora en que se halla éste libre de sus pecados. Citaremos sólo algunas de ellas.

Primera.—«Y les dijo: Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuera bautizado, será salvo; mas el que no creyere será condenado. (Marc. xvi, 15 y 16).»

¿Faltábale la memoria al Salvador del mundo? Porque parece haberse olvidado por completo, después de mencionar la fe y el bautismo, el exigir como esencial la confesión aricular para poder salvarnos. A cuantos creen y son bautizados, Cristo autorizó á los Apóstoles y á la Iglesia para decirles: «¡Sóis salvos! ¡Vuestros pecados están perdonados!».

Segunda.—«Y entrando en la casa, saludadla. Y »si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; »mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá á »vosotros. Y cualquiera que no recibiere ni oyere »vuestras palabras, salid de aquella casa ó ciudad, y »sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo, »que será más tolerable á la tierra de los de Sodoma »y de los de Gomorra en el día del juicio, que á aque- »lla ciudad». (Mateo, x, 12 á 15).

Aquí también expresa el divino Médico á sus discípulos cuándo está limpia la lepra, los pecados perdonados y el pecador sin culpa. Es cuando los leprosos ó pecadores acogen á los mensajeros de Cristo y oyen y reciben su mensaje. Ni una palabra siquiera sobre la confesión auricular. Esa *grande panacea* del Papa no la conoció Jesucristo.

Tercera.—«Porque sí perdonáreis á los hombres »sus ofensas, os perdonará también á vosotros vues- »tro Padre celestial. Mas si no perdonáreis á los »hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre o^s »perdonará vuestras ofensas.» (Mateo, iv, 14 y 15).

¿Sería posible dar á los apóstoles y discípulos una regla más clara y más sencilla que esta para saber cuándo pueden decir al pecador: «Tus pecados te son perdonados, ó te son retenidos? ¡Las llaves de los cielos fueron aquí dadas solemne y públicamente á un hijo de Adán! Es tan cierto, como hay un Dios en el Cielo y como Jesús murió para salvar á lo pecadores, que si uno perdona á su prójimo la ofensas que le ha hecho y le perdona por amor á Je-^s sucristo, creyendo en este, todos sus pecados le

quedan perdonados. Los discípulos de Cristo podrán, pues, decir á los pecadores hasta el fin del mundo: Tus pecados te son perdonados, no porque los hayas confesado á mí, sino por tu amor á Cristo y porque este mismo amor te ha hecho perdonar á los que te ofendieron».

Cuarta.—«Y he aquí un doctor de la ley se levanta tentándole y diciéndole: Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna? Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Y él, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios y de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo como á tí mismo. Y díjole: Bien has respondido; haz esto y vivirás.» (Lucas, X, 25 al 28)

¡Qué ocasión tan oportuna para que el Salvador hablase de la confesión auricular como medio establecido por El para alcanzar la salvación! Pero Cristo se *olvidó* otra vez de recomendar ese remedio infalible de los papas. Jesús, hablando de la misma manera que hablan los protestantes, manda que sus mensajeros anuncien el perdón de los pecados, no á los que se confiesan con un hombre, sino á los que de veras aman á Dios y al prójimo. ¡Y esto harán todos los verdaderos apóstoles hasta el fin de los siglos!

Quinta.—«Y volviendo (el hijo pródigo) en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré á mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno

»de ser llamado tu hijo; hazme como á uno de tus
 »jornaleros. Y levantándose, vino á su padre. Y co-
 »mo aun estuviese lejos, vióle su padre y fué movido
 »á misericordia, y corrió y echóse sobre su cuello y
 »besóle. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra
 »el cielo y contra tí, ya no soy digno de ser llamado
 »tu hijo. Mas el padre dijo á sus siervos: Sacad el
 »principal vestido y vestidle, y poned un anillo en
 »su mano y zapatos en sus pies; y traed el becerro
 »grueso y matadlo, y comamos y hagamos fiesta.
 »Porque este mi hijo era muerto y ha revivido: ha-
 »bíase perdido y es hallado.» (Luc. XV, 17 al 24.)

Apóstoles y discípulos de Cristo, do quiera que oyéreis en este mundo de pecado y de miseria la exclamación del pródigo: «*Me levantaré é iré á mi padre*»; á cualquiera que viéreis postrado, no á vuestros pies, sino á los pies de su verdadero Padre, diciendo: «*Padre, he pecado contra tí*», unid vuestros himnos de alegría á los cánticos gozosos de los ángeles de Dios, y repetid á los oídos de aquel redimido la frase ya pronunciada por los labios del Salvador, cuya sangre nos limpia de todo pecado: «*Tus pecados te son perdonados*».

Sexta.—«Venid á mí todos los que estáis traba-
 »jados y cargados, que yo os haré descansar. Llevad
 »mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy
 »manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso
 »para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y li-
 »gera mi carga.» (Mat. XI, 28 al 30.)

Estas palabras, pronunciadas hace ya más de mil ochocientos años, aun se repiten hoy con la misma

eficacia, dirigidas en todo tiempo y lugar por los labios y por el corazón de Cristo á todos nosotros pecadores:

Ven á mí, y yo te daré descanso. Jesucristo no dijo ni dirá nunca al pecador: Vé á los sacerdotes y en ellos hallarás la paz. Muy al contrario: Ven á mí y yo te haré descansar.

Los apóstoles, pues, y los discípulos del Salvador, anuncian el perdón, la paz y el descanso, no á los pecadores que les van á confesar todos sus pecados, sino á los que recurren á Cristo y sólo á El, buscando esa reconciliación. Es, por tanto, cierto que las palabras *Venid á mí*, pronunciadas por Jesús, nunca significaron ni pueden significar: *Id á confesaros con los sacerdotes.*

El benigno Salvador no hubiera dicho: Mi yugo es suave y mi carga ligera, si hubiera establecido la confesión auricular, porque jamás el mundo vió yugo tan pesado y tan humillante como es la confesión al oído de un hombre.

Séptima.—«Y como Moisés levantó la serpiente »en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él »creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna». (Juan, III, 14 y 15).

¿Estableció Dios, por ventura, alguna confesión auricular en el desierto, cuando mandó á Moisés que levantase la serpiente? De ninguna manera. Así tampoco dijo el Salvador, que semejante confesión fuera requisito indispensable para salvarse aquellos

que dirigen la mirada de su fe al gran Sustituto que les pagó las deudas en la cruz.

Perdón gratuito fué ofrecido á los israelitas que levantaban sus ojos hacia la serpiente; y más gratuito y amplio perdón es también ofrecido á los que miran con fe y con amor á Cristo crucificado.

Los ministros del Evangelio están autorizados hasta el fin del mundo para decir á tales pecadores: Perdonados están vuestros pecados; curada vuestra lengua.

Octava.—«De tal manera amó Dios al mundo, »que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo »aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida »eterna. Porque no envió Dios á su Hijo al mundo, »para que condene al mundo; más que para que el »mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es »condenado; más el que no cree, ya es condenado; »porqué no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de »Dios. Y esta es la causa de su condenación, á saber »porque la luz vino al mundo y los hombres amaron »más la tinieblas que la luz; porque sus obras eran »malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborre- »ce la luz y no viene á la luz; porque sus obras no »sean conocidas. Más el que obra verdad, viene á »la luz para que sus obras sean manifiestas que son »hechas en Dios». (Juan, III, 16 al 21).

En la religión romana sólo por la confesión auricular logra el pecador ser reconciliado con Dios, y sólo después de haber confesado cada uno de sus pensamientos, deseos y acciones puede oír del sacerdote: Tus pecados te son perdonados. Pero en la

religión del Evangelio la reconciliación del pecado con Dios es absoluta y enteramente obra de Cristo. Ese perdón maravilloso no es concedido en virtud de algún acto externo del pecador; á éste no se le exige nada más que la fe, el arrepentimiento y el amor. Tales son las señales para saber si la lepra ha sido curada y el pecado absuelto. A los que tales señales tienen, bien pueden decirles los embajadores de Cristo: «Vuestros pecados están perdonados, y limpia vuestra lepra».

Novena.—«Más el publicano estando lejos, no »quería ni aun alzar los ojos al cielo; sino que se »su pecho, diciendo: Dios, sé propicio á mí, pecador. »Os digo que éste descendió á su casa más justificado que el otro.» (Luc. XVIII, 13 y 14).

Sí, justificado. ¡Y sin confesión auricular!

Ministros y discípulos de Cristo; cuando vierais á un pecador arrepentido, dándose golpes de pecho y exclamando: *Dios mío, se propicio á mí, pecador*; cerrad los oídos á las palabras engañosas de Roma, que os manda obliguéis á esa alma redimida á que haga una confesión auricular de todos sus pecados para obtener el perdón. Anunciadle, al contrario, el gran mensaje que Cristo os ha encargado: ¡Tus pecados te son perdonados; limpio estás!

Décima.—«Y uno de los malhechores que estaban »colgados le injuriaba, diciendo: «Si tu eres el Cristo, »sálvate á ti mismo y á nosotros.» Y respondiendo el »otro reprendióle diciendo: «¿Ni aun tú temes á Dios, »estando en la misma condenación?»

»Y nosotros, á la verdad, justamente padecemos

»porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; más éste ningún mal hizo. Y dijo á Jesús: »Acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino.

»Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que »hoy estarás conmigo en el Paraíso.» (Luc. XXIII, 39 al 43).

¡Sí, en el paraíso ó Reino de Cristo, y sin confesión auricular! Desde lo alto del Calvario, donde aquellas divinas manos fueron clavadas en la cruz y su sangre derramada, Jesucristo protesta contra la grande impostura de la confesión auricular. Jesús será hasta el fin del mundo el mismo que fué en la cruz, el Amigo del pecador, siempre pronto á escuchar y perdonar á los que invocan su nombre y en El confían.

Discípulos del Evangelio; allí donde oigáis la súplica dirigida por el pecador arrepentido al Salvador crucificado. *Acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino*, corred hacia esa alma arrepentida, y aseguradle que sus pecados están perdonados y limpio el leproso.

Duodécima.—«Deje el impío su camino, y el hombre inícuo sus pensamientos: y vuélvese á Jehová, »el cual tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro »el cual será amplio en perdonar. (Isa. L. V. T.)

»Lavad, limpios, quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos; dejad de hacer lo malo: »Aprended á bien hacer; buscad juicio, restituid al »agraviado, oid en derecho al huérfano, amparad á »la viuda. Venid luego dirá Jehová, y estemos á »cuenta. Si nuestros pecados fuesen como la grana,

» como la nieve serán emblanquecidos: Si fuesen ro-
 » jos como el carmesí, vendrán á ser como la blanca
 » lana». (Isa. I, 16 al 18.)

Acabamos pues, de ver las verdaderas señales que designan la misericordia de Dios, y que han sido trazadas por las mismas manos del Omnipotente. ¿Quién tendrá la osadía de trocárlas y sustituirlas por otras? ¿Hizo Jesús alguna modificación en ellas? ¿Dijo El alguna vez que axigia del pecador, antes de concederle el perdón, alguna otra cosa más que la fe, el arrepentimiento y el amor con sus correspondientes frutos? ¡Jamás!

Los profetas del Antiguo Testamento, los apóstoles del Nuevo, ¿dijeron en alguna parte que la confesión auricular es necesaria para alcanzar el perdón? ¡Nunca!

¿Qué dice David? «Mi pecado te declararé y no encubrí mi iniquidad. Confesaré, dijo, contra mí mis rebeliones á Jehová: y tú perdonaste la maldad de mi pecado». (Sal. xxxii, 4).

¿Qué enseñó el apóstol Juan? «Si nosotros dijéramos que tenemos comunión con El, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad. Mas si andamos en luz, como El está en luz, tenemos comunión entre nosotros, y la sangre de Jesucristo su hijo, nos limpia de todo pecado. Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad». (I.^a Juan, I.^o, 6 al 9).

Este es el verdadero lenguaje de los profetas y apóstoles; ésta la verdadera revelación del Testamento Antiguo y Nuevo. A Dios, y solo á Dios, es á quién el pecador debe confesar sus culpas. Y de Dios, y sólo de Dios puede aquél recibir el perdón.

El apóstol Pablo escribió quince cartas, en las cuales trata de todos los deberes impuestos á la conciencia humana por las leyes de Dios y preceptos Evangélicos de Cristo. Mil veces se dirige á los pecadores diciéndoles cómo se han de conciliar con Dios. Sin embargo ¿dice una sola palabra sobre la confesión auricular?

¡No, ni siquiera una!

Los apóstoles Pedro, Juan y Judas dirigieron á las iglesias de su tiempo seis cartas, y en ellas enseñan con la mayor claridad lo que las distintas clases de pecadores deben hacer para lograr la salvación; y tampoco en ellas aparece una sola frase relativa á la confesión auricular.

Santiago dice: «*Confesaos vuestras faltas unos á otros*». Pero este texto es tan manifestamente una repetición del precepto de Cristo sobre el modo de reconciliarse los que se ofenden, y se parece tan poco al dogma de la confesión secreta, hecha al sacerdote, que los más celosos defensores de la confesión auricular, no se han atrevido á servirse de él para defender su moderna invención.

Y si en vano se busca este dogma en las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento ¿será posible hallarlo en la historia de los primeros mil años del cristianismo? Tampoco; antes al contrario: cuanto

más estudiamos la Historia de la Iglesia en sus diez siglos primeros, más nos convencemos de que la confesión auricular es una triste impostura, originada en la época más tenebrosa del mundo y del cristianismo.

Lo mismo sucede con las biografías que tenemos de los diversos Padres de la primitiva Iglesia. No se halla en ellas una sola palabra que indique el uso del confesonario, aunque se mencionan mil cosas de menos interés.

Podemos citar por ejemplo la vida de Sta. María Egipciaca. En ella se refieren muy al por menor los escándalos públicos de aquella mujer, su conversión, sus oraciones, ayunos y penitencias, y los detalles más insignificantes de sus últimos días y de su muerte; y sin embargo ni mención se hace de que jamás pensara en confesarse. Es muy cierto que nunca vino á su memoria semejante idea.

El diácono Poncio escribió la biografía de Cipriano, que vivió en el tercer siglo. Tampoco nos dice que éste se confesara, ni que á nadie oyese hablar de confesión. Más todavía; este historiador de confianza asegura que Cipriano fué comulgado por Esteban, obispo de Roma, y que murió sin haber solicitado su absolución: Y con todo parece que tan grave conducta no le impidió ir al cielo, ya que los infalibles papas de Roma, sucesores de Esteban, nos declaran que Cipriano es un santo.

Gregorio de Niza publicó la vida de Gregorio de Nueva-Cesarea, del siglo tercero, y de Basilio, en el cuarto, pero ningún indicio nos da de que aquellos varones se confesaran, ni de que á nadie hablasen de confesión. Es evidente que aquellos dos piadosos y grandes hombres, como todos los cristianos

de su tiempo, vivieron y murieron sin tener conocimiento de la confesión auricular.

Aun es más interesante la biografía de Ambrosio, en el siglo cuarto, escrita por Paulino; y en este libro se ve tan claro como dos y dos son cuatro que el célebre Ambrosio nunca pensó en confesarse.

La historia de Martín de Tours, en el siglo cuarto, la cual escribió cien años después Severo Sulpicio, es otra prueba legada por la antigüedad para confirmarnos en la verdad de que la confesión al oído no se conocía en aquel tiempo; y por eso Martín vivió y murió sin confesarse.

Pallas y Theodoreto nos han dejado descrita la vida, sufrimientos y muerte de Chrysóstomo, obispo de Constantinopla, que murió á principios del siglo quinto, y ni el uno ni el otro escriben una palabra referente á este dogma. A juzgar por sus escritos, no hay nada más evidente, que aquel santo y elocuentísimo obispo vivió y murió sin tener idea de la confesión auricular.

No hay escritor que tan profundamente haya entrado en los pormenores de la vida cristiana como el erudito Jerónimo, del siglo quinto. Muchas de sus admirables cartas están dirigidas á presbíteros de su tiempo, y á distintas matronas y doncellas cristianas, que le pedían sus buenos consejos sobre la mejor manera de seguir una vida cristiana. Sus cartas, que forman cinco grandes volúmenes, constituyen uno de los más interesantes monumentos sobre las prácticas, costumbres, opiniones, moral y los dogmas de los primeros siglos de la Iglesia, y esas mismas cartas son el argumento más incontestable de que la confesión auricular no existía entonces como dogma, y de que por tanto no es sino una invención moderna.

Si fuese un deber de los presbíteros el oír confesiones del pueblo ¿sería posible que Jerónimo se hubiera olvidado de dar consejos ó establecer reglas referentes á la confesión auricular, siendo así que los pastores de su tiempo le consultaban sobre la mejor manera de desempeñar todos sus deberes pastorales? Desafiamos al sacerdote más delicado de la moderna Roma, á que nos cite una sola línea de todas las cartas escritas por aquel Padre, la cual favorezca en lo más mínimo á la confesión auricular.

En su admirable carta, dirigida al presbítero Nepociano, sobre la vida de los presbíteros, (tomo II, p. 293), hablando de las relaciones de estos con las mujeres dice: «*Solus cum sola, secreto et absque arbitrio, vel teste, non sedeas. Si familiaris est aliquid loquendum, habet nutricem majorem domus, virginem, viduam, vel maritatam; non est tam inhumana ut nullam præter te habeat cui se andeat credere.*».

«No te sientes á solas y en un lugar retirado con una mujer. Si ella tiene que decirte alguna cosa particular, traiga consigo la parienta, una doncella, una viuda ó una mujer casada. No debe de ser tan ignorante de las reglas de la vida humana quien sólo busque á ti para consultarte».

Fácil sería citar otros innumerables párrafos por los cuales se ve cuan enemigo era Jerónimo de todas esas visitas secretas entre sacerdotes y mujeres, que bajo el pretexto de consejos y de consolaciones espirituales, son generalmente un lazo de perdición para los unos y para los otros; pero basta.

Tenemos también la hermosa biografía de Paulina, escrita por Jerónimo, quien, á pesar de darnos todas las descripciones imaginables de la vida

de aquella mujer, ya soltera, ya casada y viuda, llegando hasta tratar de su modesta cama, no da la menor señal de que fuese nunca á confesarse. Habla Jerónimo de las amigas de Paulina citando los nombres de ellas; narra los incidentes más pequeños de sus largos viajes, de sus obras de caridad, de las casas religiosas establecidas por ella para hombres y mujeres, de sus tentaciones, fragilidades, virtudes heróicas, mortificaciones y santa muerte; pero ni una sola palabra sobre sus confesiones frecuentes; ni mención siquiera de su prudencia en escoger un confesor serio y santo.

Nos dice que el cadáver fué conducido al sepulcro en hombros de obispos y presbíteros, como prueba de profunda veneración á la santa; pero nunca escribió refiriendo que alguno de aquellos presbíteros se sentara en lugar aislado, y la obligase á revelarle la historia secreta de todos los pensamientos, deseos y miserias de su larga vida.

Jerónimo, testigo nada sospechoso, prueba evidentemente, que aquella santa y noble mujer vivió y murió sin recurrir jamás á la confesión.

Debemos á la pluma de Posidio una interesante biografía de Agustín, escrita en el siglo v. En ella también buscamos en vano el lugar ó la ocasión en que aquel célebre obispo de Hipona fuera él á confesarse ó confesare á uno soló de su grey.

Más todavía. Agustín escribió el admirable libro de sus «Confesiones», en el cuál refiere la historia de su vida. Con ese maravilloso libro á la vista, podemos seguirle paso á paso por donde quiera que va. Asistimos con él á las escuelas tristemente célebres, donde naufragaron su fé y su moral; condúcenos al jardín en que, oscilando entre el cielo y el infierno, y bañado en lágrimas se postra bajo una

higuera y exclama: «*¿Hasta cuando, Señor, permaneceré envuelto en mis iniquidades?*» El alma se conmueve al oír, como él, la dulce y misteriosa voz que le dice: «*¡Tolle! ¡lege!*» «*¡Toma y lee!*» Corremos con él al lugar donde dejó su libro del Evangelio, y con mano trémula abrimos y leemos: *Andemos, como de día, honestamente;..... mas vestíos del Señor Jesucristo.* (Rom. XIII, 13 y 14).

Aquel libro incomparable de Agustín nos hace llorar y alegrar con él; nos manifiesta todas sus más secretas acciones, todas sus tristezas, ansiedades y secretas acciones, todas sus tristezas, ansiedades y gozos; en una palabra revela y patentiza toda su vida. Dícenos por donde anda, en compañía de quién peca, y con quién alaba á Dios; nos obliga á orar con él, á cantar y á alabar al Señor con él. ¿Puede admitirse la posibilidad de que aquel insigne varón se confesara sin decirnos ni cuándo, ni dónde, ni con quién hizo una sola confesión auricular? ¿Pudo él recibir la absolución del confesor, sin hacernos participantes de su gozo, é invitarnos á bendecir con él á su confesor? Mas en vano investigamos en todo su libro una sola palabra relativa al asunto. Al contrario, permanece como testimonio incontestable, para probar que tanto Agustín como su madre Mónica, á quien él tantas veces menciona, vivieron y murieron sin haberse jamás confesado; demostrándose, por consiguiente, que el dogma de la confesión auricular es de invención moderna.

Desde el principio al fin del libro reparamos que San Agustín tenía como materia de fé y sustentaba, que sólo Dios podía perdonar los pecados y que á él sólo debía recurrir el pecador, confesando sus faltas á fin de obtener el perdón. Si escribió sus confesiones fué únicamente para que el mundo conociese

cómo Dios había sido misericordioso para con él y para que le ayudaran á alabar y engrandecer el nombre de su Padre celestial é infinitamente bendadoso.

En el décimo libro de sus confesiones, cap. III, San Agustín protesta contra la idea de que los hombres puedan de algún modo curar al leproso espiritual, ó absolver á sus semejantes. «El mundo es curioso para conocer la vida apenas, pero desidioso para corregirlo», dice San Agustín.

Antes que él erigiera este monumento sublime y duradero contra la confesión auricular, San Juan Crisóstomo había levantado su voz elocuente para condenarla en su homilia sobre el salmo L, donde, hablando en nombre de la Iglesia, dice:

«Os prohibimos que confeséis los pecados á vuestros semejantes sino á Dios únicamente.»

En el siglo IV Nestorio, predecesor de San Juan Crisóstomo, en un acto público que los mejores historiadores de la Iglesia de Roma reconocerán siempre, prohibió solemnemente la confesión auricular. Y así como siempre hubo ladrones, borrachos y otros malhechores en el mundo, así también hubo siempre hombres y mujeres que, so pretexto de confidencias para consolación y edificación mútua, se entregaban á toda especie de iniquidades y concupiscencias.

La confesión auricular tuvo su origen entre los primitivos herejes, especialmente Marcial. Bellarmino dice que se debe practicar; pero oigamos lo que los escritores contemporáneos escriben sobre el particular:

«Ciertas mujeres tenían la costumbre de visitar al hereje Marcial á fin de confesarle los pecados. Este, sin embargo, dejóse impresionar con su be-

lleza, y como ellas correspondieron á su amor, abandonáronse al pecado».

Oid lo que dice San Basilio, en su comentario sobre el salmo XXXVII.

«Nunca me presento al mundo para hacer una confesión con los labios. Lo hago, por el contrario, con los ojos, y confieso mis pecados con el secreto de mi corazón. En tu presencia, Dios mío, doy rienda suelta á mis suspiros, cuyo único testigo eres tú. Los gemidos salen del fondo de mi alma. Para confesar no son precisas muchas palabras; el pesar y la contricción son la mejor confesión.»

San Crisóstomo, en su homilia *De Pœnitencia* vol. iv, sal. 901, dice lo siguiente: «No tenéis necesidad de testimonios de vuestra confesión. «Reconoced en secreto vuestros delitos, y que Dios sea el único que los oiga.

Los que abogan por la confesión auricular citan para ilustrar á sus secuaces ilusos, diversos textos sacados de los Santos Padres, en donde se dice que los pecadores iban á San Agustín y á San Crisóstomo para confesar sus pecados; pero hay en ello una gran falta de lealtad, porque los que tenemos algún conocimiento de la historia eclesiástica de aquellos tiempos, sabemos que los textos referidos aluden sólo á las confesiones, á las transgresiones públicas, hechas públicamente, mediante el oficio del penitenciario.

Este oficio del penitenciario era de la forma siguiente. En toda ciudad grande había un ministro ó presbítero, nombrado expresamente para presidir las reuniones de la Iglesia, donde los miembros que hubiesen pecado públicamente eran obligados á confesar delante de toda la congregacion, á fin de ser rehabilitados con los privilegios de los miembros; y

ese ministro tenía la obligación de leer ó pronunciar la sentencia, del perdón concedido por la Iglesia á los delincuentes antes de que pudieran ser readmitidos en la comunidad. Este método estaba de completa armonía con lo que hizo San Pablo con el incestuoso de Corinto, aquel pecador escandaloso que había desacreditado el nombre de Cristo, pero que después de lamentar y confesar su pecado en presencia de la Iglesia reunida, obtuvo el perdón, no de un sacerdote á quien hubiera confesado todos los pormenores de su incesto, sino de la totalidad de los miembros de la misma Iglesia. San Pablo aprueba gustoso esta absolución de la Iglesia de Corinto, y la readmisión, por tal medio, de un pecador arrepentido.

Cuando los Santos Padres de los primeros siglos hablan de «confesión», entienden siempre la *confesión pública* y no la auricular.

Entre ambas hay tanta diferencia como entre la tierra y el cielo, como entre Dios y su gran enemigo Satanás.

La confesión pública data de los Apóstoles, siendo además practicada en las Iglesias protestantes de nuestra época. La confesión auricular, por el contrario, era desconocida entre los primeros cristianos, así como es hoy repudiada con horror por todos los verdaderos siervos del Hijo de Dios.

«Erasmo, uno de los más eruditos católicos romanós que se opusieron en el siglo décimo sexto, á la Reforma tan admirablemente emprendida por Lutero y Calvino, dice con toda buena fe en su tratado *De Pœnitencia*:

«Esta institución de la penitencia (habla de la confesión auricular) siguióse en alguna tradición del Antiguo ó del Nuevo Testamento. Por eso nues-

tros teólogos, no considerando con prudencia lo que dijeron los antiguos doctores, se engañan, y lo que éstos escribieron sobre la confesión general y pública, aquellos más tarde lo desvirtúan y lo aplican á esta especie de confesión, secreta y particular».

Es un hecho de dominio público que ningún escritor instruído de la Iglesia romana jamás negó que la confesión auricular fuera elevada á dogma y práctica obligatoria, sólo en el concilio de Letrán, en el año 1215, en tiempo del Papa Inocencio III. Antes de aquel año no se encuentra, en forma de dogma, ni un vestigio de confesión auricular.

De modo que Satanás empleó más de doce siglos después del nacimiento del Salvador para perfeccionar su primera obra entre las invenciones con que procura conquistar el mundo y destruir las almas de los hombres.

Poco á poco introdujose esta impostura en el mundo, del mismo modo como las sombras de una noche nublada avanzan con un movimiento tan imperceptible, que nadie sabe indicar el momento en que los primeros rayos de luz desgarrarán las densas nubes. Sabemos cuanto brillaba el sol y también cuando las tinieblas cubrían el mundo, pero nadie puede fijar positivamente el momento en que apareció el primer rayo.

Dice el Señor:

«El reino de los cielos es semejante á un hombre que siembra buena semilla en un campo, y cuando dormían los hombres vino su enemigo y siembra cizaña en medio del trigo. Y así fué.

«Y habiendo crecido la hierba y dado fruto, apareció al mismo tiempo la cizaña.

«Y hozando los siervos le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste tu buena semilla en tu cam-

po? Pues ¿de dónde les ha venido la cizaña? Y El les dijo: Esto lo hizo el hombre enemigo.» (San Mateo XIII, 24 á 28.

El Maestro nos dice que el enemigo sembró la cizaña en el campo durante la noche, mientras los hombres dormían.

No nos dice, sin embargo, la hora exacta en que sembró la cizaña en medio del trigo.

Con todo, si alguien desea saber cuando la media noche cubrió el «reino», y cuán cruel, implacable y feroz era el enemigo que sembró la cizaña, que lea el testimonio de Baronio, uno de los cardenales más sabios de la Iglesia romana.

Nos dice en sus *Anales*, acerca del año 900:

«Es evidente que una persona difícilmente creerá las cosas indignas, viles, miserables y odiosas que la Sede Apostólica, ese eje sobre el que gira toda la Iglesia Católica, tuvo que inventar cuando los príncipes galos, entonces cristianos, se arrogaban la elección de los Pontífices Romanos. ¡Qué vergüenza y qué dolor! ¡Qué mónstruos, horrorosos á la vista, usurpaban la Santa Sede, venerada por los ángeles! ¡Qué males resultaron! ¡Qué tragedias se perpetraron! ¡Cuántas corrupciones la infectaron! ¡Con qué depravaciones fué manchada! Por ello fué denigrada con una infamia perpetua.

Un capítulo para la consideración de los legisladores, maridos y padres.
—Algunas materias sobre las cuales el cura romano debe preguntar á sus confesadas.

Dens pretende que el interrogatorio verse sobre los siguientes asuntos:

1. «Peccant uxores, que susceptum viri semen, ejiciunt, vel ejicere conantur». (Dens, tom. VII, página 147).

2. «Peccant conjuges mortaliter, si, copula inceptâ, cohibeant seminationem.»

3. «Si vir jam seminaverit, dubium fit an femina lethaliter peccat, si se retrahit a seminando; aut peccat lethaliter vir non espectando seminationem uxoris.» (P. 153).

4. «Peccant conjuges in teâ se circa actum conjugalem. Debet servari modus, siye situs; imo ut non servetur debitum vas, sed copulam habeatur in vase præpostero, aliquoque non naturali. Si fiat accedendo a postere, a latere, stando, sedendo, vel si vir sit succumbus.» (P. 166)

5. «Impotentia est incapacitas perficiendi copulam carnalem perfectam cum seminatione viri in vase debito scu, de se, aptam generationi. Vel, ut si mulier sit nimes arcta respectu unius viri, non respectu alterius». (Vol. VII, p. 273).

6. «Notatur quod pollutio in mulieribus possit perfici, ita ut semen carum non efluat extra membrum genitale. Indicium istius allegat Billuart, si scilicet mulier sensiat seminis resolutionem cum

magno voluptatis sensu, qua completa, passio satiatur». (Vol. IV, p. 168).

7. «Uxor se accusans in confessione, quod negaverit debitum, interrogetur an ex pleno rigore juris sui id petiverit». (Vol. VII, p. 168).

8. «Confessor pœnitentem, qui confitetur se peccasse cum sacerdote, vel sollicitatam ab eo ad turpia, potest interrogare utrum ille sacerdos sit ejus confessarius an in confessione socillitaverit». (Vol. VI, p. 294).

Otros puntos especialmente indecentes hay en los volúmenes cuarto, quinto y sexto que Dens presenta como el interrogatorio forzoso de las penitentes, y que por decencia omito.

Pasemos, á Ligorio. Este llamado santo no es menos diabólicamente impuro que Dens, en lo que se refiere á las confesiones de las mujeres. Citaré dos pasajes sólo para guiar al médico espiritual en el examen de sus pacientes:

1. «Querat an sit semper mortale, si vir immittat pudenda in os uxoris?».

«Verius affirmo quia, in hoc actu ab calore oris, adeste proximum periculum pollutionis, et videtur nova species luxuriæ contra naturam, dicta irruminatio».

2. «Eodem modo, Sanchez damnat virum de mortali, qui, in actu copulæ, immitteret digitum in vas præposterum uxoris; quia, ut ait, in hoc actu adest affectus ad Sodomiam». (Ligorio, tom. VI, página 935).

El célebre Burchard, Obispo de Worms, reunió en un libro dos preguntas que debían ser dirigidas por los confesores á los confesados de ambos sexos. Durante algunos siglos, esta fué la obra aprobada por los Padres romanos. Hoy existen pocos ejemplares, pero Dens, Ligorio, Debreyne y otros aprovecharon la materia para introducirla en los estudios de los confesores. Citaré un pequeño número de las preguntas hechas á los jóvenes de ambos sexos:

1. «Feciste solum tecum fornicationem ut qui-

dam facere solent; ita dico ut ipse tuum membrum virile in manum tuam acciperes, et sic duceres præputium tuum, et manu proprio commoveres, ut sic, per illum delectationem semen projiceres?».

2. «Fornicationem feciste cum masculino intre coxas; ita dicto ut tuum virile membrum intra coxas alterius mitteres, et sic agitando semen funderes?»

3. «Fecisti fornicacionem, ut quidam facere solent, ut tuum virile membrum in lignum perforatum, aut in alignod hujus modi mitteres, et, sic, per illam commotionem et delectationem semen projiceres?».

4. «Fecisti fornicacionem contra naturam, id est, cum masculis vel animalibus coire, id est cum equo, cum vaccâ, vel asinâ, vel aliquo animali?» (Vol. I, pág. 136).

En esta obra de Burchard, en el interrogatorio para las mujeres, encontramos los siguientes pasajes, en la página 115:

1. «Fecisti quod quaedam mulieres solent quoddam molimem, aut machinamentum in modum virilis membri ad membrum tuae voluptatis, et illud loco verendorum tuorum aut alterius cum aliquibus ligaturis, ut fornicacionem faceris cum aliis mulieribus vel alio eodem instrumento, sive alio tecum?»

2. «Fecisti quod quaedam mulieres facere solent ut jam supra dicto molimine, vel alio aliquo machinamento, tu ipsa in te solum faceres fornicacionem?»

3. Fecisti quod quaedam mulieres facere solent, quod libidinem se vescantem extinguere volunt, quae se jungant quasi coire debeant ut dossint, et jungunt invicem puerperina sua, et sic, fricando prurimum illarum extinguere desiderant?»

4. Fecisti quod quaedam mulieres facere solent, ut succumberes aliquo jumento et illiud jumentum ad coitum qualicumque posses ingenio, ut sic coiret tecum?»

El célebre Debréyne escribió una obra compues-

ta de las más exageradas obscenidades para instrucción de los jóvenes confesores. El libro aludido tiene por título: «Tratado de todos los pecados contra el sexto ó nono mandamiento, y de todos los asuntos de la vida de los casados que con ellos se refiere.»

Esta obra es aprobadísima y muy estimada por la Iglesia Romana. No me consta que haya habido jamás en el mundo otro libro comparable con éste por sus obscenidades. No citaré más que dos preguntas. A los jóvenes debe el confesor preguntarles. (Pág. 95).

«Ad cognoscendum an usque ad pollutionem se tetigerent, quando tempore et quo fine se tetigerint; an tunc quordam motus in corpore experti fuerint et per quantum temporis spatium; an cessantibus tactibus, nihil insolitiem et turpe accideret, an non longe majorem in corpore voluptatem perceperint in fine quando magnam defectationem carnalem sensuerint, omnes matus corporis cessaverint; an non madefacti fuerint? &.»

Lo siguiente es para las muchachas:

«Quae sese setegisse patentur, an non alignem prucitum extinguere tentaverint, et utrum pruritus ille cessaverit cum magnum sensuarint voluptatem; an tunc ipsimet tactus cessaverint?»

Kenrick, obispo de Boston, en un libro publicado con fines idénticos, dice, entre millares de pasajes igualmente indecentes, escritos para las penitentes:

«Uxor qual in usu matrimonii, se vertit, ut non recipiat semen, vel etatim post illud acceptum surgit ut expellatur, lethaliter peccat; sed apus non est ut diu resupina jaccat, quum matrix, brevi semen attrahat, et mox, arcissime claudatur.» (Vol. III, pág. 317).

«Puellae patienti licet se vertere, et conari ut non recipiat semen, quad injuriã ei immittitur; sed exceptum, nom licet expellere, quia jam possessionem pacificam habet, et hand absque injuria naturae ejiceretur.» Tomo III, pág. 317).

«Conjuges senes plerumaque cœunt absque culpa, licet contingat semen extra vas effundi; id enim per accidens fit ex infirmitate naturae. Quod si véres ades sint fractae ut nullo sit seminandi intra vas spes, jam nequeunt jure conjugii uti.» (Tomo III, pág. 317).

FIN.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La confesión al oído del sacerdote.	5
La confesión auricular, abismo de perdición para el sacerdote.	38
Cómo la confesión auricular facilita el celibato clerical.	61
La mujer ilustrada y de fina educación en el confesonario.—Lo que resulta de su incondicional sumisión.—Su ruína irreparable. .	71
La confesión rompe todos los lazos sagrados del matrimonio y de la sociedad humana. .	87
¿Deberá ser tolerada la confesión en las naciones civilizadas?.. . . .	123
¿La confesión auricular da paz al alma? . .	137
El dogma de la confesión auricular es una impostura sacrílega.	164
Un capítulo para la consideración de los legisladores, maridos y padres.— Algunas materias sobre las cuales el cura romano debe preguntar á sus confesadas.	190



